
Hugo
El Vengad

EL VENGADOR

OBRAS DE HUGO WAST

El Vengador	50º	millar	$ 2.50
El Amor Vencido	81º	,,	,, 2.50
La Corbata Celeste	25º	,,	,, 2.50
Ciudad Turbulenta, Ciudad Alegre .	68º	,,	,, 2.50
Valle Negro	40º	,,	,, 2.50
La Casa de los Cuervos	85º	,,	,, 2.50
Fuente Sellada	67º	,,	,, 2.50
Flor de Durazno	95º	,,	,, 2.50
Novia de Vacaciones	22º	,,	,, 2.50
Alegre	25º	,,	,, 2.50

TEATRO

Flor de Durazno	1 vol.	$ 1.50

HUGO WAST

EL VENGADOR

64° MILLAR

BUENOS AIRES
EDICIÓN LIBERTAD"
1922

[illegible]

I

La casa nueva (1)

Cuando la luz disminuía en el zaguán, donde trabajaba hacía quince años, Basilio Cascarini, el zapatero, sacaba a la vereda su mesita y su banqueta.

Mas no lo hacía para seguir echando medias suelas y tacos. Abandonaba el tirapiés y el martillo, atiborraba de tabaco negro su cachimbo ahumado, y con un betún que él mismo preparaba, y cuya fórmula guardaba como un alquimista guardaría el secreto de la trasmutación de los metales, se ponía a lustrar los botines, recién remendados. Los alineaba luego en el umbral y prevenía a cuantos entraban o salían del caserón: "¡Guarda, con mis botines!".

Era el encargado, y gozaba de gran autoridad, entre los inquilinos.

La calle desembocaba en la Avenida Alvear, pero tenía poco movimiento, y ningún transeunte protestaba contra el estorbo de la mesita y de las hileras de botines que a veces desbordaban del umbral y se repartían a uno y otro lado de la puerta.

Los paraísos abreviaban el día con su sombra, pero don Basilio se estaba allí hasta entrada la noche, refregando sus cueros, y cambiando saludos con los co-

(1) Véase *El Amor Vencido,* novela del mismo autor.



nocidos, sin dignarse contemplar el desfile de vehículos en la Avenida Alvear, crudamente iluminada por elegantes farolas.

Sólo cuando su mujer, doña Anunziata, le gritaba que estaba lista la polenta, se levantaba.

Recogía los relucientes botines, colgábalos de las orejas, en unos clavos, guardaba la mesa y la silla, aseguraba con una barra de hierro la fementida cancela del zaguán, y desde la calle cerraba con dos vueltas de llave la gruesa puerta del caserón.

—¡Buona notte! — decía a los contertulios de la vereda, y se metía adentro.

Desde esa hora, hasta la mañana siguiente, los inquilinos se veían obligados a entrar o salir por un pasadizo, ocupado parcialmente por una escalera que conducía al "departamento de arriba", como llamaban los esposos Cascarini, a tres piecitas edificadas en la azotea del conventillo.

En la primavera los focos de las calles se encienden mucho antes de la noche, y se apagan bien entrado el día. La administración municipal no ha calculado todavía el despilfarro que significa la rigidez de sus horarios, que no armonizan con las estaciones.

Liana Fraser que venía a pié, cruzando la Avenida Alvear, atenta al movimiento de los carruajes, vió las luces, y apresuró la marcha, para que su padre no llegara a su casa antes que ella.

Había pasado toda la tarde recorriendo aquellos barrios, en busca de un rincón, donde pudieran refugiarse, porque los desalojaban del departamento en que vivían.

Volvía cansada y triste, después de visitar todas las casas de alquiler, que anunciaba el diario. Por una razón o por otra, generalmente por el precio demasiado alto, o por que los propietarios exigían una fianza, no pudo cerrar trato en ninguna parte.

Liana no era exigente. Estaba hecha a la estrechez, y ahora hacía buena cara a la miseria. Se retrasaron varios meses en el alquiler del departamento, porque su padre perdió una cátedra, con lo que sus recursos se redujeron en más de un tercio.

Aunque el propietario no hubiese iniciado aquel juicio, que los desalojaba a la fuerza, ella misma habría invitado a su padre a buscar un rincón menos costoso. Antes de cuarenta y ocho horas tendrían que haberse mudado o sus muebles irían a la calle.

La entristecía perder el refugio de su "palomar", donde había trabajado y sufrido, donde había enseñado a leer a Soledad y donde había abierto como una flor la primera sonrisa del hijito de aquella infeliz.

No pensaba en su "palomar", sin verse a sí misma, con la imaginación, cerrando precipitadamente sus postigos, para que el día no la despertara muy pronto, una vez que se acostó muy tarde, con ansias de prolongar en el sueño una inefable impresión que acababa de recibir.

Fué aquella noche en que Mario leyó la descripción de Mireya, y la besó en la frente.

"Cuestas azules de Fuente Vieja, colinas de Baus, llanuras de Crau, vosotras no habéis visto jamás otra niña tan linda... Su mirada era un rocío que disipaba

toda pesadumbre, más pura y suave que la luz de las estrellas..."

Recordaba perfectamente que tardó mucho en dormirse y que nada soñó.

En aquel tiempo enhebraba despierta sus mejores sueños. Ahora la realidad era cruel. Hacía meses que nada sabía de Mario. Su padre hablaba de él como de un muerto, y sin embargo ella sospechaba que de cuando en cuando se veían.

Al cruzar la Avenida vió sobre las azoteas de la manzana del frente, una ventana en cuyos cristales ardía un rayo del sol poniente.

Allí le habría gustado vivir, ya que se la obligaba a dejar su "palomar".

Desde esa ventana columbrábanse los jardines de la Avenida Alvear, que actualmente florecían bajo aquel sol de primavera más fiel y más moroso cada día. Y para mayor semejanza, desde allí se divisaba el viejo y suntuoso edificio denominado "Lohengrin", que ella amaba porque todas las mañanas desde el "palomar" miraba las flechas de sus torres, y las copas de sus árboles, imaginándose que su propio destino estaba ligado a la suerte de los ignorados magnates, dueños de aquella casa.

¿Quiénes eran? ¿Quién podía decirle quiénes eran los dueños de Lohengrin? ¿y quién podía explicarle las sutiles razones que la hacían creer que algún día pisaría sus alfombras, cruzaría sus salones, se vería en sus espejos, bajo sus radiantes arañas?

¡Las fantasías que llenan la cabeza de una niña pobre!

Siguió por la calle, que tupidos paraísos llenaban de sombra, y llegó hasta la casa a tiempo que don Basilio Cascarini alzaba los ojos del zapato que estaba embetunando y se disponía a encender la pipa.

Liana vió un cartelito clavado en la puerta, y se le aproximó.

—Buenas tardes, señor.

—Buenas, signorina... ¿cosa volete?

Don Basilio, en todo tiempo trabajaba sin saco, ni chaleco. Cubría su torso huesudo con una camiseta de lana amarillenta o gris abierta en el pecho, y a lo más en días muy fríos, se ponía otra encimada.

Pero tenía el pudor de sus omoplatos puntiagudos, y al acercarse la muchacha, se prendió los botones y se achicó el cuello con un alfiler de gancho. De ese modo quedaba más elegante.

—¿Hay piezas para alquilar?

—¡Piezas, piezas! Todos quieren piezas. Ma non hay.

—¿Y qué es lo que ofrece el cartelito?

—El apartamento de arriba. Ya ve, non é una pieza; é proprio un apartamento, con vista a la Avenida.

—¿Es esa ventana que da sobre la azotea?

—Si, signorina. ¿Le gusta? Puede verla.

Se acomodó en la banqueta, cogió un zapato, y empezó a lustrarlo.

—"Betún Cascarini"; lo mejor de lo mejor. Resistente al frío y al calor y a la humedad... ¿Ma non quiere ver el apartamento de arriba? ¡Ecco la puerta! No hay nessuno. Non tenga miedo...

Animada por la sonrisa del zapatero, que parecía

buen hombre, y deseosa de llegar hasta la ventana que la interesó, penetró Liana en el pasillo oscuro, y subió al piso alto.

El último escalón formaba el umbral de una de las tres piecitas, construídas en fila, con puertas que se abrían sobre la azotea y ventanas que daban al patio largo y estrecho.

El barrio era de construcciones bajas, en su gran mayoría, y Liana dominaba un gran espacio, hasta el río por un lado, hasta la Plaza de Francia por el otro.

En opuesto rumbo cortaba el horizonte el murallón amarillo y almenado de la Penitenciaría.

"Lohengrin" se destacaba en el crepúsculo, sobre los claros jardines de la avenida, con la densa mancha de su arboleda. Y hacia el centro de la ciudad, sobre el fondo dorado del cielo, marcábase como un rasgo de lápiz azul, la elegante y aguda torre ojival de los Agustinos.

Desde el parapeto de la azotea, como desde un balcón, Liana vió el patio, lleno de chicuelos y de comadres, e infectado por el olor de los variados manjares, que éstas guisaban al aire libre.

Algunas luces brillaban en las piezas, y se oía el metálico son de un mandolín, y una voz que cantaba.

Un ancho parral, que extendía sobre todo el patio su negra ramazón, empezaba a vestirse de hojas tiernas.

—Antes de un mes, — se dijo Liana — ese patio habrá desaparecido bajo el parral, y la azotea será más pintoresca y alegre. Pero nunca podré invitar a mis amigas a visitarme aquí. La escalera es indecente.

No la afectaba el pensamiento de que tendría que aislarse aún más. Su composición de lugar estaba hecha, y sentía nacer en sus entrañas la vigorosa ilusión de ayudar a su padre, con su trabajo personal, y de ganar más que él.

No veía muy claramente en qué emplearía su energía y sus habilidades, pero imaginábase que una voluntad perseverante, como suponía la de ella, vencería todo obstáculo y triunfaría.

¿En qué consistiría el triunfo? ¿Cuál era en ese momento el límite de su ambición?

Tampoco lo percibía bien. Ganar lo suficiente para llenar el hueco dejado en su presupuesto por la cátedra perdida, tener siempre en los primeros días del mes, lo suficiente para el alquiler y algún sobrante que le permitiera ir pagando las cuentas que dejaría en los almacenes y en las panaderías del otro barrio, al mudarse.

Cuando lo hubiera conseguido, pensaría en reanudar sus relaciones sociales, en tener un piano, para no olvidarse lo aprendido, y en recibir a sus amigas en una salita de muebles ingleses.

Echó una última mirada al paisaje y bajó a averiguar las condiciones. Experimentó una gran alegría cuando Cascarini, que estaba cerrando la puerta del zaguán, le dijo sin mirarla:

—¿Le gusta el apartamento de arriba? Vale noventa pesos. Ni uno más ni uno menos. Dos meses de depósito, y niente piú.

El precio estaba dentro de lo que Liana deseaba, pero ¿de dónde sacaría el depósito para la fianza?

—¡Ah! una altra cosa. Dos meses en depósito, y el pago adelantado. Ma osté é rica. ¡Qué le hace eso!

Liana movió la cabeza y don Basilio se rió.

Acabó de cerrar la puerta, se ajustó los tiradores, que se le escapaban de los hombros caídos, y se pasó las uñas embetunadas, por la barba de ocho días, haciendo ruido de cerdas.

Ya se estaba aburriendo Cascarini de la indecisión de Liana.

—¿Se quedamos o no se quedamos con el apartamento de arriba?

—¿No me deja pensar hasta mañana?

Chicos de la calle hacían rueda ya a la muchacha y al zapatero y algunos inquilinos del conventillo se iban acercando.

Había oscurecido completamente.

—Guarda niña; yo non rispondo que esta noche misma algún otro no cierre trato. El apartamento é proprio una tacita de plata ¿non é vero?

—Déjeme pensar hasta mañana, — suplicó la joven. — Esos tres meses que hay que adelantar...

—¡Psch! ¿a qué se fica en esa zoncería? Osté é rica. E se non é osté, so marito, so novio...

Liana hizo un gesto negativo, y el viejo rectificó:

—So papá, sua mamma, tendrán tanta plata... Ma non mi dica, que yo conozco la gente... ¿Se quedamos o no se quedamos?

—Si le digo que sí, ¿debo pagar algo ahora?

Cascarini la consideró un minuto, achicando los ojos y rasguñándose los pelos de la cara.

—¡Bah! Si me dice que si, me basta su parola, ¡me basta! Mañana se hace lo que falta ¿eh?

—Bueno, sí — dijo Liana, sintiendo que se le encogía el corazón, porque en su vida había hecho un contrato de semejante importancia.

—¡Me basta! — repitió don Basilio tendiéndole la mano pringosa de pez y de betún.

La joven dió la suya y cerraron el trato. Cuando ella se iba, afrontando con fingida serenidad los comentarios a media voz de comadres y de pilluelos, el zapatero le gritó desde la otra puerta:

—Y ya sabe, no se admiten chicos.

Liana se le aproximó.

—En mi familia tenemos uno, el hijo de la cocinera.

—¡Nada, nada! no se admiten chicos — replicó inexorablemente Cascarini.

—¿Y éstos? — preguntó Liana señalando los pilluelos que a borbotones vomitaba la puerta del conventillo.

El viejo se volvió a rascar la barba, y respondió, extendiendo la mano sobre la cabeza de los niños, con gesto de patriarca, que bendice a su prole:

—¡Estos han nacido en la casa!

—¡Sí, sí! — arguyó una comadre, interviniendo en defensa de Cascarini. — Este es mío; ha nacido en la casa; yo le respondo. Tiene cinco años. Los chicos arruinan las paredes y no duran vidrios con ellos. Por eso no los admiten en ningún conventillo.

—Mire usté — dijo con acento español otro de los inquilinos, que salía en mangas de camisa escarbándose los dientes — los chicos son una peste. Ese que usté

vé allí es mío. Tiene tres años, y hace tres mil diabluras por día. Y en cuanto a comer, come igual que yo, igual que su madre, igual que usté.

—¡Ah, los chicos! — exclamó la primera de las comadres, dirigiéndose a todos los curiosos reunidos alrededor de Cascarini y de la pobre Liana, que no sabía a quién atender, para no caer en desgracia ante aquella gente. — Si sabré yo lo que son los chicos. Tengo siete, nacidos todos en la casa. Eso no se puede evitar; no hay más que aguantarlos.

Y un criollo viejo, que al tumulto salía del fondo del conventillo, con una guitarra en la mano, creyó oportuno el colocar un chiste, y dijo socarronamente:

—No se le pueden poner puertas al campo.

—El nuestro — contestó Liana — tiene un año... Sería como si hubiera nacido en la casa.

Su voz y sus modales eran tan distinguidos y a la vez tan humildes, que don Basilio, no tuvo ánimos de replicar con tono definitivo. Oyó la voz de su mujer que por tercera vez le anunciaba la polenta, y salió del apuro dando a Liana la dirección de la dueña del conventillo, una vieja riquísima.

—Ella manda; si ella quiere admitirla con el chico, yo non dico niente...

La muchacha se despidió, y se alejó, afligida por haber tardado tanto y avergonzada por verse concentrando la atención de toda la población del conventillo.

Media docena de chicuelos la siguieron hasta la esquina, observándola.

Cuando se vió libre de ellos, apretó el paso, ansiosa de llegar cuanto antes.

No se arrepentía de haberse echado en los hombros el pesado propósito de ayudar a su padre; y sentíase resuelta a perseverar. Esa mañana le había dicho: — "Yo me encargaré del alquiler de la casa, papá".

Comprendió Liana cuánto le apenaba con eso, y temió que le opusiera alguna terminante negativa. Pero no fué así; la miró con sorpresa; la acarició distraídamente, como si tuviese el pensamiento en otras cosas, y acabó por autorizarla a todo.

—Yo soy un hombre al agua, Liana — le dijo con un gesto dolorosísimo. No tengo derecho de marcarle rumbos a tu vida. Lo que hagas, estará bien hecho. Pero no pienses en aquel puesto de dactilógrafa de que hace un año disponía Velarde. Ya no existe ese puesto.

—Pienso en algo mejor — contestó Liana. — Daré lecciones de piano, de corte, de bordado... ¡qué se yo! Tengo la cabeza llena de cosas que me han sido inútiles hasta ahora.

Su padre se limitó a sonreir, con escepticismo.

Ahora regresaba a darle cuenta de su día, y a pedirle que la ayudase a encontrar los fondos necesarios para el depósito de garantía, y el mes adelantado de la nueva casa.

Le abrió la puerta Soledad, que apareció encogida y tiritando, envuelto el busto en una pañueleta colorada, tejida por Ana Lía.

—¿Estás mejor?

—Sí, niña.

—¿Y Mario?

Así lo llamaba al hijito de Soledad, y ese fué para

siempre su nombre, aunque con otro lo habían bautizado.

—Mario duerme.

—¿Y papá?

—En su cuarto, leyendo.

Halló a su padre sentado, a los pies de la cama, con un diario sobre las rodillas.

Pero no leía. Había apagado la luz y miraba por la ventana, que se abría sobre las azoteas, permitiendo ver la calle, y a lo lejos un retazo de las arboledas de Palermo.

Liana miró en la misma dirección, y adivinó que su padre buscaba entre las manchas de sombras, la que hacía el extraño edificio de "Lohengrin".

También él parecía intrigado por el abandono de aquella mansión señorial, construída en el barrio de los palacios.

Con un beso, Liana desvaneció la arruga que partía la frente de su padre y endulzó su gesto. Se le sentó al lado, y empezó a contarle sus andanzas.

Quiso luego encender la luz, pero él no la dejó.

Hallaba infinitamente dulce hablar con su hija en la pieza alumbrada sólo por el resplandor difuso de la ciudad, y por el lejano fulgor de la Vía Láctea.

Así ella oía su voz, eternamente joven para sus oídos, y no veía la decadencia de su rostro, labrado por el remordimiento inexorable.

Liana ponderó largamente el hallazgo de aquel departamento, con su azotea, como una terraza para que Mario aprendiese a caminar, sus papeles nuevos, y el ancho parral extendido sobre el patio.

—Se vé toda la costa del río, el rosedal, la Avenida Alvear, la plaza de Francia, los jardines de la Recoleta — dijo Liana; y su padre se levantó, y por la ventana señaló una mancha que él distinguía entre todas las manchas, y preguntó:

—¿Se ven aquellos jardines?

—¿Lohengrin? ¡no sé! — respondió titubeando en declarar la verdad; y prosiguió su relato.

El la escuchaba con embeleso, palmeándole las manos, agradecido por la parte que ella aceptaba en la cruz de su pobreza.

—¡Pero si lo has hecho todo ya!

—No, papá; falta lo más grave. Mañana podremos cambiarnos, pero hay que depositar dos meses y pagar uno adelantado.

—¡Psch! — hizo Fraser con ironía; — ¡qué es eso para mí! ¡un pelo de un conejo!

Liana se alegró y Fraser no se animó a desengañarla.

—Si es así, sólo nos falta conseguir un permiso.

—¿Cuál?

—No podemos echar a la calle a Soledad.

—Evidentemente: ¿quién piensa en eso? Aunque debo decirte, Liana, que esa infeliz está hilando una mala madeja.

—Se curará al aire y al sol de mi terraza. Pero allí no admiten chicos, y no podemos abandonar a Mario.

—Mario no es un chico — dijo Fraser — es apenas un proyecto de chico.

—No lo admite el señor Cascarini.

—Veremos a la dueña.

—¿Quieres encargarte, papá? Es una vieja que vive en la calle Santa Fe, en una casita de dos pisos.

Liana indicó el número, y Fraser explicó:

—La conozco. Una casa de dos pisos, cerca de una esquina. La dueña vive en los altos, y en los bajos hay una colchonería, que expone sus catres y sus baúles, y sus pellas de lana hasta en la vereda. La escalera del primer piso llega al umbral, donde se pasa la vida un cochero viejo, de librea, leyendo los diarios o limpiándose las orejas con un pañuelo que moja en saliva. La vieja no sale nunca, pero tiene el día entero a la puerta un cupé del año 90, con un caballo inmenso, que se duerme bajo las moscas. Con lo que esa vieja gasta en mantener ese cuadrúpedo y ese armatoste, podría reparar los destrozos que pueden hacerle los niños en las paredes de sus casas de alquiler.

—¿La conoces, papá?

—Sí. Vive sola, con una o dos sirvientas, y todo el quehacer de su vida es sacar al balcón una jaula indecente para que su canario tome el sol. Si a esa vieja le diera el capricho de ser enterrada entre perlas, te aseguro, Liana, que podría costeárselo.

Fraser hablaba con hiel, buscando instintivamente desquitarse en otro del mal rato que su hija le hacía pasar, anunciándole que al día siguiente debería depositar un trimestre de alquiler.

Se levantó, para no hablar más de eso.

—Es hora de comer.

—¡Qué broma! — exclamó Liana alegremente; — ¿sabes, papá, que me he portado? ¡me olvidé de la cocina!

—Habrá cocinado Soledad.

—¡Qué va a cocinar esa infeliz! Enferma y con su hijito.

—¡Pues te has lucido, hija! Comeremos pan con leche, como el loro de esa vieja... ¿sabes que también tiene un loro?... Y miraremos las estrellas.

—¡Papá...!

—¿Qué?

—En la otra casa te prometo que tendré horas fijas para todo. Yo me encargo del alquiler, yo ganaré para eso, cuando termine el mes, te devolveré lo que me adelantarás mañana... ¿Convenido, papá?

—Sí, hija; — respondió él, avergonzado y resuelto a empezar vida nueva en la nueva casa.

II

¡Cómplice!

"¡Usted es rica!" — le había dicho a Liana don Basilio Cascarini, juzgando por la elegancia de su vestido y la pulcritud de su persona. Pero una de esas dos cualidades no cuesta dinero, es dignidad y es cultura; y la otra bien poco le costaba a Liana, que transformaba con el cambio de una cinta y un golpe de plancha, un vestido viejo, en uno "dernier cri".

El gorrito color rubí de esa tarde, ¿qué era, en definitiva, sino una armazón hallada en el fondo del ropero, un retazo de seda, conservado de tiempos mejores, y un filetito de piel, cortado en los adornos del vestido de ese invierno?

No sería muy prolija la factura; tal vez las puntadas de su aguja no fuesen todo lo firmes que debían ser; ¡la pobre tenía tantas cosas en qué pensar! Pero la gracia estaba en combinar los elementos de que disponía, inspirándose en el recuerdo de las cosas expuestas en casas de modas, o en croquis tomados a lápiz en un pedacito de papel, al salir de una de ellas, después de haber mirado apresuradamente los tesoros que no se exhiben en las vidrieras, y que las modistas ape-

nas consienten en mostrar, cuando malician que la presunta cliente sólo va "a ver".

Un nudo hecho por Liana tenía ese "chic" impalpable, que todos advierten, que nadie puede definir, y que es una afirmación de buen gusto y de aristocracia, casi un título nobiliario, y que sin embargo, puede hallarse como instinto en una obrerita del pueblo.

Pero si ella causaba la impresión de una hija de "familia rica", es decir, distinguida y culta, había que mirar dos veces a Fraser, para descubrir, en él, con sus bigotes caídos, su fuerte cabello rubio revuelto, sus puños de ocho días, su traje arrugado, como si durmiese vestido, un rasgo de su clase social.

En vano su hija se ingeniaba para adecentar su indumentaria y su aspecto. "Hoy no me beses, papá, si no te has afeitado". Fraser se quedaba triste un rato, calculaba el trabajo que le costaría complacerla, se resolvía a ello, pero no lo hacía, concluyendo por renunciar a besarla.

"¡Qué feo estás, papá!"

La primera vez que ella se lo dijo, él sintió el dolor de un alfilerazo; después se acostumbró.

"¡Soy un hombre al agua! Con un esfuerzo de esta voluntad que se me va disolviendo, podré flotar una hora más. Pero estoy en alta mar. En definitiva acabaré por hundirme. ¿Para qué afanarme, pues?"

Toda su filosofía concluía con esa amarga confesión de su pereza.

De cuando en cuando se difundía en sus arterias el generoso calor de un buen propósito, como le ocurrió a la mañana siguiente.

—Papá, — le dijo Liana: — hoy nos mudaremos; acuérdate de que debes ir a ver a la dueña de casa.

—¿A pedirle qué? — preguntó Fraser, remoloneando.

—A pedirle que nos admita con Mario. Yo tengo otras diligencias. Soledad se quedará en la cama hasta las diez: ha pasado mala noche; pero tu café queda sobre la mesa. También las tostadas.

Hablaba yendo de un lado a otro, plumereando aquí, cerrando un cajón allá, prendiendo un alfiler, echándose una mirada en el espejo. Luego salió.

La situación de la casa había empeorado por culpa de Fraser, y él, no se lo discutía; a lo más, cuando los remordimientos lo acosaban, ahogábalos con planes para el futuro. No bien pudiera cambiar de postura, no bien pagase tales y cuales deudas, y reuniese un capitalito, si la suerte le era propicia en las carreras o en el naipe, cortaría amarras con esa vida, se instalaría en una casita independiente, y volvería a abrir su consultorio.

No le quedaba un solo cliente; pero con asiduidad y paciencia rehacería su clientela, y se regeneraría en el trabajo.

Mientras tanto, había perdido, por sus continuas ausencias, una de las cátedras, y la misma suerte habría corrido la otra, si Velarde, el secretario del Colegio Normal, testigo de sus angustias, no lo hubiera salvado con diversos arbitrios.

Esperaba Fraser que la mudanza de casa le resultaría provechosa. Todo cambio en la decoración y en el plan de su vida material, confirmábalo en sus propósi-

tos, y le infundía un relámpago de buena voluntad. Por eso en cuanto Liana se fué, se echó de la cama, y se vistió, después de prolijas abluciones. Sentía el corazón liviano. Iría a la vieja de la calle Santa Fe, que seguramente sería madrugadora, y le pediría dos cosas: primero que les alquilara el departamento, a pesar de que tenían un niño; después, que no les exigiera aquel depósito de tres meses, que constituía para él una suma considerable. De haber poseído ese dinero, hubiera pagado lo que adeudaba, para seguir viviendo donde vivían.

Creía que la rica dama se dejaría convencer.

Por cierto que de mucho tiempo atrás, no se veía un Fraser tan bien puesto, como el que esa mañana, a cosa de las nueve, subió la angosta escalera de la casa, a cuya puerta se atediaba un viejo cochero de librea.

—Suba y pregunte; — había contestado al visitante, que inquirió si la señora podría recibirlo.

Los escalones de mármol parecían gastados por el estropajo, y los bronces del pasamanos brillaban como el oro.

—Esto semeja locutorio de monjas, — pensó Fraser al ser introducido por una criada seca y silenciosa, vestida de negro hasta el pescuezo, en una salita, de muebles enfundados y piso reluciente. — Si hay avaricia aquí, a lo menos es limpia.

El sol daba de lleno en la pared, colándose en tajadas luminosas por la cerrada persiana. Afuera cantaba el canario, en su jaula puesta sobre el antepecho del balcón.

Dos letreros prevenían al visitante que no debía fumar ni escupir, por lo que Fraser, pesaroso de haber infringido ya el reglamento, buscó manera de tirar el cigarro escondido por entre las tablillas de la persiana.

Al volverse, hallóse con una vieja muy monda, de ojos vivaces, vestida tal como la criada, con una capelina en los hombros. Traía en la mano izquierda una lorita adormecida y posada en el pulgar, y en la mano derecha un papel, con marcas de lápiz colorado.

—¡Diablo! — se dijo Fraser. — ¡Si será un hada!

Pero al reconocer del primer vistazo, como buen entendedor, que aquel documento era un programa de las carreras del domingo anterior, y que las anotaciones se referían a alguna redoblona jugada por la vieja, y cuyos resultados estaría calculando, se tranquilizó, prefiriendo alternar con personas de este mundo que con hadas.

—¿Usted fuma, señor mío? — le preguntó ella, con voz muy dulce y una arruguita de repulsión en la nariz escandalizada.

La lorita abrió un ojo y erizó las plumas, al sentir la voz de un hombre.

—Sí, señora; no había visto el letrero; pero ya arrojé el cigarro.

—¡Ca! ¡ca! — chilló el animalucho, tirando un picotón hacia el lado de Fraser.

—¡Diana, Diana! — dijo su dueña con mimo, besándole la coronilla, para adormecerla de nuevo.

Se sentó Fraser, absolutamente dominado por los ademanes sobrios, suaves, pero definitivos, con que la dama le indicó asiento, y se quedó mudo.

—Usted dirá en qué puedo servirle, señor mío.

—¡Dios me ayude! — exclamó el pobre hombre en sus entrañas; y arrancó briosamente con la explicación de su asunto.

La vieja le cortó la palabra:

—¿Un niño? ¿ustedes tienen un niño? — dijo arremangando la nariz como lo hiciera al preguntarle: ¿usted fuma, señor mío?

—Tenemos un chiquito, es de la cocinera, una infeliz sin amparo en el mundo. No somos muy exigentes, y por eso ella dura con nosotros. Si la despidiéramos, no le sería fácil hallar colocación con su hijito. Además, está enferma. Yo soy médico, y puedo juzgar que si entrara en casa de mucho trabajo, estaría perdida antes de seis meses.

Mientras Fraser hablaba, la vieja mirábalo intensamente.

—¿Cómo es su nombre? — le preguntó de repente, como si necesitara saberlo para atar algún cabo en sus recuerdos o en su imaginación; y cuando él se nombró, pareció que algo ardía en la memoria de ella, pues sus ojos chispearon.

—¡Fraser, Fraser! ¿usted es Roberto Fraser?

Inquietóse éste al observar la impresión que su nombre producía en la dama; pero se tranquilizó viendo que ella volvía a espulgar su lora.

—¿Y no le ha dicho Cascarini que no alquilo mis casas a inquilinos con criaturas?

—Sí, señora; y por eso he venido a molestarla; para rogarle que haga una excepción con nosotros, una excepción que sería una obra de misericordia...

Aquella intempestiva mención a las obras de misericordia, produjo en la impresionable nariz de la dama, parecido efecto al del olor del tabaco.

Llenóse nuevamente de arrugas, y adentro de ella sonó una risita despiadada y gangosa. Fraser fastidiado se calló en seco, resuelto a no decir una palabra más, antes de que ella hablara.

—Los niños — dijo ella sentenciosamente — son como los impuestos: cuestan mucho y no producen nada. Todos son iguales: ensucian las paredes, pintando figuras indecentes y escribiendo palabras malas...

—Señora, el nuestro no sabe escribir ni pintar; como que todavía no sabe caminar.

—Pero aprenderá, seguramente aprenderá a caminar y a escribir y a pintar.

—Si usted quiere, señora, no le enseñaremos a escribir ni a pintar...

La dama miró a su interlocutor, compadecida de su ironía, y Fraser tuvo la sensación de que todo era inútil, y que debía levantarse y despedirse, cuando ella, abanicando el lomito de Diana, con el programa de las carreras, le dijo dulcemente:

—¿Con que usted es Fraser? ¿Roberto Fraser? Bueno, pues, vamos a hacer una excepción. Voy a darle una tarjetita para que Cascarini lo deje entrar con ese niño...

Se levantó ágilmente, y fué a sentarse ante un escritorito instalado en un rincón, pulcro y meticuloso como su dueña. Limpió la pluma en un trapillo, la mojó en la tinta y se disponía a escribir, cuando Fraser, que aún tenía que pedir otra cosa, tal vez de más impor-

tancia, la atajó con un diplomático elogio a la hermosura de la casa en que vivía la señora.

—¡Psch! — hizo ésta con fingido desdén — no vale nada. Mi casa parece una cueva entre los palacios que la rodean.

—Será muy cómoda; — expuso Fraser, empeñado en hacer méritos para obtener que le dispensara del depósito de tres meses — tal vez será más cómoda que muchos palacios. Está en la calle de mayor movimiento comercial.

—Eso sí — interrumpió ella, dejando la pluma, y volviendo a coger la lora, que empezaba a espabilarse. — ¿Cuánto cree que vale mi casa?

Fraser miró al techo, y soltó temblando una cifra imaginaría: ¡Doscientos mil pesos! — y tuvo la indecible satisfacción de oír que la propietaria respondía muy halagada:

—¡Precisamente! no vale ni un centavo más. Pues la firma Holson, que había comprado toda esta manzana, para su gran palacio, no ha podido comprar la esquina que yo ocupo con mi casa; y ha tenido que abandonar su proyecto.

—¿Sí? ¿No quiso pagar doscientos mil pesos? ¿tenían la pretensión de que la señora les regalase su propiedad?

—¡No, no! se equivoca, señor mío. Han hecho todo lo imaginable, para comprar mi casa. Me ofrecieron el doble de su valor; me ofrecieron el triple; me ofrecieron hacerme una igual, en el sitio que se me antojara; me ofrecieron un millón. Y yo no me les reí... ¡No tengo necesidad de dinero! Y no volvieron más. Puede

imaginarse: todo el barrio está furioso conmigo, pero yo soy dueña de vender o de no vender... ¿No le parece, señor mío?

—Sí, señora: usted tiene en su favor todo el código civil, y toda la policía de la capital.

—Es lo que yo digo. Mi casa es una cueva, estoy conforme; pero vale más que muchos palacios.

Dejó otra vez la lora, y tomó la pluma, y Fraser, juzgándola bien dispuesta, se apresuró a expresar su segundo pedido.

Ella lo escuchó tranquilamente, y se alejó del escritorito.

—Entonces no hay necesidad de escribirle a Cascarini, por que eso sí que no se puede hacer. Yo no exijo más garantía que el depósito. Si usted no puede, siento mucho, pero Cascarini no lo dejará entrar.

—Señora, — exclamó Fraser sorprendido y furioso: — yo soy un profesional, un médico; mi nombre vale mucho más...

—¡Sí, sí! ¡no lo dudo! Pero ésta es una regla de buena administración. Yo no doy lecciones a nadie, ni pido consejos a nadie. Soy una pobre mujer, manejo mis intereses como Dios me ayuda, y no tengo por qué quejarme; nunca pierdo un centavo de alquiler.

—Si usted me conociera, — se atrevió a insinuar Fraser, sin saber por qué lado salir de aquel mal paso.

—¡Si yo lo conozco! — respondió ella suavemente.

—¿Me conoce?

—¿No dice que es Roberto Fraser?

Fraser sintió una oleada de sangre en el rostro, y durante un rato nada dijo. Sentimientos confusos le

asaltaban, y no tuvo valor para preguntar si las cosas que ella sabía de él, se referían a su antigua existencia, que él envolvía cuidadosamente de todos los ojos, para que su hija la ignorase siempre, o se referían a su vida actual.

Para romper el silencio embarazoso en que habían quedado, manifestó con desconcertada ironía:

—En mi escritorio tengo mi diploma de médico, en cuadro de un metro de alto... ¿qué valdrá eso?

—¿El marco o el diploma? — preguntó ella con inocente sonrisa.

—El diploma, señora.

—Depende de su clientela, señor mío.

Fraser sintióse incapaz de seguir debatiéndose con aquella vieja que era toda una institución quiritaria, como el Digesto, como las Pandectas, como el Código Civil, y abandonó la partida.

—Bien, señora; esta tarde le traeré el dinero...

—No necesita traerme nada. Déselo a Cascarini. Lo admito con el niño, por ser usted Roberto Fraser.

El rumor de estas palabras lo persiguió buen rato. Mas una preocupación destierra otra, y él tenía que procurarse algunos cientos de pesos, antes de la puesta del sol, si quería evitar a su Liana un gran bochorno.

Aunque hacía tiempo que el bolsillo de sus amigos compensaba el déficit del suyo, no sabía dar sablazos, con ese aplomo del profesional, que pide, sin darle importancia al pedido y como quien dispensa un favor.

"¿Cuándo me acostumbraré? — se decía irritado. — Estoy haciendo la vida de un bandido corso, con los

rubores de un seminarista. Mis amigos acabarán por perderle el miedo a mi fusil, y no contribuirán ni para lo que gaste en pólvora".

En sus grandes apuros lo asaltaba la tentación de recurrir a Mario, cuya fortuna se había acrecentado por la valorización de las tierras. Pero lo contenían escrúpulos inexplicables.

En vano pugnaba por demostrarse la ridiculez de esos reparos, que le cegaban una copiosa fuente de recursos. Un sentimiento oscuro pero tenaz, lo contenía. No era dignidad, pues estaba hecho ya a toda suerte de indelicadezas. Era más bien un sentimentalismo romántico, de que algunas veces esperaba curarse, y del que otras sentíase orgulloso como un mendigo dueño de una perla.

Constantemente sonaba en su memoria una dulce y triste voz: "¿Qué sabe una mujer como yo cuándo es tiempo y cuándo deja de ser? En estos caminos se va con los ojos cerrados... Aunque piense que no merezco su protección, no me deje nunca..."

Era la voz de aquella muchacha que un día lo conmovió con su gracia, como si su corazón tuviera veinte años, y que disfrazada de Cruz Roja, se perdió una noche, en los jardines de Olivos, en el frenesí del Carnaval, bajo las alas negras de Mario, disfrazado de Murciélago.

Desde entonces ella no había vuelto a casa de sus padres, y Fraser no pisó los umbrales de Mario, por no autorizar con visitas de amigo, una aventura cuyo fin sólo Dios conocía.

"Aunque piense que no merezco su protección, no me deje nunca", le había dicho ella, la tarde en que la vió por última vez. Y él se estremecía, sintiendo aún la angustia de aquellos ojos abiertos ya a la vida, que buscaban en los suyos la promesa de un amparo.

—La abandoné, — pensó Fraser, — pero ni la he olvidado ni la he vendido.

No quería frecuentar a Mario, por no deberle favores, con lo que habría perdido la libertad de defenderla, si ella alguna vez le llamaba.

Anduvo al azar muchas cuadras, barajando cuantos arbitrios conocía para procurarse dinero, y fuera por que sus pensamientos se concentraban en Mario y en Matilde y en las cosas y personas que los rodeaban, o fuera porque en realidad no tenía otra solución, se resolvió a buscar a Pulgarcito, el hermano de Matilde, empleado en el Jockey Club, y a confiarle su gran apretura.

El mozo era audaz y desprendido. Si no tenía dinero, sería capaz de sablear a otro, para hacerle un servicio.

Con un mensajero Fraser avisó a Liana que no lo esperase hasta la tarde; se metió en un fondín cualquiera, para hacer tiempo más que para almorzar, y a las dos se encaminó al Jockey Club.

Durante muchos años había sido socio, hasta que perdió sus derechos, por no pagar las cuotas; pero los empleados le conocían y le dejaban entrar, cuando de tarde en tarde se le antojaba leer un libro en la biblioteca, o beber un wisky legítimo en el bar.

—El señor Garay — le respondió el portero — no viene antes de las tres. Si quiere aguardarlo, doctor...

Fraser, contrariado e impaciente, no advirtió el tono protector de las palabras con que le invitaban a quedarse; y se fué derecho al bar, un saloncito oscuro, aún al medio día, con altos zócalos de roble ahumado, una mesa casi negra, con banquetas fijas a la pared, y algunos taburetes frente al mostrador forrado de zinc.

El "barman" lo reconoció, aunque hacía mucho que no lo veía, y le saludó como a un antiguo parroquiano, y le preguntó sigilosamente si debía servirle alguna cosa, un "Johnny Walker", por ejemplo.

Fraser aceptó el wisky y se sentó en un rincón. No estaba solo. Delante del mostrador, trepado en uno de los elevados taburetes, había un tipo extraño, que no apartaba los ojos enternecidos, de un vaso que tenía a un palmo de distancia.

—Es el doctor Téllez, — dijo el "barman" a Fraser, al servirle su "Johnny Walker". — Viene a esta hora, y se queda hasta las cinco, sin decir palabra, como usted lo vé. Bebe despacito y no molesta a nadie.

—Algún día, — pensó Fraser, — yo también tendré la nariz colorada, y me pasaré tres horas sonriéndome con el vaso. No será aquí, porque esto resulta caro, pero sí en un boliche de barrio, silencioso y oscuro. Un borracho que alborota, es apenas un triste aficionado; pero un borracho taciturno y mudo, como éste, es un maestro.

Ni una sola vez el doctor Téllez volvió la cara hacia el rincón donde estaba Fraser mirándolo. No se advertía en qué momento llevaba el vaso a la boca, pero

el líquido se agotaba, y el "barman" volvía a llenárselo.

Una hora después, llegó Pulgarcito, y allí mismo, en tanto que el "barman" descabezaba un sueño y Téllez pelaba la pava con el vaso, el mozo y Fraser se explicaron.

—Necesito para antes de las cinco de la tarde, trescientos pesos. ¿Me los puedes prestar, Pulgarcito?

—¡A buen monte va por leña, viejo! El domingo tuve un metejón bárbaro en las carreras. Me encamote con mi casi tocayo *Pulgarín*, el "crack" del año, pero *Moloch* lo revolcó, y me dejó tecleando.

—Ya me imagino que un muchacho como tú no guarda inmóvil sus capitales. No creo que tengas esa suma en el bolsillo, pero ingeniándote un poco darás con quien la tenga... ¿No se te ocurre?

Pulgarcito realmente era un tipo de ingenio, y comprendió que se le ofrecía una oportunidad para conocer por qué razón no frecuentaba Fraser la casa de Mario, desde que su hermana Matilde vivía en ella.

Sin duda Fraser sabía que él, en cambio, a partir de la noche del baile de Olivos, acortó distancias con el generoso "Murciélago" y se refugió bajo su ala protectora, conciliando, con un admirable sentido de la vida real, las necesidades de su bolsillo, su cariño fraternal y el tradicional señorío de los Garay y Troncoso. ¡Pamplinas todas esas!

Si él, Pulgarcito, no había tomado tan a pecho aquella aventura, ¿por qué Fraser, que no era ni padre ni hermano, ni tío, ni nada de la gentil Cruz Roja, cortó relaciones con su antiguo pupilo?

¿Acaso era más papista que el papa?

—Lo que se me ocurre, doctor Fraser, — manifestó Pulgarcito, — es que si usted le dijera media palabra a Mario Burgueño...

Fraser no le dejó concluir, y su gesto fué tan definitivo, que el joven se quedó suspenso, y molestado, por tal delicadeza, que envolvía una censura a sus procederes.

—¡Yo te soy a arreglar la casa, viejo! — se dijo para sí el dúctil Pulgarcito. — Tenés llena de antiguallas la azotea. Voy a cambiarte los muebles...

Y agregó en alta voz, palmeándole los muslos:

—¡Ya dí con la veta de oro! ¿quiere esperarme aqui hasta las cuatro?

Fraser, que empezaba a sentirse ganado por la desesperanza de encontrar aquel dinero, tendió las dos manos al joven, con ganas de abrazarlo:

—¡Cuando yo digo que Hugo Stimnes no sabe tantas finanzas como tú...!

Pulgarcito salió al trote, y se metió en un auto.

—¡A Belgrano! ¡por la calle Cabildo!

Tenía la seguridad de que Fraser, puesto delante de los pesos, los embolsaría sin inquirir su procedencia.

—Como a los toros bravos, hay que ponerle una argolla en la nariz.

Antes de la hora, estaba de vuelta. Ya hormigueaba la concurrencia en el Jockey Club, y no tardaría el bar en llenarse de gente, con lo que el doctor Téllez empezaría a ponerse intranquilo y concluiría por beber apresuradamente el último sorbo, para mandarse a mudar,

después de echar un garabato con lápiz en el carnet de vales.

Pulgarcito desparramó en la mesa tres billetes de a cien.

—¿Esto es lo que necesita?

Fraser tuvo la horrible tentación de besarle las manos.

—¡Qué madera para ministro de hacienda! — exclamó recogiendo el dinero. — Te lo devolveré en la otra semana, y te haré un regalo, Pulgarcito... Pero ¿qué secreto es el tuyo, para llenarte de plata, a la vuelta de cada esquina?

—¿Quiere que le diga la verdad? Es el sueldo del mes que viene, del viejo...

—¿De qué viejo? — interrogó Fraser, sintiendo una vaga congoja; — ¿de tu padre?

—Sí; me han adelantado un mes...

—¿Qué empleo tiene tu padre?

—¡Inspector de cinematógrafos! — exclamó pomposamente Pulgarcito.

Fraser , que se había puesto de pie, sentóse descorazonado. Sabía que la tal inspección de cinematógrafos, no fué nunca más que una artimaña de Mario, para congraciarse la voluntad de don Pedro, cuando empezó a festejarle la hija. Creía que la farsa había concluído, mas por lo visto, el infeliz seguía concurriendo muy orondamente a los cinematógrafos del barrio, cuyo acceso Mario mismo había arreglado, y cobrando, por intermedio de su hijo, los trescientos pesos que le asignaba el imaginario presupuesto.

Pulgarcito, alarmado ante el repentino silencio de Fraser dijo:

—¿No sabía? Hasta medalla tiene ya: de oro, con su nombre y el escudo de Buenos Aires. Le basta enseñarla para que lo dejen pasar.

Fraser callaba, indignado de haber caído en la trampa, pero sin ánimo para meter la mano al bolsillo y sacar aquellos tres infames papeles y tirárselos en la cara al ingenioso pillete, que seguía contándole cuán satisfecho vivía su padre con aquel empleo, que le permitía instruirse en las costumbres de la gran república norteamericana, y le dejaba tiempo para leer los diarios.

—Pero este canalla, — pensaba Fraser, — ¿adivina que yo conozco la farsa, y me habla como a un cómplice, o me cree inocente, como su pobre padre?

Su mano crispada arrugaba los billetes en el fondo de su bolsillo.

El bar estaba lleno de consumidores, que se arrimaban al mostrador. Fraser salió, congestionado, agachando la cabeza para no ser visto, irresoluto aún acerca de lo que debía hacer.

Esa mañana, saliendo de la casa de aquella vieja rica, recordó las palabras de Matilde: "aunque le parezca que no merezco su protección, no me deje nunca"; y se dijo que ni la había olvidado ni la había vendido...

¿Podía decir lo mismo ahora, que tenía en el bolsillo el precio de la traición y del silencio? Si guardaba aquel dinero, perdía el derecho de ampararla, y de censurar al que la había comprado, y a los que la habían vendido, puesto que sería uno de éstos.

¡Ay! pero a las cinco de la tarde un oficial de justi-

cia arrojaría sus muebles a la calle, y aquel oprobio caería sobre el nombre de su Liana, que había afrontado bravamente todos los sacrificios, pero que era débil ante el deshonor o la vergüenza.

—¡Que sea lo que Dios quiera! — se dijo. — Soy un miserable; pero no quiero llegar al fondo de la iniquidad.

Y sacó los tres billetes, para devolverlos.

Pero Pulgarcito había desaparecido. Volvió al bar, recorrió las galerías, subió al primer piso, cruzó el palacio del Jockey Club, preguntó a los porteros y a los ordenanzas, y nadie le dió noticias del mozo, tragado por la tierra.

Entonces miró la hora; faltaba un cuarto para las cinco, y sintió una punzante alegría de que aún fuera tiempo de llegar a su casa, con aquel dinero, que en fin de cuentas, antes de una semana habría devuelto.

¡Qué diablos! ¡la vida es así! Más risible que un mendigo soberbio, es un tahur escrupuloso. ¡Quién lo metía a él en semejantes ideologías! Se guardó los trescientos pesos, y se marchó a su casa.

III

Lo que cuesta ganarse la vida

Cuando Ana Lía le describió el panorama que se veía desde la ventana del nuevo departamento, Fraser le preguntó, señalándole la mancha que formaban las torres y la arboleda de "Lohengrin" en el nocturno paisaje:

—"¿Se ven aquellos jardines?"

¿Había soñado, o alguien le había dicho que la suntuosa propiedad, abandonada por un dueño misterioso que Buenos Aires nunca conoció, estaba en manos de un Conde Seguin, millonario francés, que rodaba por el mundo con una artista, y poseía caballos de carreras en Longchamp y en Palermo?

Ignoraba quién fuese aquel Seguin, porque los que conversaban de él, callábanse en presencia de Fraser, y éste no tenía ánimos para averiguar lo que sospechaba. No conocía tampoco ni el rostro ni el nombre de aquella mujer con quien ese hombre derrochaba su fortuna, y con quien concluyó por casarse; pero el corazón le gritaba un nombre y en su memoria se levantaba la imagen esplendente, que llenó de luz y de tinieblas su juventud.

—¿Se ven esos jardines? — preguntó a Liana, y ella le contestó vacilando: — ¡No sé!

¿Por qué tembló la voz de ella al mentirle? ¿por qué le mintió?

Fraser se asomó a la azotea de la nueva casa, que ocupaban desde la tarde anterior. Liana había salido. Soledad andaba en acomodos y Mario gateaba en la azotea.

La primera impresión que le produjo el panorama, fué exquisita.

Allí podrían pasar gratamente los años de penurias, hasta que los tiempos mejorasen, que sería cuando él reabriese el consultorio. Gozarían de lo que su hija amaba más que todo, el espacio, el aire, la luz, la vista de los amplios jardines...

Pero al descubrir desde la ventana de su hija, al otro lado de la Avenida Alvear, el gótico castillo de "Lohengrin", con sus cuatro frentes, su torrecita central, sus vidrieras ojivales, y sus paredes cubiertas de hiedra, que se iba llenando de hojas con la nueva estación, sin tió, más que la mentira de ella, el ignorar la causa por que le mintió.

Era imposible que se hubiese escapado a sus ojos la situación de "Lohengrin". Más de una vez le había inquietado el observar que ella también parecía intrigada por el misterioso castillo.

¿Sabía el nombre y la vida que llevaba su dueño? ¿sabía el verdadero nombre de aquella mujer que le acompañaba?

Fraser trató de contener su imaginación. En realidad él mismo ignoraba quién fuese el dueño de "Lohen-

grin", y no hubiera podido explicar cómo llegó a asociar el nombre de Seguin con la abandonada propiedad.

Quiso creer que si Liana le ocultó ese detalle, fué temiendo que él protestara por una vecindad que le era antipática. Mas no se animó a interrogarla, y experimentó la tristeza de comprender que su hija tenía secretos.

¡Dios la hiciera misericordiosa!

Liana se levantó ese día más temprano que de costumbre, animada por la ilusión de inaugurar una vida nueva.

Estaba harta de la pobreza vergonzante en que venía arrastrándose su juventud. Creía haber descubierto que la verdadera dignidad no consiste en aparentar lo que no se es, sino en ser lo que se aparenta. Si sus relaciones le impedían ajustar su vida a sus recursos, las iría cortando sin pena, en la medida necesaria.

Bajaría un peldaño en la escala social, y aprendería a trabajar, no para sí misma, sino para los otros. ¿Pero descendía, de veras, con eso?

¿Quién sería capaz de decirle que ella valdría menos el día que extendiera la mano para recibir el precio de su trabajo?

Una duda la iquietaba.

¿Qué rumbo tomaría? Sabía muchas cosas y estaba resuelta a valerse de ellas. Aunque no tenía ningún título oficial, la voluntad de ganarse la vida la distinguiría entre todas, mejor que un diploma.

Eso pensaba cuando llegó a un conservatorio de música a buscar empleo.

Antes de que expresara el motivo de su visita, halló sonrisas en todas las caras. Preguntó por le director, y como no estuviese, la introdujeron al despacho de la segunda autoridad de la casa, que era una mujer, joven tal vez, pero agostada de semblante y con arrugas prematuras.

La acogió sonriente, pero no bien Ana Lía manifestó su propósito, la sonrisa desapareció y las arrugas se ahondaron.

Fué un gesto receloso ante la competidora que surgía. ¡Una pianista más, que pretendía haber aprendido el piano no para olvidarlo, sino para ganarse la vida con él! ¿Creería esa inocente que eran pocas en Buenos Aires las que se castigaban los flancos con tal idea?

—¿De qué conservatorio es la señorita? — le preguntó con tono agresivo. — ¿No habrá empleos en su conservatorio?

—He estudiado en casa muchos años; pero no tengo diploma.

—¡Ah! ¿no tiene diploma?

La joven se turbó.

—¡Pero hija! ¿usted quiere enseñar piano sin tener diploma? No digo que no sabrá más que Paderewsky. Supongamos que sí...

—¡No, no! ¡Yo sé menos...! — exlamó Liana, aturdida por el sarcasmo.

—¿Entonces sabe menos que Paderewsky? ¡Ya me

parecía! ¡Pobrecita! ¡no se imagina cuántas muchachas pasan al año por este escritorio ofreciéndome sus diez dedos! ¡Todas con diploma! Y algunas de ellas, muchas de ellas, me dicen para empezar, enseñándome un estuche: "Yo soy medalla de oro del Conservatorio tal". ¡Infelices! Ya se habrán comido la medalla. Y usted, que ni siquiera tiene un mal certificado...

—Yo enseñaría cualquier cosa; no tengo pretensiones... — murmuró Liana acongojada.

—¡Así dicen todas! Y lo peor es que a los seis meses de recibidas, hasta "las medallas de oro", pueden decir eso con verdad: ¡no tienen pretensiones! Tampoco tienen piano y un año después han perdido la agilidad y las ilusiones... ¿Usted tendrá piano en su casa, no?

—No señora...

—No tiene piano, ni tiene diploma. A ver, siéntese, en este piano mío. Vamos a ver cómo toca, y si es verdad que sabe menos que Paderewsky. Tal vez seri excesiva modestia.

Diciendo esto levantó la tapa de un piano que allí había, para ensayar a los postulantes de empleos, y con una insinuante sonrisa invitó a Liana a tocar.

—Cualquier cosa, señorita. A su gusto. Mire, aquí tiene algo que habrá tocado mil veces: la "Patética", de Beethoven; el *Adagio*.

La muchacha obedeció maquinalmente. Al ir a ofrecerse no pensó en que desde que vendieron su piano. tres años antes, no tocaba una tecla.

Miró la partitura; las notas bullían como si hirvieran en el papel. Nunca, nunca lograría descifrar una frase.

La subdirectora sonreía con despiadada satisfacción, y Liana percibió cuánto significaba esa sonrisa, en que se mezclaba, la compasión con el egoismo, y con la alegría de sondear la incapacidad del nuevo rival; y se echó a llorar apoyando la frente en el teclado.

Para ese día tuvo bastante. Sin estar acobardada, entróle el miedo a la vida.

Su padre, que la notó preocupada, no logró arrancarle el secreto de su primera derrota.

Seguiría ofreciéndose, no como profesora de piano, puesto que había "medallas de oro", que perecían de necesidad, sino como maestra de primeras letras, modista, obrera, lo que fuese.

Ya sólo quería ganar lo suficiente para pagar el alquiler, conforme a lo convenido con su padre; porque una vez que hubiera asentado el pie, en el mundo de las gentes que se ganan la vida, estaba segura de avanzar.

¡Los días que pasó gastando sus pobres zapatos en las calles porteñas! Se levantaba temprano y salía, animada por los últimos ardores de su esperanza. Iba de tienda en tienda, de casa en casa, muchas veces al azar, llamando a las puertas en que había una chapa o un letrero que denunciaba una institución, donde podían trabajar las mujeres, y se ofrecía modestamente, con el cansancio en la voz, como un niño que repite una lección. Había aprendido a contar historias, para disimular su nombre y las circunstancias de su familia. En vez de Liana se llamaba Beatriz, y al nombrarse así, tenía la sensación profunda de que no mentía. Recordaba aquella carta que un día sorprendió, y en la

cual la aludían llamándola de ese modo. ¿Por qué su padre le había cambiado el nombre?

Era tan aguda su necesidad, que durante algunas semanas dejó de pensar en lo que constituía su ansiosa preocupación, descubrir el misterio de la vida de su madre, que estaba cierta, se llamó Beatriz.

El hecho de no haberse encontrado más con la anciana que, los domingos, en la iglesia, le daba algunas vagas noticias de aquella época obscura, contribuía también a colocar ese tema en el segundo plano. Lo urgente era vivir, y ya empezaba a comprender que no basta la voluntad ni la destreza para abrirse camino, y que también se requiere la suerte.

¿Bajo qué estrella había nacido, que llegaba siempre tarde adonde la hubieran empleado?

Aunque eso les ocurre a todas, ella creía extraordinaria su poca ventura. Una mañana fué a casa de una señora millonaria y rumbosa, pero llegó en mal momento, cuando la dama estaba a punto de salir, y tuvo que hablar de prisa, inventando y contradiciéndose para pedir una recomendación.

La dama la juzgó demasiado bonita y demasiado bien puesta para creer en su necesidad, y le dijo severamente:

—Yo no soy una agencia de colocaciones. Y en cuanto a lo que yo personalmente pueda ayudarla, hay otras, más necesitadas y mejor conocidas por mí. A usted, con ese aplomo que tiene, no le faltará quien la proteja.

Liana sintió un fogonazo en las mejillas. Quiso defenderse con la verdad, con toda su verdad, pero se

halló enredada en su propia novela, y tuvo que acallar su indignación y su amargura.

Cuando bajaba la suntuosa escalinata, de lo alto cayó sobre ella esta sentencia:

—Hay que desconfiar de estas muchachas bonitillas y coquetas, que andan rodando por las calles, en busca de empleos. Sin moverme de mi casa, yo encontraría en qué ocuparme el día entero, si fuera pobre.

La dama se quedó muy satisfecha de no haberse dejado sorprender, y Liana huyó, perseguida por el sonido de su voz.

La tormenta que ese día amenazaba desde el alba, había estallado con fuerza. La lluvia caía en rayas oblicuas, azotando con melancólico rumor las hojas nuevas de los árboles.

Junto al cordón de cada vereda, corría un torrente amarillento, imposible de vadear. Liana se detuvo acongojada. En la esquina, un muchacho, con un andamio de albañil, sustraído de alguna obra cercana, había formado un puente, y ofrecía dar paso por diez centavos.

Liana entregó la moneda y pasó, y el muchacho aún la ayudó con su tabla a alcanzar la otra vereda, defendida por un torrente igual. La niña quería alejarse de aquel sitio, y buscaba un refugio para librar del agua su traje y su gorrito color rubí.

Vió una chapa de bronce, a la puerta de una casa modesta: "Protección de Institutrices". Entró. En un patiecito descubierto, cantaba la lluvia impetuosa, apagando todo otro rumor. Nadie acudió a su llamado, y entonces resolvióse a abrir la puerta de un despacho que daba al zaguán. Una mesita, algunas carpetas y

papeles, dos o tres sillas y nada más. Por una puerta apenas entornada veíase la habitación contigua, un dormitorio con camas blancas a uno y otro lado, bajo limpias cortinas de cretona clara.

La niña aguardó un minuto y concluyó por entrar. Allí todo estaba en orden, pero al parecer abandonado por sus dueños.

Cuando se iba a volver, advirtió en el extremo de la habitación una cama ocupada y se acercó. En efecto, allí había una mujer, que miró a Liana con indiferencia.

—Discúlpeme, señora — dijo la joven. — Llamé, y nadie me sintió.

—¿Quiere cerrarme esa puerta? — respondió la enferma, señalando la del despacho. — Hay una corriente de aire y me hace toser.

Liana se apresuró a cumplir el pedido, y se aproximó de nuevo, deseando quedarse allí un rato, hasta que escampase.

A pesar de la lluvia, no hacía frío. Sentíase la primavera en el aire, en la luz, en todos los detalles del ambiente. Las mismas nubes, parecían más cálidas, pasajeras y fecundas. Pero la enferma tiritaba, con la espalda encorvada, bajo un pañolón de lana azul.

—¿La han dejado sola? — preguntó Liana, tocándole la mano. — ¿Tiene fiebre? ¿Puedo servirla yo en algo?

Vista de cerca, advertíase la juventud de la enferma, que no debía ser mayor que Liana. Contestó las preguntas de ésta con un ademán disciplicente, y sólo al rato habló.

—La señorita Malena, que es la dueña de casa, fué al mercadito de aquí a la vuelta. No llevó paraguas y la lluvia la ha sorprendido.

—¿Me permite que la espere aquí?

—Siéntese. ¿Usted también busca trabajo?

—Sí...

Una sonrisa lamentable amargó las facciones de la enferma.

—Mal tiempo, señorita, para hallar trabajo — dijo. — Yo hace tres meses que perdí mi ocupación, porque me enfermé de gripe. No he sanado y probablemente no sanaré nunca. Y lo que es peor, no encontraré en qué emplearme.

El hablar de sí misma la animaba. Liana la envolvió con cuidado en el pañolón.

—¡Gracias!

—Ahora viene el buen tiempo. Se mejorará, y con un poco de paciencia encontrará lo que busca.

La otra le respondió irónicamente:

—¿Usted le llama buen tiempo al verano? Yo no he cumplido veinte años, pero me parece que tengo más experiencia que usted.

—El invierno — repuso Liana — es triste, y para los pobres más penoso.

—¡Entonces usted no conoce la vida de las que trabajan! — exclamó la enferma, haciendo ruborizar a Liana. — El verano es nuestro enemigo.

Marcó la palabra "nuestro" con un brusco ademán, en que parecía rechazar toda solidaridad con Liana, cuyo aspecto era todavía el de una muchacha de buena posición.

—Nuestro enemigo — prosiguió, — es la estación muerta. Los ricos se van al campo o a los balnearios y nosotras, que vivimos de ellos, perdemos el trabajo. Esto se lo dirán las costureras, y las modistas, y las empleadas de tiendas y las institutrices... ¿Pero usted no sabía ésto? ¿En qué trabaja usted?

Al hablar se erguía en la cama y la fiebre animaba sus mejillas. Le vino un acceso de tos y buscó en una mesita de noche, que no era más que un cajón forrado de papel verde, una taza. Liana se la alcanzó y la enferma bebió un trago, para calmar su tos, y repitió su pregunta:

—¿En qué trabaja usted que no sabe estas cosas?

—En nada, porque no hallo trabajo. Hace dos semanas que estoy buscándolo; antes no necesitaba...

—¡Ah! — exclamó la enferma, mirando a Liana no con envidia, sino con lástima y desdén, como si la miseria y la experiencia constituyesen una superioridad. —¿Usted querrá ser institutriz? Todas las muchachas que empiezan a trabajar, quieren ser institutrices. ¡Yo soy institutriz! Hace años vine sola de mi provincia, y no sé cómo logré refugiarme en esta casa, que es un asilo fundado por una antigua institutriz, que conoce nuestras penas. Ella heredó una casita, y como le sobraban piezas, puso diez, quince, hasta veinte camas, para albergue de las muchachas que quieran aceptar por un mes esta hospitalidad, menos costosa y más segura que una pensión. Pero al cabo de un mes, aunque no se haya encontrado trabajo hay que irse, porque son muchas las que aguardan turno y la dueña de casa es pobre. Todas esas camas están ocupadas, y hay otras

más en otras piezas. ¡Mal día les hace a las pobres para andar de Ceca en Meca buscando empleo! Pero no hay remedio. Yo tengo que hacer lo mismo en cuanto me mejore un poco, porque no me quedan más que ocho días del mes...

—¿Y si siguiera enferma?

—Me iría lo mismo. Hay otras que aguardan.

—¿No podría entrar a curarse del todo a un hospital?

—¡Curarme del todo! — exclamó la enferma, y su voz era cortante y cruel. — Lo que yo tengo no se cura. Por eso no me admiten en los hospitales. No quieren tener enfermos que duren mucho, y yo puedo vivir un año, dos años, quién sabe si no puedo vivir un poco más. Todavía no estoy bastante enferma como para que me reciban en un hospital. Cuando me esté por morir, entonces sí. Por ocho o diez días hallaré una cama y un médico atento; pero si duro más empezarán a creer que le robo la plata al hospital...

Liana consideraba con horror aquel rostro juvenil, en que perduraban algunas líneas infantiles, agitado por una sombría desesperación. La voz silbaba fatigosamente entre los labios colorados y secos. Parecía venir de lejos y acongojaba como el rumor del viento en una planicie estéril, donde no hay hombres, no hay rebaños, no hay flores.

—¿Usted es sola? — se atrevió a preguntarle, por no concebir tal sequedad espiritual en quien tuviera una familia. — ¿No tiene madre? ¿No tiene algún hermanito?

La enferma pareció no oir la pregunta, porque se recostó y cerró los ojos.

—¿Está fatigada? ¡Descanse! No me conteste.

—No estoy fatigada. Palabra más, palabra menos, no me ha de matar. Aquí, donde me ve, todavía no soy yo de las más desgraciadas.

—Siempre hay alguien que pueda envidiar nuestras penas — contestó Liana, pensando en que realmente su propia miseria era casi opulenta al lado de la que tenía ante sus ojos. — ¿Cuál es la suerte suya que otros envidiarían?

La enferma clavó en Liana sus pupilas ardientes, y le explicó su fortuna:

—Hay otras que tienen una madre vieja a quién cuidar, un hermanito menor a quien educar, o una hermanita por quien velar. Esas no tienen el derecho de morirse, aunque se enfermen. Yo soy sola ¡sola!, y puedo morirme hoy, sin perjudicar a nadie, ¿no es una suerte? Si no fuera así, yo no podría mirarla a usted como la estoy mirando, cara a cara. Por salvar a mi madre o a mi hermanita, me habría vendido hace mucho tiempo...

Todas las ideas que Liana se había hecho del mundo se dispersaban en su cerebro, como un puñado de polvo arrebatado por el viento.

La enferma volvió a cerrar los ojos y pareció quedarse dormida.

Ana Lía no la habló más, y como escampase la lluvia, salió del dormitorio, esperó algunos minutos el regreso de la señorita Malena, y al fin se fué sin verla. ¿Qué podía conseguir?

Diez o doce días después halló ocasión de pasar por allí, y entró a saber de la enferma, cuya imagen no se alejaba de su mente.

La señorita Malena la recibió y le mostró la cama vacía.

—La pobrecita se fué.

—¿A dónde se iría?

—Yo no sé. Cuando ellas mismas no me escriben, sólo por casualidad obtengo alguna noticia. Esta se fué antes de cumplir el mes. No quería estorbar. No estaba sana y yo la quise retener. Pero se me escapó. Dios sabe adónde habrá ido a parar. Son como las golondrinas. Se van; las seguimos un momento con los ojos y con el pensamiento. Después se pierden y las olvidamos. Vuelven otras, que ocupan su mismo lugar. Pero las que se fueron no vuelven nunca.

Un día más y se cumplía el primer mes en la nueva casa. Liana todas las tardes regresaba maltrecha, mas por no inquietar a su padre, fingía haber obtenido un buen resultado en sus diligencias. Solía traer paquetes, y Fraser imaginábase que eran compras, en que invertía sus primeras ganancias.

¡Mucho más modesta era la realidad! Aquellos paquetes contenían trabajo a domicilio, que le daban algunas modistas, pagándolo miserablemente.

Esa noche, después de la cena, dijo a su padre:

—¿Me vas a perdonar, papá, si este mes no cumplo lo convenido?

—Sepamos qué es lo convenido, para saber si mereces perdón.

—Yo me encargué del alquiler de la casa.

—¿Sí? Ya no me acordaba, — respondió Fraser mortificado en su vanidad.

—Hoy Cascarini me ha avisado que mañana vence el mes. Es un buen hombre Cascarini; sin cobrarme nada me ha compuesto los zapatos de salir...

—¿Le habrás elogiado el betún? — insinuó Fraser. — También a mí me ha hecho gratis una compostura con tal de que probara su betún. Mis botines han quedado relampagueantes, como el monte Sinaí.

—Mañana hay que pagarle el otro mes adelantado, ¿quieres hacerlo, papá? Yo no he tenido suerte, y todo mi capital son cuatro cupones del tranvía.

Liana se ruborizaba al confesar su pobreza, pero Fraser, que no se atrevía a alzar los ojos hasta ella, no observó esa confusión, y se apresuró a contestar, con el mayor aplomo:

—¿Pero hijita, creías que yo te iba a permitir pagar eso? ¡No faltaría más! Este mes y todos los meses, hasta la consumación de los siglos, corren por mi cuenta.

—Bueno, papá — contestó la joven, cuya confianza en sus propias fuerzas había menguado mucho.

Y agregó luego como una disculpa:

—¿Sabes que los tiempos están muy malos?

—¡Muy malos!

—¿Durará mucho esta crisis?

Fraser se echó a reir.

—Quien te oyera Liana, creería que has especulado en terrenos o en haciendas.

—Es la respuesta que dan todos: la época es muy mala; hay una crisis terrible...

—¡No creas! Esa es una manera de cortar la conversación a quien pide un empleo... ¿Has andado buscando empleo?

Liana titubeó, y antes de que hablase, su padre le dijo con acritud, como si le asaltara un remordimiento:

—Lo que está en crisis es la conciencia, es el honor, es la caridad. Pero los bolsillos están llenos. ¡Mira!

Sacó su viejo portamonedas, y dejó sobre la mesa doscientos pesos.

—¿Te sorprende verme rico? Ya ves como no hay tal crisis para los que realmente saben abrirse camino ¡Y yo he concluído por aprender!

Pronunció estas palabras con ira, y salió precipitadamente, como si temiera hablar de más.

IV

Retama blanca

Las flores que llenaban la canasta de Noemí, anunciaban otra primavera.

Una mañana, desde su sitio, en el andén de la estación, vió llegar a Matilde, y se alegró por que era la primera vez, después de mucho tiempo.

La joven, elegante y hermosa como nunca, pasó por su lado sin mirarla.

Noemí tenía un ramo de violetas, justamente de violetas, y se las hubiera dado, por ver su sonrisa y sentir su voz, pero su instinto la contuvo.

—Quizás no le gusta acordarse, — reflexionó, y se limitó a seguirla con los ojos hasta que tomó el tren.

Matilde había sentido el perfume de la canasta de Noemí, y la esquivó, como un recuerdo penoso.

¡Hacía un año que se dejó tentar por sus violetas!

Parecíale que el tiempo corría con una prisa fantástica, y que no obstante, en ese fugaz momento, habíanse acumulado sobre ella las alegrías y los dolores de una larga vida.

Desde aquel carnaval, en que la esperanza de rescatar su honor, la decidió a irse con Mario, para con-

quistarlo definitivamente, sólo una vez había vuelto a su casa.

Aquella noche, jugó su última carta, y aunque las cosas no ocurrieron como ella calculó, todavía esperaba. Una sonrisa de Mario, una muestra insignificante de cariño, la hacían soñar en que le devolvería, casándose con ella, lo que ella sacrificó por él.

Su espíritu no había madurado del todo, porque en realidad ignoraba los grandes dolores.

Vivía entre gentes alocadas, los amigos de Mario, muchachos sin tino, que la besaban al despedirse; Bistolfi que soltaba solemnes simplezas, mientras su mujer coqueteaba; algunos hombres de negocios, algunas amigas de los amigos, algún carrerista que llevaba datos, y vendía redoblonas, y Demócrito Cabral, su admirador más empalagoso, cuyas atenciones no parecían incomodar a Mario.

De su familia sólo veía a Pulgarcito, que entraba en su casa con el mayor desenfado, y hasta se quedaba a dormir en el sofá del comedor.

Ni su hermana Laura, ni su madre, ni don Pedro, según le contaba Pulgarcito, sabían exactamente el género de vida que llevaba Matilde.

Tres días después de aquel carnaval, ésta, que no había vuelto a casa de Bistolfi, donde estaba pasando una temporada, apareció en la de sus padres...

Entró azorada, en momentos en que don Pedro de Garay se aprestaba a salir para inspeccionar los cinematógrafos del barrio.

—¡Papá, me voy a Río Janeiro!

—¿Cómo? — exclamó él besándola.

Oyéronse pasos en la pieza contigua y Matilde bajó la voz.

—¿No está Laura?

Dos personas encarnaban para ella la conciencia, la implacable conciencia: Fraser y Laura, y en ese momento no hubiese querido encontrarse con ninguno de los dos.

Llegó misia Presentación, que se sorprendió tanto como don Pedro al oír el anuncio del viaje.

—Laura está en su escuela.

—Siento mucho, mamá; no voy a poder despedirme de ella, — respondió Matilde, aliviada de esa preocupación. — Me voy ahora mismo.

—¿Pero de veras? ¿Se van Marianita y el conde Bistolfi y te llevan?

—No mamá. Hallé un aviso en el diario... — explicó la muchacha ruborizándose, bajo la cándida mirada de su padre, dispuesto a creerlo todo. — Una señora que se va a Río Janeiro por un mes, buscaba una dama de compañía, y me he arreglado con ella...

—¡Qué precipitación! — exclamó sofocada la madre. — ¡Y tan luego dama de compañía! ¿Qué dirán en Santa Fe, si llegan a saber que una Garay, por el padre, y Troncoso, por la madre, se ha empleado de dama de compañía?

—¿Por qué, mujer? — terció don Pedro, con la autoridad de su abundante erudición. — En Estados Unidos y en Inglaterra, ser dama de compañía, es tener una profesión tan honorable como ser profesora, o modista. Yo no he estado allí, pero me consta que des-

pués de la guerra muchas viudas de combatientes se ganan la vida así.

—¡Pero tan solita! ¡Irte a Río Janeiro con una señora desconocida!

Don Pedro miró a su consorte con cierta conmiseración, y prosiguió:

—Nosotros, pueblos de de raza latina, estamos muy atrasados en lo que se refiere al feminismo. Los anglosajones dan más libertad que nosotros a sus mujeres Yo estoy seguro de que mis hijas sabrán portarse correctamente en todas las situaciones de la vida, por la educación amplia que han recibido en mi casa. Aunque adoptasen profesiones más peligrosas, por ejemplo, la profesión de "modelo", saldrían incólumes de los talleres de los artistas. Precisamente acabo de ver un "film" magnífico y muy moral, que tiene por argumento las aventuras de una modelo...

—¡No me gusta ese viaje! — exclamaba misia Presentación; y don Pedro repetía:

—Mis hijas saldrán incólumes de todos los peligros.

Matilde, turbada por las manifestaciones de su padre, entró a su pieza y recogió algunos objetos de su uso, en cuya busca iba; pero su madre la siguió.

—¿Y ese viaje... — le preguntó vacilando, — lo has consultado con él?

—¿Con quién, mamá?

—Con tu novio.

Matilde palideció, imaginándose que su madre se refería a Link, cuya martirizada figura surgió ante sus ojos.

—Es verdad, — manifestó don Pedro, encontrando

muy oportuna la observación de su mujer; — ¿has consultado la opinión de Mario sobre ese viaje?

Matilde, de pálida que estaba, se puso del color de una amapola.

El noviazgo de ella con Mario, constituía la más cara ilusión de los Garay y de los Troncoso, y no era cuestión de que por ganar un sueldo de dama de compañía, fuera a perjudicar su radiante porvenir.

—No me voy más que por un mes, — respondió Matilde — y él está de acuerdo.

Misia Presentación guiñó el ojo a su marido y preguntó:

—¿Y para cuándo el casamiento, hija? ¿Le has sacado ya la fecha?

—Para cuando vuelva.

—¡Tan pronto! — exclamó la madre; — ¡no es posible!

Y don Pedro volvió a apuntarle con pausa y erudición la superioridad de la raza anglosajona sobre la latina:

—También en esto vamos atrás de otros países. No hay nada más pernicioso que los largos noviazgos: se pierde mucho tiempo, y la población no aumenta. Mira lo que pasa en Estados Unidos: en 1880, tenían 60 millones de habitantes; ahora tienen 100 millones. Pero es que allí los noviazgos duran poco. Yo no he estado en ese gran país, pero el otro día he visto un "film", en que una muchacha subió en un aeroplano, y al bajar, se fué derechito a la iglesia con el piloto, a casarse. Se conocieron en el aire, se comprometieron y antes de la puesta del sol ya estaban casados.

—¡Qué maravilla! — exclamó Matilde abrazando y besando a toda prisa a los dos viejos. — No puedo esperar un minuto. Antes de una hora sale el vapor. Ya les mandaré mi dirección. Siento no despedirme de Laura.

Misia Presentación se quedó aturdida, en el umbral de la calle, viendo desaparecer el auto en que se iba su hija. Aún no salía de su sorpresa, y sentía inmensas ganas de llorar.

—¡No sé por qué, no me quedo tranquila! — exclamó apretándose el corazón, mientras don Pedro, señalando con la contera del bastón el sitio por donde había desaparecido Matilde, daba expansión a su orgullo satisfecho:

—Esa muchacha tiene un brillante porvenir. Es resuelta como una norteamericana. Y no hay nada más cierto que este profundo pensamiento de Rockfeller: "querer es poder".

Sólo Pulgarcito estaba en el secreto de lo que era en realidad aquel viaje.

Sabía que Matilde no acompañaría a ninguna dama, sino a Mario, y hasta se animó a despedirla en el puerto, en prueba de cariño fraternal.

Era más experto que ella y no tenía mayor confianza en que ese viaje concluiría con las vacilaciones de Mario, decidiéndolo a aceptar la amable coyunda nupcial.

Pero ya que lo acontecido era irremediable. por su parte fué discreto, no queriendo amargar aquella singular luna de miel.

El sol cada mañana levantábase sobre paisajes que ella había soñado.

Cuando su destino la llevaba a ser la mujer de Link, condenándola a una vida vulgar en un pueblito provinciano, como Helvecia o como Santa Rosa, ella se desquitaba imaginando otra vida, con un hombre rico y brillante, a quien amaría con amor ardiente y novelesco, y con quien pasearía su amor por otros países.

Por eso ahora sentíase libertada de la vulgaridad y de la pobreza. No sabía a punto fijo, qué lugar ocupaba Mario en la alta sociedad, pero viéndolo distinguido en sus trajes y en sus costumbres, y rico, suponíase que todas las puertas se abrirían ante ella, cuando la presentara.

Animábala una voluntad inquieta, y a cada instante le preguntaba:

—¿Nos casaremos en Río Janeiro o en Buenos Aires?

El la miraba con una sorpresa en que se mezclaba la compasión y el fastidio.

Su vanidad se complacía ciertamente en aquella virginidad de alma; pero eso lo obligaba a seguir urdiendo historias y promesas, con tanto cuidado como cuando inició la conquista.

Por un momento, ante la desvergüenza de Pulgarcito que continuaba sonsacándole dinero, creyó que él y ella y toda la familia estaban complotados para desollarlo; y se alegró, porque eso facilitaría la liquidación de su aventura, el día que se le antojase.

Mas ella, con su ingenua pregunta: "¿Nos casaremos en Río?" amenazaba su porvenir.

No era un sentimental. Por el contrario, se avergonzaba de sentir en ocasiones un principio de enternecimiento, fatal para un hombre equilibrado, cuya única aspiración era "vivir su vida".

Y reaccionaba bruscamente, lo cual lo hacía aparecer más egoísta y descorazonado de lo que era en realidad.

Al sondear la inocencia de aquella muchacha, rendida por su consumada estrategia, y al comprender que no existía un ápice de simulación en las expansiones de su amor, comenzó a alarmarse.

Matilde concluyó por advertir el fastidio con que él acogía su pregunta, y no habló más del casamiento; y eso, que ocurrió días antes de llegar a Río Janeiro, turbó su ilusión.

Cuando la noche purísima cayó sobre el mar, ella asistió al despertar de las estrellas, sentada, sola, sobre cubierta, con el espíritu teñido por una vaga melancolía.

Miraba hacia el mar, donde había dejado su patria, la casa de sus padres, su corazón inocente. La Vía láctea parecía un reguero de cenizas en que brillaban algunas brasas.

¿Cuál era su estrella, la que influía en su destino, para adivinar su porvenir?

Mucho más hondo y misterioso que el cielo es el corazón del hombre. Los ojos que ven millones de estrellas no logran descubrir un pensamiento que se oculta.

La voz de Mario la arrancó a sus divagaciones:

—¿Te has dormido? ¿no te gusta el mar? Parece

que no fuese la primera vez que viajas, porque ninguna cosa te sorprende.

Ella le contestó, esforzándose por sonreír:

—No es la primera vez. En sueños he viajado mucho.

—¿Y quién te acompañaba en ese viaje, que has soñado?

—¡Usted mismo!

Todavía ella no lo tuteaba, y él no insistía en exigirlo.

Ella sentía que conservaba algo de su dignidad, no entregándole toda su confianza.

—¿Y cómo podía acompañarte yo, si aún no me conocías? ¿Te acuerdas del primer encuentro?

Matilde pensó un instante, y dijo con sencillez:

—¡No me acuerdo! ¡Me parece que lo he conocido siempre!

En los ojos de él chispeaba la ironía, esa compasión de los vanos; y ella no pudo menos de advertir que ni sus palabras ni sus caricias tenían el ardor ni la espontaneidad del más humilde gesto de su pobre Link. Pero desechó ese pensamiento, que podía enervar su voluntad de ganar a toda costa aquella terrible jugada, en que empeñó todo lo que vale en una mujer.

La agitación de los primeros tiempos sostuvo su optimismo. Quería conocer a Mario para cautivarlo mejor, y con amor y sagacidad trató de robar los secretos de su corazón.

La afabilidad de él con los niños y las gentes humildes, a quienes se dirigía con sonrisa superior, pero afectuosa; la tibieza de sus censuras, si alguna vez cen-

suraba; la facilidad con que abría su bolsa; su desdén por las cuestiones que dividen y encarnizan a los hombres; su indiferencia por las cosas grandes y su interés por las pequeñas, perecíanle indicios de un corazón misericordioso.

Llegó a creer que no era un egoísta, sino un sentimental tímido, capaz de ruborizarse, si le sorprendían enternecido o entusiasmado.

Y en efecto, Mario se ruborizaba de todo sentimiento generoso y desbordante.

Un filósofo admirable por su estilo, tanto como por su malicia, le había infiltrado el pudor del bien.

La displicencia de Anatole France, que conoce maravillosamente los misterios de la epidermis humana, pero ignora el corazón, secó las fuentes de su energía y de su generosidad.

Su alma era un mar, que tenía la pesada serenidad del Mar Muerto. Sólo cuando una intensa pasión agitaba sus alas, asomaban las crestas de la vanidad y del egoismo, escollos que en los días normales las aguas cubrían.

Pero Matilde ignoraba todo eso, y confiaba en su belleza y en su amor, para ganar la partida.

A su vuelta de Río Janeiro, Mario se instaló con ella en su casa de Belgrano.

—¡No cuente a nadie que hemos vuelto! — le rogó ella, sin atreverse a explicar que mientras no se casaran no quería ser vista por nadie.

Llegó el invierno y él lamentó su soledad. Estuvo enfermo unos días, y en una mañana radiante de sol, la invitó a pasear con él por el Rosedal, que después

de la misa de las once, es el punto de cita de la sociedad elegante.

Había comprado un automóvil, que ella manejaba muy bien, y sintió un deseo pueril y extraño, de exhibirse con ella. Se habría irritado si alguien le hubiese dicho que le movía una despiadada vanidad.

Matilde cedió, deslumbrada por la idea de que si él tenía orgullo de ser su dueño, era por que la amaba.

Mario no era verboso, y sin embargo esa mañana parecía embriagado por el sol, por la belleza del día, por la alegría de vivir, y mientras corría el auto por la hermosa avenida, cortada al medio por una franja de jardines, le hablaba con desconocido entusiasmo.

La joven iba callada, el ceño plegado, la mano en el volante, como absorta en la maniobra, pero sin perder una sola de sus palabras.

—¿Qué diría tu mamá, que diría tu papá, qué diría Laura si nos encontraran?

Matilde se extremeció: nunca pensaba en su hermana sin un movimiento de cólera. Su sólo nombre agitaba sus remordimientos, y le parecía oír las severas palabras que la otra nunca le dijo, porque ella nunca estuvo dispuesta a escucharla.

—¿Qué diría Fraser?

—¿No sabe que hemos vuelto? ¿está seguro de que no sabe?

—¡Nunca me tuteas! — se quejó él; y ella ruborizándose, como si diera un paso decisivo en la vida, le señaló en los jardines del medio un grupo de bronce, un león dominante e imperioso, con las garras clavadas en el cuerpo palpitante de una gacela:

—¡Tú eres como el león!

Mario sintió un relámpago de amor, viéndola tan incomparablemente hermosa y tan rendida.

Ella comprendió lo que le pasaba y se atrevió a recordarle su promesa:

—Has caído sobre mí; me has vencido; me has arrebatado de mi casa; ¿me abandonarás ahora?

Al decir esto, los magníficos ojos se llenaron de lágrimas, y él, por desviar el tema, le dijo en tono mimoso:

—¿Te pesa lo que has hecho?

—Sí.

—¿Si te pusieran de nuevo al principio de todo, volverías a hacerlo?

—¡No sé!

—Entonces no me quieres.

Desembocaban en la avenida del Rosedal más angosta y repleta de carruajes. Matilde saboreó una punzante sensación de orgullo, al observar que todas las miradas se concentraban en ellos. Su hermosura y la destreza con que manejaba el auto elegantísimo, y la soberana indiferencia con que cruzaba por entre los otros, suscitaban comentarios de toda suerte.

—¿Quién es *ésa?* — alcanzó a oír, frente a un grupo de muchachas, que tomaban el sol, sentadas en el césped; y la pregunta despectiva le dolió como una puñalada.

El lago verde, refulgente y salpicado de cisnes, las escalinatas y las pérgolas, desnudas del follaje de las hiedras, que dormían aguardando la primavera; las calles rojas, por entre los rosales podados, la concu-

rrencia vistosa, los niños que jugaban, los autos lujosos, guiados por graves choferes de librea, o por elegantes muchachas escotadas, a pesar del frío, era un cuadro característico de la ciudad turbulenta y alegre, una fiesta para los ojos.

Matilde se sentía aislada en medio de la hostilidad o de la envidia; y algunas palabras le llegaban como piedras. ¡Todos estaban libres de culpa, menos ella!

Mario había repartido algunos saludos, pero no tantos como ella esperaba, suponiéndolo vinculado a la alta sociedad; y eso la decepcionó.

—¿No te saludan porque no te conocen o porque no quieren mirarte?

Su compañero tuvo vergüenza de confesar que en realidad no era tan conocido como ella imaginaba, y se encogió de hombros.

—¡Qué me importan los saludos de nadie! — respondió, dando a entender que la indiferencia de sus amigos era causada por la presencia de ella.

Matilde se mordió los labios con dolor y con vergüenza, y abandonó la avenida del Rosedal.

—¡Ya ves lo que pasa! — le dijo, cuando pudo vencer la cólera que la hacía enmudecer.

—¿Qué pasa? — preguntó él con displicencia.

—Que se han dado cuenta de que no soy ni tu mujer ni tu novia; que no te quieren conocer; que yo peso sobre tu vida como una mancha...

—¡No llores! — exclamó él viendo su rostro bañado en lágrimas, que no podía enjugar, por tener ambas manos asidas al volante. — ¿Qué nos importa lo que ellos piensen?

—¡A mí me importa! ¡a mí me importa! — exclamó ella con vehemencia.

—Eso nos ata más.

—¡No es verdad! Hoy puede ser, pero mañana sentirás de otro modo. Yo no quiero aislarte de tu mundo; y sólo veo una manera de salvarte.

El se quedó callado, comprendiendo su pensamiento, y tuvo la esperanza de que ella no prosiguiera, mas se engañó.

—Mario — le dijo la joven con voz dolorida, pero firme; — ¿qué te impide cumplir tu palabra? Hoy me has hecho pasear delante de la gente que te conoce, porque no te avergüenzas de mí...

—No, no me avergüenzo.

—¿Y entonces? ¿qué te impide?...

—¿Pero crees, — interrogó él impetuosamente, — que van a perdonarnos si nos casamos?

No bien dijo esas palabras, se arrepintió, viéndola palidecer horriblemente.

—¿Qué te pasa?

—¿Quieres decir que tu mundo está cerrado para ti por culpa mía? ¿Quieres decir que si te casas conmigo serás un desterrado para siempre?

—¡No seas loquita! — exclamó él apretándole las manos.

—¿Quiere decir — insistió ella con desesperación. — que sólo abandonándome podrás salvarte del desprecio? ¡Ya ves cómo yo he tenido siempre razón...!

Arrimó el coche a la vereda, abandonó el volante y se puso a llorar.

Las personas que pasaban observaban la escena, lo que inflamaba en cólera a Mario.

—¡Loca de remate! — dijo fastidiadísimo, apartándola con gesto brutal.

Ella logró dominar su acceso de dolor, le cedió su sitio y no habló más.

Desde ese día él volvió a su vida anterior, sin cuidarse de ella, que se aburría en la soledad de su casa.

Alguna vez la llevaba a teatros o cinematógrafos de segundo orden, pero tales salidas causábanles a los dos más fatiga que placer. Iban recelosos, temiendo Mario una indiscreción de Matilde y comprobando ella el hastío creciente de él.

Su casa, frecuentada por sus amigos, dejó de ser el refugio en que ella ocultaba su amor y su remordimiento, aguardando que él cumpliera su palabra.

Estaba en la plenitud de su belleza, pero los ojos de él parecían saciados. En cambio los amigos que concurrían a su mesa no se recataban de admirarla. Demócrito Cabral más que ninguno, se había constituído en su caballero, e iba ganando su confianza, gracias a las noticias que le llevaba de la vida de Mario.

Traicionaba aparentemente a Mario, por complacer a Matilde, que se lo agradecía, sin sospechar una inteligencia entre uno y otro.

Mario empezaba a desear que ella un día le dijese: "Quiero volverme a casa de mis padres; déjame ir."

Pero ella no hablaba.

Pulgarcito, asiduo visitante, referíale cuanto ocurría en su casa, donde sólo su madre parecía conocer la verdadera situación de la hija.

—Mamá — le decía el mozo — no te viene a visitar para que Mario no se ponga "cabrero", y no te plante. No quiere comprometer tu casamiento. Papá te cree en el Brasil todavía, y está encantado de que pases el invierno en ese clima. El no ha estado allí, pero sabe cómo es...

—¿Y Laura?

—¡Psch! Laura te ha heredado el novio y está muy contenta. Tendría un terrible disgusto si te viera aparecer. Ese pobre gato de Link es capaz de no haberte olvidado.

Una sombra de nostalgia velaba los soberbios ojos de la joven.

—¿Y ella cree también que yo estoy en el Brasil?

—¡Milongas! Yo no sé quién le cuenta las cosas, porque ésa las sabe antes de que sucedan.

Un tiempo después se reanudaron las visitas de Bistolfi y de Mariana, y Matilde tuvo quien la acompañara a salir, y aunque gran parte de sus penas se las debía a la inconsciencia de aquella mujer, le devolvió su amistad. Iba reconstruyéndose el círculo de sus relaciones. Sólo faltaba Fraser, de quien nadie se acordaba, como si se lo hubiera tragado la tierra.

El era, sin embargo, el único a quien Matilde ansiaba encontrar, para confiarle una nueva esperanza que se había encendido en su corazón y pedirle sus consejos.

Hacia mediados de la primavera tuvo la certidumbre de haberlo atado a Mario con un vínculo indestructible. Guardó su secreto y esperó con ansiedad una visita de Fraser.

Instintivamente se volvía a él, confiando en su áspera lealtad, para que le alumbrara el camino.

De tarde en tarde, por Pulgarcito, recibía noticias de la vida de aquel hombre, y sabía que él no la olvidaba. ¿Mas por qué había huído de la casa de Mario? ¿Por qué la abandonaba, cuando más urgente le hubiera sido su ayuda?

Llegó hasta pensar que Fraser no sería nunca su aliado, porque se imaginaba a Ana Lía enamorada de Mario .Se sintió más sola; empezó a tener celos y a desesperarse. Como a un niño perdido en la noche, la amedrentaban las sombras, y estaba dispuesta a creer en cuanta palabra de amistad o de afecto llegara a sus oídos.

Demócrito Cabral espiaba ese momento, para ganar su corazón. Bien enterado del hastío de Mario, sabía que éste agradecería al amigo que quisiera sucederlo en su buena fortuna. Tales combinaciones no se tratan de palabra, pero se leen en los ojos, y están en la naturaleza de las cosas. El destino de esas caídas, no suele ser variado, y la historia se repite en todas las caídas: primero Mario, después el amigo de Mario, después el amigo del amigo, después el anónimo...

Matilde pasaba días enteros sin otra compañía que la de los sirvientes: aquel mucamo gallego, casado con la cocinera, y una muchacha de provincias, que le enseñaba a tejer y a cribar, sentada mano a mano, en el dormitorio. Aunque Dositeo no sabía leer, poseía nociones exactas respecto a la dignidad de una dueña de casa, y cada vez que veía a Matilde alternando con "la Carmen", meneaba la cabeza desdeñosamente: "Se co-

noce que doña Matilde no es propiamente una señora... ¿De dónde habrá salido?"

El balcón del dormitorio se abría sobre el jardín del fondo. Una retama crecía al pié, y en la nueva estación iba llenándose de flores. Un día Carmen dijo a su señora:

—¿Por qué tiene esa planta? ¿No sabe que es *contra* los novios? Una niña que quiere casarse, no debe tener retamas amarillas en su jardín, sino blancas.

Matilde recordó haber oído a su madre la misma cosa. No era accesible a las supersticiones, y se mofaba de las brujerías de Saturnina, que con sus cuentos había poblado su niñez de impresiones confusas; pero la esperanza del casamiento era ahora una viva ansiedad, y la receta de su mucama la impresionó.

—¿Estás segura de lo que dices?

—Sí, niña; la retama blanca es casamentera; la amarilla es *contra* los novios.

La joven no se atrevió a contrariar un precepto afirmado tan sentenciosamente; averigüó qué floristas tendrían una retama casamentera, y al otro día fué a comprarla, tomando por primera vez desde que abandonó su casa, el tren en Belgrano.

Ese día vió a Noemí, y tuvo el valor de pasar por su lado sin mirarla. Sentíase desamparada de todos los que la quisieron en el tiempo anterior, y pensó que Noemí sería como todos y no querría alternar con ella.

Cuando regresó, después de convenir el trasplante de la retamas, halló a Dositeo en la puerta:

—Acaba de irse un señor que preguntó por la señora.

—¿Dijo su nombre?

—Es aquel señor que antes venía a diario, el doctor Fraser. Acaba de irse.

Matilde se asomó, deseosa de divisar la silueta del amigo que volvía.

La calle, obscurecida por la arcada de tipas, estaba desierta. En las copas profundas, más lejos, más cerca, allá, aquí, sonaba la ondulante algarabía de los pájaros.

—Se ha marchado ya, — manifestó el gallego, poniéndose en jarras — y es lástima, porque el señor Mario habría tenido gusto en verlo.

—¿Está Mario?

—No, señora; ni va a almorzar aquí. Lo ha mandado decir con don Demócrito, que allí adentro la aguarda.

La joven se sentó a la mesa, con aquel peligroso compañero, y trató de sondearlo para obtener detalles de la vida que Mario hacía fuera de su casa. Demócrito fué dándoselos cautelosamente, como si le costara vender los secretos del camarada, y se arriesgó a proponer a Matilde una salida juntos, para mostrarle en cierto "cabaret" los nuevos enredos de Mario.

La muchacha sintió enfriársele las mejillas y las manos, con una violenta emoción.

No aceptó, pero quedó clavado en su alma, como una tentación, el propósito de averiguar la verdad.

V

El hombre que espía

Roberto Fraser siguió por la calle de tipas, sin levantar la cabeza, sin conceder una mirada a las nuevas y bonitas construcciones levantadas en aquel barrio durante los últimos meses.

Pesadas preocupaciones lo agobiaban. Ya no era solamente la ansiedad vergonzante de saber con qué pagaría a la vieja del loro el aquiler vencido, o sus cuentas a los proveedores de la casa. Esos problemas los había resuelto de un golpe, arrojando por la borda los escrúpulos que le impedían dirigirse a su antiguo pupilo, para pedirle ayuda.

Desde semanas atrás encontrábase con Mario en el club, y charlaban sin acordarse de que existiera Matilde; y dos o tres veces había ido el joven a visitar a Liana.

Si en todo esto existía algún motivo para hacer bajar la cabeza al desenfadado Fraser, la verdad es que no entraba en su preocupación de esa mañana, cuando recorría sin verla, aquella magnífica arboleda, tan elogiada por él, y cuando apenas se lamentaba de no haber encontrado a Matilde, a quien fué a visitar después de casi un año de esquivarla.

Era una real tontería seguir huyendo de la pobre muchacha. Quería además hacer un largo paseo que le diera tiempo para reflexionar en las cosas obscuras y terribles que estaban ocurriendo en su casa, a su lado, en el corazón de Liana.

Volvió a la estación para tomar el tren; iría al centro, recogería unos papeles en un Banco, y aún llegaría a tiempo de almorzar con su hija en su casa.

En el andén encontró a la chiquilla vendedora de flores, alegre, porque un rato antes Matilde la había indemnizado con una cariñosa sonrisa, del desdén con que esa mañana pasara por su lado, fingiendo no verla.

La carita de Noemí resplandeció al divisar a Fraser, el otro amigo perdido. Le salió al paso y lo saludó graciosamente.

—Faltan diez minutos, señor, para que llegue su tren.

Fraser, que amaba a los niños, acogió con benevolencia el agasajo.

La chicuela entusiasmada, se empeñó en hacerle aceptar un mazo de violetas, y Fraser maquinalmente las tomó, y al sentir su perfume, parecióle que se mareaba y que en su cerebro alucinado se encendían los más penosos recuerdos de su pasado.

Siempre le ocurría eso. Nada evocaba con tanta fuerza las sensaciones de que deseaba huir, como el olor de esas flores.

Sin embargo, no quiso desprenderse de ellas y las colocó a su lado en el asiento del tren, para llevárselas a Ana Lía, que amaba las violetas con la misma pasión con que él las odiaba.

—¡Herencia de su madre! — pensó Fraser.

¿Qué no habría dado él por depurar la sangre y el alma de su hija de todas las tendencias que la aproximaban a aquella mujer? ¡Vano deseo! Con horror constataba, día a día, cómo se iban reproduciendo en Liana los rasgos de Beatriz Bolando, rasgos espirituales y físicos.

Poco antes, Mario, que de niño conoció a su mujer, al ver a Liana, transformada durante su ausencia, se quedó extático, y Fraser comprendió la razón de su sorpresa.

—¿La encuentras parecida? — le preguntó con dolor, en voz baja.

—¡Idéntica!

Al rato Fraser, por aliviar el peso de su angustia, agregó:

—¿Sabes que vive?

—Sí, y sé que está en Buenos Aires...

El agachó la cabeza y murmuró:

—Yo la he visto...

—¿La ha visto? — interrogó espantado Mario, que no ignoraba que las manos de Fraser estaban teñidas en sangre, por culpa de aquella mujer.

Sentíase andar a Liana, en la cocina, afanada por agasajar al hermano que retornaba después de una ausencia cuyos motivos ella quiso ignorar siempre.

Mario al oir la afirmación de Fraser "¡la he visto!", lo miró con honda sorpresa, y Fraser comprendió que el joven estaba bien enterado de la enfermiza pasión con que él había amado a su mujer, y posiblemente seguía amándola, aún después del crimen.

Necesitó explicarse, lo tomó de la mano y lo aproximó a la ventana del cuarto de su hija, desde donde se divisaban los jardines de la Recoleta, el bosque de Palermo, y frente a frente, a cien metros de distancia, la torre ojival de "Lohengrin".

—¡Mira! — le dijo, señalándole la suntuosa mansión, que todos conocían como abandonada y alrededor de cuyos misteriosos dueños se tejían leyendas.

Había llovido durante el día, pero a esa hora el cielo se despejaba.

Un resplandor violeta vibraba en el aire.

Detrás del manto espeso de nubes, encogido en el borde occidental, se hundía un sol rojo, derramando sobre el mundo una luz funeraria.

Sentíase el silbido del viento en los pinos de 'Lohengrin", y el duro perfil de su torre, sus paredes musgosas, su negra arboleda, su verja despintada, adquirían los violentos contrastes de un aguafuerte.

El joven miró primero el paisaje, y después la cara de Fraser, envejecido y aterrado, como un reo que aguarda su hora.

—¡Allí vive ella! — le dijo, y Mario pudo percibir en la voz y en el temblor de la mano, las encontradas corrientes de sentimientos que combatían aquel corazón.

¿La amaba aún?

—¿Allí es donde la ha visto? — le preguntó.

Con esa pregunta quería decirle: "¡Hombre débil! Le debes todos los dolores de tu vida ¿y aún tienes alma de verla?

Fraser contestó:

—Todo se olvida, menos el amor a los muertos y el amor a los hijos.

Mario movió la cabeza negativamente, impresionado por el desaliento que revelaba la fisonomía de Fraser.

Pero no hablaron más, y en las ocasiones en que después volvieron a encontrarse, tampoco abordaron el asunto, Mario por discreción, tal vez por indiferencia hacia las penas de otro, y Fraser por incapacidad de dominar el secreto, que hacía veinte años guardaba en su corazón.

"¡Usted no la ha olvidado!" — le había dicho Mario, y aun dolorido de que otro violara su pensamiento, experimentó el extraño deleite de confesarse a sí mismo, la vergonzosa verdad.

¡Cuánto había resistido sin embargo! No tuvo desde un principio la certidumbre de que ella habitaba en "Lohengrin", pero supo cuándo regresó, viuda ya de aquel conde Seguín, con quien se casó en Francia, habiendo obtenido allí el divorcio contra Fraser. Volvía inmensamente rica, y no usaba el nombre de Seguín, sino su propio nombre, Beatriz Bolando.

Una vez que Fraser pasó por las inmediaciones de "Lohengrin", parecióle reconocerla en una mujer que descendía de un automóvil, y entraba como dueña.

Huyó, sacudido por confusas emociones, y otro día volvió, y en vano intentó vencer la reserva del portero, que le afirmó que nadie vivía allí.

Pasaron meses, y como "Lohengrin" continuara deshabitado, él dejó de pensar en aquel encuentro, conservando una instintiva aversión por la casa.

Cuando se mudaron y halló que viviría a cien metros de "Lohengrín" resolvió cambiarse a otro barrio, pero antes quiso observar a Liana, cuya conducta empezaba a inquietarle.

Su posición era absolutamente desventajosa, porque si aquella mujer se proponía dar con el paradero de su hija no tardaría en lograrlo.

¿Cómo conservar eternamente a Ana Lía en la ignorancia de su historia?

Ocurriósele que si Mario la quería y se casaba con ella, podría salvarla, con un largo viaje, de aquella mujer a la cual ella no podía juzgar porque era su madre, y con la cual no podía alternar, sin que su nombre padeciera.

Pero Mario tenía otro deber que cumplir, y no sería Fraser quién lo alejara de ese camino.

Una tarde, a la oración leía él su diario, junto a la mesa, que Liana tendía. Oíase en el patio la voz de la señora Cascarini, que llamaba a su marido, los gritos de los niños, "nacidos en la casa", a los cuales se unían los del chiquito de Soledad, que jugaba con ellos; alguien cantaba una estrofa de la *Copa del olvido,* tango de moda, acompañado en el mandolín; y toda clase de vahos culinarios, traspasando el toldo del parral, aderezaban aquel conjunto de sensaciones conventilleras.

Liana entró a su pieza en busca de algo, y se sorprendió al observar abiertas de par en par y profusamente iluminadas, las ventanas de "Lohengrin". Dió un grito; acudió su padre.

—Ya alguien vive allí — dijo a media voz.

Fraser procuró dominar la emoción que a él también le producía el suceso.

—¿Por eso gritaste? ¿tanto te sorprende?

—Es la primera vez que iluminan la casa.

—¿Qué te importa? ¿conoces a los dueños?

Fraser había tomado de la mano a su hija, como para que no se le escapara.

Los dos se miraban tratando de robarse el uno al otro el secreto que poseían.

Pero Liana era sutil como un rayo de luna, y en vano su padre habría tratado de enredarla. Respondió:

—No conozco a su dueña, pero tú sí... ¡tú la conoces!

Esa respuesta fué para Fraser un golpe en la sien, que lo hizo tambalear.

—¿Qué dices? — pudo exclamar, soltándole la mano, y dejándose caer en su silla.

La joven lo miró sagazmente y repitió:

—Tú conoces a su dueña.

—¿Pero qué estás diciendo? ¡te juro, Liana, que yo no sé quién vive allí!

—La dueña de "Lohengrin" — repuso Liana, observando en el semblante de su padre el reflejo de sus palabras — es la dueña de esta casa...

Un profundo alivió se pintó en la casa de Fraser; la muchacha agregó:

—Cascarini me ha dicho que la "señora del loro", como tú la llamas, vive en una cueva por que quiere; que "Lohengrin" es de ella; que lo compró amueblado como un palacio, y que por capricho lo tiene sin usar.

Se volvió a oscurecer la frente de Fraser, recordando

el gesto irónico de aquella mujer, cuando él le dijo su nombre. ¿Qué sabía de él? Miró a Ana Lía con desconfianza.

—¿Pero, por qué te impresiona ver la casa habitada?

La joven había dominado ya sus nervios y se explicó sencillamente.

Fraser no quedó satisfecho.

Desde esa tarde, el sombrío palacio cambió de aspecto. De noche irradiaba como una antorcha, y si el viento venía del río, se oía la orquesta.

Fraser y Liana, cada cual por su lado, interrogaron a Cascarini, que parecía saber muchas cosas, pero no se dejó arrancar ninguna.

—"Forse" — dijo — que la patrona habrá venduto Lohengrin. Chi lo sá!

Fraser observó que Liana se guardaba de sus ojos desconfiados, y se irritó consigo mismo, por no saber disimular.

¿Qué sabía Liana de la historia de su madre?

Asediados por estas preocupaciones, fué aquel día a visitar a Matilde, y asediado por ellas volvió al centro. Caminaba como un sonámbulo, con el mazo de violetas, que le regaló Noemí, y que llevaba a su hija. Pero en el centro, el engranaje de las cosas habituales lo retuvo. No fué a almorzar con su hija, ni tampoco a cenar. Se pasó el día en el ambiente enervante de un club, jugando con suerte al principio, y con desgracia luego; se cansó más que si hubiese trabajado de sol a sol, picando piedras, fatiga del cuerpo y del alma, y mediada la noche regresó, sin abandonar sus violetas aunque su perfume lo mareaba.

Toda la casa dormía, a esa hora.

Fraser subió a pasos quedos, y se detuvo estupefacto al abrir la puerta del cuarto de Liana. No había luz, y ella estaba absorta, mirando con unos anteojos las ventanas iluminadas de "Lohengrin".

—¿Qué haces? — le preguntó, depositando las flores sobre una silla.

La muchacha se inmutó, como sorprendida en una mala acción. Si algo se percibía de su rostro, era al resplandor de aquellos salones, alumbrados como para un festín.

Se veían pasar figuras de hombres y de mujeres, siguiendo al ritmo de una danza.

—¿Qué mirabas? — insistió Frazer — ¿por qué te asustas como una culpable?

—¡Papá! — exclamó Liana temblando — ¡hay una señora que se parece a mí! ¡la he visto pasar! ¡mírala! ¡ésa es!

De un golpe, que hizo añicos los vidrios, cerró Fraser la ventana y arrancó a la joven de su observatorio.

—¡Pobre mujer! Te creía sin tacha, y tienes el más miserable de los vicios, el de espiar las casas ajenas.

Ana Lía no atinó a responder. Confusamente sintió que en la cólera de un padre entraba algo más que la pena de saberla curiosa, pero no se atrevió a decirlo.

—¡No quiero que duermas aquí! ¡vete a mi cuarto y acuéstate!

La empujó con torpeza y la dejó ir sollozando.

Liana se acostó vestida, en la cama de su padre, sin encender luz, atormentada por toda suerte de imaginaciones.

¿Qué historia tan terrible era la de su padre, que se exaltaba tanto al solo pensamiento de que ella vislumbrase la verdad?

Si era su voluntad que no leyese nunca ni una línea de su pasado ¿por qué no se lo pedía? Ella le obedecería, sin discutirle.

Había dos hombres a quienes no tenía derecho de juzgar: Mario, que era como su hermano, y él, su padre.

Pero había también una mujer a la cual ella no podría juzgar: ¡su madre!

Tenía ya la certidumbre de que se le escondía su verdadera historia, y sospechaba que grandes culpas pesaban sobre ella. No quería saber cuáles fuesen, pero sí saber cuál había sido su destino.

Se durmió fatigada de sus días laboriosos y de sus pensamientos tristes, y no sintió cuando su padre abrió cautelosamente aquella misma ventana, que cerrara indignado.

¿Quién era la mujer que se parecía a su hija?

No necesitó esforzarse para reconocer en la reina de la fiesta, reina por la elegancia y por la indestructible hermosura, a la que había desolado su juventud y ennegrecido veinte años de su vida.

Era ella, que en el cenit de su esplendor, se parecía a su Liana, como el sol del mediodía se parece al que nace.

El pobre hombre, envejecido por toda suerte de miserias, sostenía con mano temblorosa aquellos anteojos que lo aproximaban a ella.

¡Invento infernal!

Sentía el perfume del ramo de violetas que ella tenía

en la cintura, y absorbía una por una las notas de la orquesta.

¡Qué inmunda piltrafa era su corazón! Habría querido cerrar los ojos, o hundir la cabeza en la tierra, o huir a los bosques, donde un viento sibilante y crudo, aniquilase aquellas notas conocidas, y aquel perfume de violetas que le llegaba en la brisa.

La miraba en el balcón, asomada sobre sus opulentos jardines, y le parecía sentir en la frente sudorosa la dulzura del aire, que la voz de ella agitaba.

¿Por qué la había perdido? ¿quién era su dueño? ¿quién era, más que él, su dueño?

Los cristales se enturbiaban, y con impaciencia los limpiaba, experimentando una angustia verdadera al dejar de mirarla; y esa sensación, mejor que toda su filosofía, le revelaba la implacable verdad.

Aquel amor había estado clavado en su corazón, como un hacha olvidada por los leñadores en el tronco de un árbol.

La ruda corteza cubría el hierro. Ningún ojo humano lo veía; ningún reflejo del sol le delataba. Pero el hacha estaba allí, y el árbol sangraba.

Impetus contrarios lo sacudían. Al verla tan lejos de él, como si viviera en una estrella, sentía una sorda rabia de infamarla, y de gritar sus culpas por encima de la dormida ciudad, y también de confesar su miserable amor.

¡No la perdonaba, no! Pero habría querido penetrar en su vida por el amor o por el odio. Ser su dueño y poder vengarse; o ser su esclavo y poder servirla...

¡El maldito perfume de sus violetas!

Vió que se apagaban las luces, pero aquellos anteojos sondeaban las tinieblas.

La escena había cambiado. Debía de haberse abierto otra ventana, de otro salón, por que los muebles eran otros.

¿Desvariaba? No solamente los muebles eran otros, sino que la luz era otra: parecía la luz del sol. Evidentemente era de día, pues un rayo solar daba de lleno en un soberbio retrato al óleo de la dueña de la casa.

Fraser se pasó la mano por la frente, para disipar ese engaño. ¿Cómo podía estar allí ese retrato, cuando él mismo, con sus propias manos lo destrozó y lo quemó, al día siguiente de su crimen? Sin embargo estaba allí, y sobre una columna, había un jarrón con violetas. ¡El odiado perfume! Cada vez que lo sentía, corría por sus venas una impresión trágica.

Empezó a ver la escena como a través de un velo, y limpió los cristales de los anteojos. Nítidamente observaba todos los detalles. ¡Cosa inexplicable! El conocía aquella habitación. El mismo había comprado cada uno de sus muebles, y si alguien se lo hubiere negado habría podido decirle dónde y por qué precio.

¿Pero cómo estaban allí esos muebles, ese piano, esa alfombra, esa araña de bronce y de cristal, hasta esa miniatura de un niño, su Liana, que él conservaba aún en su escritorio? *Ella* había reconstituído exactamente su antigua sala, pero ¿cómo halló quien reprodujera con tanta fidelidad las cosas destruídas por él, en los días de furor siguientes al crimen?

No tenía tiempo de resolver las complejas cuestiones, que cada detalle suscitaba en su espíritu, porque los su-

cesos se precipitaban. La escena estuvo un instante vacía, más de pronto surgió una figura silenciosa, junto al retrato, y era la misma del retrato, *ella,* que llegaba con el aire de una persona que aguarda y que teme, y que tiembla al sólo ruido de una mosca que se golpea contra un cristal.

Fraser volvió a limpiar sus anteojos, porque no quería creer en la visión. En la luz del día — era de día, no podía dudarlo — ella parecía tan joven como la vió hacía veinte años.

Porque él ya había visto eso mismo, acechando por las junturas de una puerta que daba a un pasillo. El había visto ese temblor en las manos de ella, y esa palidez y ese fulgor en los ojos apasionados, y esa frente radiante de amor, de un amor que la manchaba... ¿Por qué las cosas se reproducían tales cuales él las vió?

Pero no tenía tiempo para pensar. Tenía *que ver* lo que iba a ocurrir y que de antemano *sentía* que no variaría un ápice de lo que *había* ocurrido.

En aquella sala, igual a su sala, se desenvolvía una traición. Aquella mujer que lo traicionó a él, volvía a su viejo pecado. ¿Pero a quién traicionaba ahora? El corazón de Fraser saltaba sorda y dolorosamente; por nada en el mundo habría cerrado los ojos ni para pestañar.

¿A quién traicionaba ella y quién era el hombre, que entró en ese instante con paso ligero, como uno que va a la muerte, creyendo que va al amor?

Fraser lo odió con toda su alma, y quiso ver sus facciones, más no podía apartar los ojos del rostro de ella, por no perder una sola de sus miradas y de sus son-

risas, cada una de las cuales era un pecado. Cualquiera que fuese aquel hombre, estaba seguro de que allí se traicionaba a alguien.

Sentía el rumor de palabras que no comprendía. Sentía el insoportable olor de las violetas, y era tan agudo el interés que prestaba, que oía positivamente la respiración contenida de otro hombre, del *traicionado,* que acechaba la escena desde una habitación contigua.

Fraser tuvo miedo de un arrebato nervioso en *el hombre que espiaba.*

Si hubiera estado junto a él, le habría puesto la mano en el hombro para que no se levantase y siguiera en cuclillas, mirando por una rendija de la puerta.

Porque no había que espantar la caza.

El ya conocía cómo se procede. Hubiera querido ver la cara del que entraba, para saber a *quién* se parecía; pero una fuerza diabólica le impedía apartar los ojos de ella. ¡Veinte años sin verla!

¿Pero era verdad que habían pasado veinte años?

¡Todo en ella era igual *a la otra vez!*

Fraser la vió sonreír con esfuerzo y besar al que entraba, pálida y temblando, como quien comete el primer pecado.

Y fué la misma escena que él conocía.

Sintió ganas de gritar al que espiaba, que ya era tiempo, que podía matar impunemente, porque la ley lo amparaba. ¡La ley! ¿cómo a él, que era médico, se le ocurría pensar en la ley?

En sus largas cavilaciones, mientras las sospechas maduraban hasta la certidumbre, habíansele ocurrido todo género de arbitrios para vengarse, y un espíritu

perverso le interpretó una por una las frías, innobles palabras del Código. Podía vengarse impunemente del traidor, y la ley le dejaría gozarse en el martirio de ella.

Pero *el hombre que espiaba* conocía también la ley, y se levantó en el mismo instante en que él lo hubiera hecho, y abrió la puerta, y entró en la sala.

—Va a pisar esa flor de la alfombra, pensó Fraser mirándolo avanzar, y el hombre la pisaba, va a chocar con esa columna, donde están las violetas, y chocaba...

¡La estúpida sonrisa del amante! Sólo entonces le vió la cara. Ya conocía él esa sonrisa pálida, de terror infantil, que expresa el miedo y querría expresar otra cosa, y conocía el gesto tranquilo, de aquel vengador, que sabía la ley, y mataba sin prisa. ¡Uno, dos, tres!

El humo azulado del revólver, quedó balanceándose en el rayo de sol que cruzaba la pieza; y el hombre sonriente se abatió de rodillas, juntando las manos. Luego cayó de bruces; sin que Fraser lo volviera a mirar.

Toda su atención estaba puesta en los ojos de ella, llenos de estupor y de desprecio.

—"¿Qué has hecho? — decía claramente aquella mirada. — Mi culpa era bien leve al lado de la tuya. Con un poco de misericordia habrías podido redimirme, y ahora me pierdes. Sólo hay un amor que no se olvida, el amor a los muertos!"

Fué tan precisa y violenta la evocación de aquella escena, que Fraser gritó como un herido a quien se le arranca la venda.

A su grito Liana se despertó sobresaltada y lo halló tendido en tierra, hablando como un ebrio.

—¿Ves, Liana? Tengo las manos llenas de sangre. Pero ¿por qué lo maté, si ella no ha de olvidarlo?

Liana hubiera querido atajar el torbellino de palabras incoherentes y desesperadas, en que su padre exhalaba su secreto.

Parecíale que no tenía derecho a oír las cosas que él contaba en su delirio, y lo abrazó y lo alzó del suelo y le bañó la frente con agua fría.

Serenóse Fraser con ello, pero aún no recobró la noción de la realidad.

—Allí se ha cometido un crimen, — dijo, señalando el castillo de "Lohengrin". — Yo lo acabo de ver. Mira con los anteojos, por esa ventana...

—Papá, — replicó dulcemente Ana Lía, — las ventanas están cerradas y todo está oscuro. Son las tres de la mañana. ¡Ha soñado!

El miró: Lohengrin reposaba entre las sombras de sus pinos, cuyas copas espulgaba el viento de la noche.

Se apretó la frente, recogió del suelo los anteojos y comprendió que había estado a punto de librar su secreto.

—Me duele la cabeza: el perfume de las violetas es fatal para mí.

Liana sacó las flores, y Fraser, inquieto y avergonzado, se echó en la cama y cerró los ojos.

Su hija estuvo contemplándolo hasta que lo juzgó dormido y salió entonces de puntillas.

Pero él no dormía; trataba de reconstruir las frases que pronunció delante de Liana.

Se daba cuenta de lo ocurrido. Nada posee la fuerza evocadora de un perfume; y el de las violetas, las flo-

res odiadas, porque eran las que *ella* recibía de aquel hombre que él mató, le habían producido una alucinación. A Dios o al Diablo, a quien quiera que fuese, agradecíale el haberle mostrado la escena pavorosa, en momentos en que su voluntad de no perdonar se apagaba al soplo del viejo amor.

¡Ah! podía verla de nuevo en su umbral, arrodillada, golpeando el suelo con la frente, pidiéndole perdón, sin que suscitara en él más que el horror de su contacto y el desprecio.

Y si era débil ante la explosión de los recuerdos, llamaría a su hija, y se la señalaría con el dedo, y le pediría que la escupiera en la cara: "Es tu madre, pero manchó tu nombre y te abandonó..."

No supo a que hora cayó su espíritu en la sima de un sueño oscuro y sin visiones, que le duró hasta bien entrado el día.

Despertóle el canto de los martillos en una herrería vecina, y el resplandor del sol que llenaba la pieza.

—La niña Liana salió casi al alba, — le advirtió Soledad al llevarle café. Con una mano, le alargaba la taza y con la otra guiaba los vacilantes pasitos de Mario.

—¿A dónde fué?

—Me dijo que a la tienda, donde le dan costura. Anoche tuvo que trabajar hasta muy tarde.

—¿Anoche? — dijo Fraser pensativo — ¿qué hicimos anoche?

Soledad no contestó por acudir a la puerta de calle.

—¡Llaman!

Fraser se sobresaltó y empezó a andar nerviosamente, procurando organizar los recuerdos de esa noche.

—Es una señora que pregunta por usted — cuchicheó Soledad, agitada por la emoción de una cosa nueva.

—¿Cómo es? — preguntó Fraser, apoyándose en una silla, como si el suelo se moviera.

No necesitaba que se la describieran, sin embargo.

Estaba seguro de quién era, y a qué venía. El más sabio de los hombres es menos que un escolar, si intenta explicar los fenómenos del mundo psíquico. Aquella mujer no llegaba hasta su puerta casualmente.

¡No! Eso podría pensarlo quien no supiera con qué fuerza, durante horas, la había llamado su alma. ¡Y ahora estaba allí! ¿qué iba a hacer, él, que acababa de jurarse, que la haría escupir por su hija?

Mientras las resoluciones encontradas hervían en su corazón, Soledad le describía la apostura de la dama, sin que él la escuchase.

Pero antes de que la sirvienta bajase otra vez, ella apareció, y entró sin llamar.

No vestía como él la viera esa noche, en su fiesta. Su traje era sencillo y su aspecto triste.

¿Qué sugestión nueva, qué repentino dolor, qué desencanto transformaba su frivolidad en cordura y su disipación en penitencia?

La gracia de Dios, como el sereno en los campos, ablanda los corazones sin que se sienta caer.

—¡Cuánto se parece a la niña! — exclamó Soledad apartándose.

Se miraron los dos, marido y mujer, sin hablarse, buscando ella el gesto con que le desarmaría, y él la palabra con que la traspasaría, como con una lanza.

—¿Me conoces, Roberto? ¡soy yo!

La cólera de Fraser, descargó sobre Soledad, que permanecía estática en el umbral, ansiosa de presenciar lo que iba a ocurrir.

De un empellón la sacó afuera, y la encerró en la cocina.

—Si llega a saber Liana, que ha venido esta mujer... ¡te mato!

Fué tan elocuente su ademán, que la infeliz se refugió temblando en un rincón.

—¡Descuide el señor! ¡lo que es por mí la niña morirá sin saber nada!

Beatriz Bolando aguardaba sentada en una silla, y Fraser viendo su aspecto de derrota y de amargura, a pocas horas de una fiesta en que había brillado como una emperatriz, tuvo al borde los labios un sarcasmo.

Pero ella habló:

—Adivino lo que has dicho a tu sirvienta: que no le cuente a Beatriz mi visita.

—Mi hija no se llama Beatriz, — contestó hoscamente Fraser.

—¿Le has cambiado nombre? — interrogó la madre con dolor — ¡tenía que ser!

—¡Ah! ¿lo confiesas? Me alegro de que tus primeras palabras sean éstas. Es fácil hablar con gente que se conoce.

—Yo me conozco, pero tú, Roberto... ¿te conoces?

—Yo también te conozco. Desde esta ventana he asistido anoche a tu fiesta... ¿Quiénes son los que dicen que los remordimientos envejecen? ¡Qué poco has envejecido, Beatriz! No había en tus salones quién te ganara. Reinabas sobre todas...

—¿Me has visto de veras? ¿Por verme alquilaste esta casa?

Al decir esto Beatriz Bolando, no pudo disimuar la impresión desolada que le producía tanta pobreza.

Fraser, que estaba excitado, no perdía la intención de ninguno de sus gestos.

—Mi casa no es como la tuya, Beatriz; por eso te cierro la puerta. Si hubieras esperado a que te abriesen no habrías entrado. Tu audacia me da ocasión para decirte...

—¡No hables! ¡óyeme! — suplicó ella.

—¿Qué capricho te ha nacido para que después de llenar el mundo con el ruido de los nombres que adoptas se te ocurra subir una escalera, que ni tus sirvientas subirían?

—¡Quiero ver a mi hija! — suplicó ella.

Fraser soltó una carcajada.

—¡Quiere ver a su hija! ¡La señora quiere ver a su hija! Desventurada... ¿quién te ha dicho que tienes una hija?

—Si supieras, Roberto...

—Lo que sé de ti me basta. No te canses en inventar razones. Te he visto en tu fiesta... ¡Qué hermosa estabas! ¡cómo sonreías!

—No me has visto bien, entonces. Déjame que te cuente...

—Mi hija vendrá, y no quiero que te halle aquí. Cuando te vayas abriré la ventana y la puerta, de par en par, y agitaré el aire, para purificarlo de tu perfume... ¿siempre te gustan las violetas?

—¡Cómo te acuerdas, Roberto! ¡Déjame que te cuen-

te! No te voy a pedir más que una gracia, la de ver a mi hija.

Fraser volvió a reirse, y su risa era agria y triunfal.

—¡Ya sabía yo que vendrías!

—¿Me esperabas? ¡Yo no he hablado con nadie!

—Yo estaba seguro de que aunque pasaras mil años aturdiéndote con triunfos de bailarina, un día te vería arrodillada en mi puerta.

—Roberto — le dijo ella conteniéndolo en su exaltación — te engañas si crees que vengo a pedirte perdón.

—¡Es que no te perdonaría!

—Veo que no me conoces, y que te has olvidado de tu Evangelio. Si yo te pidiera perdón, no serías tú, que no estás libre de culpa...

—Ya no son los tiempos del Evangelio. La mujer adúltera no tenía palacios, ni daba fiestas, y los que la seguían llevaban piedras en las manos.

—Habla todo lo que quieras; y después déjame decirte una sola palabra.

—Me ves envejecido; lo leo en tus ojos; y crees que he perdido la memoria. Pero anoche te he visto en tu fiesta, y he podido contar tus amigos...

—¡No! puesto que no viste a uno...

—No me importan los nombres; hace mucho tiempo que he dejado de leer las crónicas. Has cambiado de traje, para venir aquí, pero te has olvidado de quitarte ese collar de perlas. Tu riqueza es tu reprobación...

—Óyeme, Roberto: mi riqueza es para mi hija, por ella la guardo.

Fraser se le aproximó con los ojos llameantes.

—Si mi hija tocase una sola flor de tus jardines, quedaría manchada para siempre.

—¡Quiero hablarte de ella!

—Es una fortuna, para ti, que ella no esté, porque te habría escupido en la cara y te habría cerrado la puerta.

—¡No! — exclamó ella, levantándose — ¡mientes, Roberto!

Fraser contenía su voz para que no llegase a otros oídos, pero su furia se traducía en ademanes más violentos cada vez. Al oír aquel *no* rotundo, se quedó callado, como si en sus propias entrañas hubiera sentido el golpe de la verdad.

—¡Liana te escupiría! — repitió sin convicción.

—¡No, no! — volvió a exclamar ella. —Escúchame: hay un joven que la quiere, tú lo conoces. Anoche estuvo en mi casa. Por primera vez he hablado largamente de ella, y de ti.

—¿Quién es? — interrogó Fraser inquieto, y cuando Beatriz dijo "Es ¡Mario Burgueño!", se quedó triste, como un hombre traicionado dos veces.

Pero de repente protestó:

—¡No creo! ¡Mario Burgueño no entra en tu casa! ¡Y si entrase no iría a hablarte de Liana!

Beatriz Bolando alzó vivamente el rostro, y se le encaró:

—¡Piensas mal, Roberto! ¡Yo no tengo amantes! Tuve un marido, conforme a las leyes de otro país, y toda la culpa no es mía. Si alguien puede apedrearme no eres tú.

Con estas orgullosas palabras salió, y Fraser no la retuvo.

Tomó una tohalla y empezó a sacudir chicotazos en el aire, para desvanecer el perfume que de ella quedaba.

—¡Teatral, teatral! — se decía. Ha venido a mentirme. No es posible, y aunque fuese verdad, consideró que no tenía derecho de amparar ese amor. Ya su antiguo sueño no debía cumplirse, porque entre Mario y su hija se levantaba la indefensa figura de Matilde.

Se paseó largo rato, nervioso, acorralado por sus propios argumentos, hasta que se aburrió de discutir consigo mismo.

—¡Todo es mentira! Esa mujer se ha reído de mí. Vino en busca de Liana, se encontró conmigo y apeló a ese cuento.

Por la ventana, a cien pasos, bajo el cielo ardiente, chispeaban las vidrieras de "Lohengrin".

—La dueña de ese palacio — murmuró Fraser — es mi mujer...

Cerró los ojos y se quedó pensando en ella.

VI

Por el que ha de nacer

Los martes y los viernes, no bien misia Presentación servía el café con leche a don Pedro y a Laura, corría a cambiarse la pollera, se encasquetaba una de esas gorras que mataban de risa a Pulgarcito y gritaba a su chinita:

—¡Virginia, trae la canasta! ¡Vamos a la feria!

En la feria, mercado a plena calle, libre de impuestos, las dueñas de casa industriosas adquirían vituallas a precio menor que el de los mercados comunes. Pero misia Presentación experimentó que todo resultaba algunos centavos más caro, y sospechó que la negra sisaba por cobrarse algo de los sueldos que la familia de los Garay y Troncoso le debía desde tiempos inmemoriales.

—¡No faltaría más! Nadie tiene derecho de hacerse justicia por su propia mano, — sentenció don Pedro, cuando su consorte le expuso el caso, y le preguntó si convendría dejarle a la negra ese desquite, o si debía ponerle la paleta en su lugar.

Tras de maduras reflexiones, en que don Pedro de Garay manifestó sus anhelos de que se dictaran en la Argentina ciertas leyes sobre el servicio doméstico, que

seguramente existirían en otras naciones más adelantadas — Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, — resolvieron enterrar el pasado y no darle a Saturnina ocasión de nuevas raterías.

Desde entonces Misia Presentación se encargó de las compras, descubriendo con ello una fuente de puros y desinteresados placeres. ¡Cuántos piropos le descerrajaban los verduleros y los carniceros, para congraciarse su voluntad! El viejo corazón de la dama saltaba de gozo, rememorando los tiempos en que don Pedro se dedicaba un poco menos al estudio de las instituciones extranjeras y un poco más a ella.

No por eso perdía el tino, y defendía los centavos con el mismo ardor con que habría defendido su virtud, en caso necesario.

Volvía enternecida, con un manojo de rabanitos, o algún melón, o cualquier fruslería por el estilo, como obsequio especial para su Pedro; quien a esa hora rebañaba golosamente los últimos sueltos de su diario.

Ahí está la negra rezongando desde que te fuiste, — solía decirle don Pedro, mientras la dama se despojaba de la gorra y de la pollera de salir, y la chinita Virginia llevaba la canasta repleta a la cocina.

Un viernes misia Presentación, antes de marcharse a la feria, modificó su tocado, en forma que no pasó inadvertida a Laura.

—¿Vas a ponerte zapatos Luis XV para ir a la feria, mamá?

La madre se ruborizó y trató de explicar la novedad.

—Los zapatos sin tacos, con que siempre voy, estan

indecentes; y como ahora se usan las polleras tan cortas, y ya todos me conocen...

—Ese es el mal de nuestro país, — observó don Pedro desde la otra pieza; — en Inglaterra, estoy seguro de que nadie se ocuparía en mirarte los zapatos. Cada uno cuida sus negocios, y deja los ajenos.

Laura, que debía salir temprano, dejó allí la conversación, y se fué, intrigada por la visible turbación de su madre.

Como don Pedro madrugaba siempre, antes de esa hora tenía ya concluídos sus diversos quehaceres domésticos: lavar la jaula de las palomitas francesas, barrer el gallinero, palparle el buche empedernido a un gallo de riña que le habían regalado, y que nunca reñía porque no se acababa de curar. De modo que terminada la lectura, el hombre se planteaba siempre esta cuestión: ¿Me iré al fondo a tomar mate con Saturnina o me iré a la peluquería a conversar con el peluquero?

Hacía medio año que en frente de su casa funcionaba un barbero locuaz, en cuya tienda se reunían a platicar los "vareadores" de los *studs* del barrio.

Desde el primer instante descubrió don Pedro la superior ilustración de su vecino, que estaba abonado a muchos diarios y revistas, aunque no leía ninguno, lo cual no le impedía saber y opinar de cuanto ocurría en el mundo.

Era, pues, natural que renunciara al mate de Saturnina, por hacerle a él la tertulia, con lo cual la negra se moría de celos.

Ese viernes, pensó don Pedro que debía distribuir

con más equidad sus visitas. Buscó unas tijeras, recortó el folletín de su diario, y guardó el recorte.

—"El Judío Errante", — se dijo al cerrar la gaveta donde encerraba sus tesoros literarios — es una de las obras maestras del espíritu humano. Siento haber pasado tantos años sin conocerlo. Se aprende mucho leyéndolo.

Entornó puertas y ventanas, para conservar frescos el dormitorio y el comedor, y se fué a la cocina.

En verano acostumbraba andar en camiseta, una camiseta de punto, listada de azul, que se adhería a la piel, y no disimulaba los tres pliegues que formaba el rebelde mondongo de don Pedro, antes de zambullirse en el pantalón.

La negra, en cuclillas, junto al brasero, sacado al patio, soplaba el fuego a plenos carrillos.

—¿Qué estás haciendo, Saturnina?

—¡Vaya un gusto el de los que preguntan lo que ya saben! — respondió la negra enfurruñada y mimosa. —¿No ve que estoy prendiendo estas brasitas?

—Alcanzáme una silla; vengo a que me convidés un mate.

—Como nunca viene, ya volqué el agua, y estoy "mateando" de leche, — dijo ella, sentándose sobre los talones y alzando hasta él los ojos, con las pestañas blancas de ceniza. — De leche no ha de gustar, porque ya habrá tomado el café.

—¿Cuándo me has oído decir no a cosas de comer? — replicó don Pedro, guiñando el ojo. — Alcanzáme una silla.

Tenía la negra dos sillas de cuero crudo, en que

don Pedro no podía sentarse sin que su imaginación lo transportara a los benditos paisajes de Santa Rosa.

—Por lo visto el gallego ha cerrado la peluquería, y sus visitantes andan buscando donde guarecerse.

—Vas a perder los dientes, pero no las cosquillas. Yo creía que los celos se iban con los años.

—Cuando deje de celarlos, piense, don Pedrito, que he dejado de quererlos — contestó la negra, limpiándose los ojos y sacando de la cocina una de las sillas, cuyas maderas, con el humo, se ponían color de caoba.

Una enredadera de suspiros sombreaban la veredita. Las abejas zumbaban en los cálices morados. A dos pasos estaba el gallinero, donde entre media docena de gallinas, tranqueaba orgulloso como un sultán, el gallo del buche empedernido.

—Tengo que llevárselo a don Fabio, que sabe curar estas cosas, según me ha dicho — manifestó don Pedro, sentándose en la silla ahumada, en posición de observar los movimientos de las aves.

—Lengua no le falta al gallego — refunfuñó Saturina, poniéndose de nuevo a soplar el fuego.

—¡Ya no te dan los pulmones!...

—¿Y qué le voy hacer, si la chinita me ha quemado la pantalla?

—Hoy te compraré una.

—¡Cómo no se le olvide!

Una palomita que andaba suelta por el patio, empezó a cantar, lejos de la jaula donde vivían sus hermanas. Los arrullos de las prisioneras le respondieron.

Don Pedro la pilló, y se puso a revisarle las pati-

tas, para ver si se le habían enredado algunos pelos en sus andanzas por las piezas.

—¡Nunca han de escarmentar! — refunfuñó luego. — Ya se está degollando una pata.

Y comenzó a tironear delicadamente, para librar al ave de esas ataduras tan crueles y tenaces que llegaban hasta amputarles los dedos.

—Este es pelo de Presentación — agregó mirando en el aire el cuerpo del delito. — La pobre se me está volviendo tordilla. Y qué rubia era... ¿te acordás, Saturnina?

La negra suspiró sin responder.

La brisa que agitaba las campanillas azules de la enredadera, traía hasta ellos el olor de las cocinas del barrio.

Don Pedro respiró fuerte y dijo:

—Las cocinas de Buenos Aires no tienen el mismo olor que las de Santa Rosa... ¿te acordás cómo olían?

—¿Quién se olvida de eso?

—Yo no sé qué será — prosiguió él; — si es la leña que se quema aquí, o son las comidas que se hacen, pero el humo es distinto. El de allá...

—¡Oh, el de allá! — exclamó Saturnina sentándose en la otra silla, mano a mano con su patrón. — Las cocinas allá son pobres, pero tienen olor de iglesia. El humo hace llorar, pero no hace toser, y saca lustre a las cañas del techo y a los adobes de las paredes. No es negro, sino azulado, y las cosas que tiñe no se despintan más. Yo tenía un San Benito, que se me iba blanqueando con los besos de toda la negrada del barrio, que acudía a la novena. Un día me achacaron que les

había cambiado el santo, que ese no era San Benito, sino San Cualquiera. A la verdad, mi negro se había vuelto payo. Lo colgué sobre el fogón, cabeza abajo, y lo tuve seis meses al humo. ¡Santo más lindo! Yo creo que de agradecido, por el buen color, se puso más milagroso. ¡Me lo robaron cuando me vine! ¿Dónde andará mi santito?

La negra se enjugó una lágrima escasa y melancólica, y don Pedro, que no debatía con ella temas religiosos, se hizo el desentendido, limitándose a los aspectos naturales de la cuestión.

—¡No hay brasas como las de ñandubay! — dijo meneando la cabeza.

—¡Y el olor que dan a los churrascos! — gimió Saturnina. —Aquí todo es distinto, hasta los pájaros. No se ven más que gorriones. Ni pirinchos, ni venteveos, ni crestudos, ni horneritos, ni martín-pescadores, ni palomitas de la Virgen.

—Los muchachos los persiguen — explicó don Pedro. — Debería dictarse una ley como hay en Bélgica, en favor de los chingolitos...

—Hoy "la niña" Presentación tarda más que otras veces. Yo no sé qué diversión halla en ir al mercado que es oficio de negra...

Don Pedro no quiso esclarecer el punto, y torció el rumbo de la conversación.

—Don Fabio el peluquero, dice que los pájaros son los aliados del hombre en su lucha con los microbios.

—¡Qué sabe ese gallego! ¡tusar melenas y rapar barbas!

—Haces mal Saturnina en desdeñar a un modesto

comerciante, que en sus ratos de ocio cultiva la inteligencia. En otros tiempos, el peluquero era como todo el que vivía del trabajo de sus manos, un ser ignorante. Ahora estamos en "el siglo de las luces", como le llama a esta época Eugenio Sue, en su obra inmortal "El Judío Errante"...

—¡Jesús me ampare! — exclamó Saturnina, que conocía la leyenda del que negó a Cristo un sorbo de agua.

—Verdaderamente no comprendo cómo la humanidad ha vivido tantos siglos en la oscuridad de la superstición, sin saber leer ni escribir.

—¡Para la falta que hace! — dijo la negra arrugando desdeñosamente la trompa. — Antes no habría tantos letrados, pero tampoco había tantos pillos...

Don Pedro la miró con lástima.

—¡Pobre mujer! Has carecido de instrucción en tu niñez; y lo que no se aprende a amar en esos años, se desprecia después. Yo quería que mis hijos tuvieran el amor al progreso y a las ciencias que tengo yo. Desgraciadamente, sólo una ha salido afecta a la instrucción, la pobre Matilde...

La negra, que se había hincado a encender su cigarro en el brasero, alzó la cara con presteza, al oír aquel nombre que golpeaba dolorosamente en su corazón.

—¿Qué ha sabido de ella, don Pedrito?

—Se está labrando un brillante porvenir, — respondió don Pedro, soltándose un botón de la cintura del pantalón, para que cupieran otros mates de leche.

—¿Y no pensará en volver esa señora que la tiene?

—No sé; hace la mar de tiempo que no me escribe.

—¿Pero está seguro de que no ha vuelto?

—¿Cómo? ¿qué?

—Porque la otra noche en el almacén de la esquina, el patrón me preguntó por ella y me dijo que alguien la había visto en la estación de Belgrano.

—No puede ser.

—Yo se lo conté a Laurita, y por la cara que puso, me pareció que sabía algo más.

—Recelos tuyos, Saturnita — respondió don Pedro levantándose.

También él, a ratos, entraba en sospechas, desconfiando de aquel interminable paseo por Río de Janeiro, acompañando a una dama desconocida para leerle novelas a la hora de dormir.

Pulgarcito y su mujer, a quienes manifestó ese pensamiento, le dieron mil explicaciones satisfactorias; y él se calló sin conformarse del todo. Tenía ansias de ver a su hija, la única heredera de su amor a la instrucción. ¿Quién sabía si en tan larga ausencia no habría llegado hasta Europa, y le guardaba la noticia para su regreso? ¡Las cosas que tendría para contarle!

Cuando él se levantó, llegó la chinita Virginia, trayendo a dos brazos por delante, la pesada canasta llena de choclos, tomates y zapallitos, sobre cuyo montón, envuelta en sangrientos papeles, se posaba una cabecita de cordero.

—¿Qué es eso? — preguntó la negra, corriendo a auxiliarla. — ¿Venís sola? ¿y "la niña" Presentación?

—De allí no más se fué para el lado de la plaza.

—¿No te dijo adónde iba? — interrogó don Pedro.

—No, señor.

La negra y él se miraron. Luego cada cual marchó a sus quehaceres, Saturnina a su fogón y don Pedro a la peluquería, donde ya algunos clientes, empleados de los *studs*, esperaban su turno.

Gente especial, en cuya geografía una de las cinco partes del mundo era el Hipódromo, constituía para el señor de Garay un auditorio aparentemente respetuoso, que sólo se reía de él cuando lo perdía de vista, y que al verlo solía preguntarse con nostalgia: ¿Qué se habrá hecho aquella rubiecita, que plantó al novio y alzó el vuelo?

Matilde, esa mañana, en cuanto se fué el jardinero que le hizo el cambio de las retamas, salió al balcón, sombreado por las tipas.

Vivía en un barrio familiar, y Mario, por un extraño pudor, tal vez por un oscuro cálculo egoísta, solamente la dejaba asomarse muy temprano, cuando apenas había transeuntes, o muy tarde, entrado ya el sol, cuando nadie podía reconocerla.

Aún así, Matilde sentíase vinculada al movimiento de su calle.

Al frente de su casa estaban construyendo un hotelito. A las siete llegaban los carreros y los albañiles. Conocía a aquéllos por los gritos con que llamaban a sus caballos: "¡Atrás, Turco!" "¡Vamos, María!" — y le parecía distinguir el ruido metálico de cada una de las cucharas que recortaban los ladrillos en la obra: sabía si era el oficial, que trabajaba en camiseta, si era el maestro viejo, de blusa azul.

También ellos la conocían, y la saludaban al verla

en el balcón. "Cabecita de oro" la llamaban, y sin duda habían adivinado su historia.

Ella, que comenzó envidiando la sencilez de sus vidas, acabó por comprender la malicia de sus pensamientos, y no salió más al balcón, aunque la entristecía el no ver a una joven elegante que a esa hora volvía de misa, y con quien cambiaba una simple mirada. Aquella mirada, que nunca duró más de un instante, era indulgente y amistosa. Nunca la saludó.

Rara vez la sacaba Mario de paseo, y ella apenas se atrevía a pedírselo, por no sentir que iba perdiendo terreno en su corazón.

Cuando salían juntos, al anochecer, con paso furtivo, por las calles menos transitadas, para ir a un biógrafo o para dar unas vueltas, encontraban parejas de enamorados.

Mario sonreía despectivamente y comentaba con acres sarcasmos tales encuentros, y Matilde comprendía su miedo de que pensaran de él, como él pensaba de los otros.

El amor que un tiempo a ella le vendó los ojos, ahora la hacía perspicaz y discreta: mas como en el fondo de su remordimiento, ardía la esperanza, su existencia no era del todo triste.

Al transplantar las retamas, sintió una alegría pueril. Subió a su cuarto, y se asomó al balcón.

Mario no estaba, y le había anunciado que no volvería hasta la tarde. Una mujer que venía por la acera del frente, le recordó a su madre. — ¡Querría verla! — pensó enternecida; y como si un hada hubiera escuchado su pensamiento, a medida que se acercaba aque-

lla mujer, le parecía que iba a realizarse su deseo, y el corazón se le llenaba de una santa alegría.

Pero cuando reconoció que verdaderamente era su madre, que iba de puerta en puerta mirando los números, buscando tal vez el de su casa, — su madre enterada de su pobre novela de amor, — se arrepintió de su deseo, y se alejó del balcón, pidiendo a Dios que la hiciera pasar de largo, porque no era tiempo de que la viesen los que la amaban y que tanta confianza tuvieron en ella.

Misia Presentación se detuvo a la puerta de la casa de Mario y preguntó por Matilde. Dositeo comprendió quién era, y dió el mensaje a la mucama, guiñándole el ojo.

Matilde no atinó a contestarle, y la criada introdujo a misia Presentación.

Muchas veces la joven había tratado de imaginar cuál sería el primer gesto de su madre al hallarla de nuevo: ¿la increparía? ¿la maldeciría? ¿la traspasaría con una mirada desdeñosa, como con una flecha envenenada? ¡Todo lo merecía!

Pero el primer gesto de su madre fué tenderle los brazos, y apretarla fuerte, fuerte contra el pecho, y llorar y besarla sin hablar.

Y cuando pronunció una palabra, fué para pedirle perdón, por haberse atrevido a llegar hasta su casa, vencida por el deseo de verla.

—¡Tú, mamá! — exclamó la muchacha, — ¿me pides perdón? ¿tú? ¿Y yo qué te diré? ¿yo, que...?

—Nada, hijita, no me digas nada, porque yo tam-

poco te digo nada. Quería verte; no podía vivir más sin verte, sabiendo que estabas en Buenos Aires.

—¿Desde cuándo sabías?

—¡Hace tiempos ya! Pulgarcito me dió la noticia y me conjuró, por todos los santos del cielo, a no venir.

—¿Y qué razón te daba para pedirte eso? — preguntó Matilde, queriendo conocer el verdadero pensamiento de aquella alhaja de su hermano.

—Que *el*... Mario... se disgustaría.

—¡Ah! ¿tú sabías, entonces, todo lo que era mi vida?

—Sí, sí... Aunque no me lo hubieran contado, habría concluido por comprenderlo.

—¿Quién te lo contó?

—También él, Pulgarcito... ¡El pobre te quiere mucho!

—¡Sí, se conoce!

—Y tiene miedo de que te perjudiquemos...

La cara de Matilde se encendió en indignación, mas logró callarse.

—Dice, — prosiguió la madre, — que Mario necesita arreglar ciertos enredos, antes de fijar el día...

—¿Qué día?

—El de tu casamiento... ¿no es así?

—Yo no sé, es posible que otros sepan más que yo, mamá; creo que será así porque me lo ha prometido mil veces... Yo no sé...

—¡Ay, hijita! ¡nunca se sabe en estos tiempos, a dónde nos llevan los caminos que tomamos! Ahora mismo no sé si hago bien o mal en venir a tu casa;

y si hago bien o mal. en no decirte las cosas que pensé cuando supe la verdad...

—¡Haces bien, mamá! ¿Qué podrías decirme que yo no me haya dicho?

—¡Por eso me callo! Mi hijita es buena, me digo; mi hijita ha sido educada por una madre religiosa y por un padre honrado, y no puede haberse perdido para siempre. Si ha caído se levantrá... mi hija es buena...

—No, mamá; yo no soy buena. He tenido una ambición...

—¿Quién no las tiene?

—Quise dejar de ser lo que éramos...

—¿Quién no quiere lo mismo? Yo, tu padre, Pulgarcito, tu hermana, todos queremos cambiar de postura, alguna vez.

—Y me engañé...

—Todos nos engañamos. Yo soy vieja y a veces me avergüenzo de las cosas que me hacen hacer, o de las que creo, sin que nadie se empeñe en convencerme. Si alguien tiene la culpa de tu mal, soy yo...

—¿Por qué, mamá?

—Porque una madre debe adivinar los pensamientos de su hija, y yo no fuí capaz. Yo no merecí ser tu madre...

La pobre lloraba, cubriendo de besos las manos de su hija, a quien enternecía la inesperada misericordia.

—No hables así, mamá. Tú no podías conocer mis pensamientos, por que ni yo misma estaba cierta de ellos. Nunca he visto claro en mí. Si me acusaran de haber caído por ambición, mamá, podrías sostener que fué por amor, y no mentirías; y si me perdonasen,

por esto, podrías acusarme por lo otro; y tampoco mentirías. El mundo me encandilaba, como una lámpara encima de los ojos. ¡Nunca he sabido qué fuerza me perdió!

Y rompió a llorar, apoyando la frente en las rodillas de su madre, cuyos dedos maquinalmente jugaban con la cascada de oro y de luz de sus cabellos.

—Por eso decía yo, — iba repitiendo misia Presentación, — por eso decía: mi hijita es buena, y si ha caído se levantará, y si se ha ido volverá...

—Sí, mamá, volveré... ¿pero cuándo será? ¿Sabe papá mi vida?...

—No, no sabe.

—¿Sabe Laura?

Misia Presentación movió la cabeza dubitativamente, y Matilde la interrogó con inquietud:

—¿Sabrá Laura? ¿quién se lo habrá contado?...

—Tal vez no sabe — respondió la señora.

—Si ahora volviese — prosiguió Matilde, bajando la cabeza, por no afrontar los ojos ansiosos de su madre — no podría engañar ni a los más inocentes. Al cabo de unos meses, todos sabrían que mi viaje al Brasil fué una farsa; y dirían que vuelvo porque me echan de la casa en que vivía, como se echa a una sirvienta, que no puede ocultar más su deshonra... ¡Pronto yo tampoco podré ocultarla!..

—¡Hijita mía!

—Así es mamá... Papá se moriría de pena, y Laura...

Sin saber por qué, siempre inculpaba a su hermana de una parte de sus penas. Sin embargo, a veces, per-

cibía la injusticia de ese rencor, y por eso no concluyó su frase.

La madre movía la cabeza sin asentir.

—Además, — prosiguió Matilde, — si antes no veía claro, ahora veo. No sé por qué me vine; pero sí sé por qué me quedo. Ya no podría vivir lejos de Mario; las cosas que más nos atan, son las que más nos duelen; ¿no es verdad, mamá?

—Así es, hijita.

—No he comprendido cuánto lo quería mientras no comencé a perderlo.

—¿A perderlo?

—¡Sí! Hasta con los ojos cerrados, veo ahora mejor que antes con los ojos abiertos. ¡Nunca me ha querido! Ya empieza a cansarse de mí, como de una cadena...

—¡Canalla!—murmuró misia Presentación.

—¡No, no es canalla!—replicó Matilde con amargura.—Todos son iguales, cuando no han sufrido. Son egoístas. y fuera de sí no ven nada; ni las cosas que están a su lado. Si yo lo abandonase ¿crees que me echaría de menos?

La madre se levantó, indignada.

—Siéntate, mamá; los hombres están hechos de esa manera. Pero yo no puedo irme de aquí, no sólo por mí, si no por *el que ha de nacer.*

Misia Presentación se estremeció, como si le descargaran un golpe en la sien. Un inexplicable pudor le impedía entrar en detalles.

—¡Bueno, bueno!—dijo cerrando los ojos.—Cuan-

do eso ocurra, él ya no tendrá pretextos para no cumplir su palabra; y se casará...

Miró a su hija, que se había puesto pálida, y apretaba los labios, como si no quisiera exhalar una queja o entregar un secreto. La tomó de la mano, y le suplicó dulcemente:

—¿Qué te pasa?... ¿No me vas a contar lo que te pasa, hijita?

—¡Ay, mamá!—exclamó la joven, sin quitar la mirada del suelo.—Mario no es malo: cuando ve un pobre se compadece de él. Pero a su hijito no lo ve y quiere que muera... En su vida libre, sería una traba, y quiere que muera. Nacido, sería una atadura entre él y yo, y no quiere tenerla, y quiere que muera...

La madre no comprendía bien. Abría los ojos asustada y miraba los labios de su hija, como quien desde el borde del abismo, ansía y teme ver toda su hondura.

—¿Quiere que muera?—repitió.

—Sí. El día que le conté lo que pasaba, me contestó: "¡No puede ser!" Estaba furioso conmigo, con él mismo, con lo que Dios dispone... Luego se calmó. "Si eso ocurriera—me dijo—yo no podría casarme. La gente se reiría de mí. Es necesario que no ocurra..." ¡Ya ves, mamá!

Se echó en los brazos de su madre, con el ímpetu de un condenado que se refugia al pie de un altar. Pero su madre permanecía aturdida, por aquella revelación, que le describía un mundo distinto del imaginado.

¿Cómo podía un padre conspirar contra la vida de su hijo?

—¡Y dices que no es malo!—exclamó con rencor.

—¡No, no es malo!—protestó la joven.—Es egoísta. Eso es todo.

—¿Y qué vas a hacer, hijita?

Matilde no contestó. Insistió la madre, y su pregunta se estrelló contra la dolorosa reserva de la joven.

¿Cómo podia confesarle que ella misma ignoraba lo que habia de hacer? De una parte estaba el inmenso interés de su vida, la amenaza de Mario, sus exigencias despiadadas, el último, definitivo pretexto que le ponía por delante: "me casaré, pero sólo con esa condición; no quiero que la gente se ría de mí." De la otra parte, el amor naciente como una aurora, a aquella bendición de Dios que venía a ella, el amor a su hijo, el amor invencible. El sólo contestar a su madre: "no sé", era ya un crimen contra el que había de nacer.

*
* *

Esa misma tarde, Carlos Link cruzaba la rumorosa avenida de Cabildo en dirección a la calle Migueletes.

Los focos eléctricos, encendidos antes de la noche, y enfilados en una larga distancia, ceñian la ciudad con una faja de oro pálido.

Carlos Link, graduado ya de médico, continuaba viviendo en Buenos Aires, inventando pretextos para no volverse a Helvecia, a donde su padre lo llamaba.

Estaba de novio con Laura, pero rara vez la visitaba, no habiendo podido olvidar que un día misia Presentació le cerró su puerta, explicándole desdeñosamente

"que habían cambiado de posición", y no necesitaban pensionistas.

Veía a Laura en lo de algunas amigas, al salir de la escuela, o furtivamente en la plaza. Sus encuentros duraban pocos minutos, y siempre al separarse, la joven, que lo amaba profundamente, se quedaba con la sensación de no haber penetrado enteramente en su pensamiento, bien porque ella fuese inexperta y poco sagaz, o porque él fuese pesado en el hablar y receloso, como todo el que ha sufrido un gran engaño.

Carlos Link iba hacia la calle Migueletes, esperando que la casualidad le deparase un encuentro con Laura, para darle una noticia. Sentíase alicaído y sin ganas de andar. Con gusto se habría sentado en el umbral de aquella casa, donde tanto amó a la otra, como un pobre que algo espera, y hubiera dejado correr mil años, sin moverse de allí.

Hacía calor. Un tapiz amarillo de flores de tipa cubría la anchísima vereda, por donde paseaban, como en una ciudad de provincia, grupos de muchachas en cabeza y con trajes claros.

Parecían orgullosas de sentirse contempladas, y aguzaban el oído, curiosas por conocer los comentarios que suscitaban entre los ocupantes de las mesitas, dispuestas en la vereda para servir refrescos.

Link buscó sitio en una de ellas, y abstraído del mundo, se puso a desenredar los sentimientos de su alma.

Una nueva que le dieron ese día, lo tenía extraviado y ansioso.

¿Por qué lo conmovía tanto el saber que Matilde

estaba en Buenos Aires y vivía en casa de Mario, desde meses atrás?

¿Qué incurable ingenuidad era la suya, que se enternecía ante lo que debía indignarlo o dejarlo indiferente?

De pronto vió entrar en la confitería a la sirvienta de misia Presentación. Bebió de un sorbo lo que restaba en su vaso y le salió al encuentro.

—¿Qué has venido a comprar tan lejos, Virgina? — le dijo dándole una moneda, para ganar su voluntad.

—Unos helados, señor Link. Hoy es el santo de mi tía Saturnina, y nos convidan con helados.

—¿Está Laura en tu casa?

—Ya hace mucho que volvió.

—¿Quieres llamarla de mi parte? La esperaré en la puerta. Pero no digas nada a nadie, porque no puedo entrar; estoy apurado.

Caminaban a la par, tratando Link de adaptar sus trancos a los pasitos menudos y rapidísimos de la chicuela, incitaba por la ilusión de la golosina y por el temor de unos tirones de orejas de misia Presentación, si se demoraba en el mandado.

Llegaban ya a la calle donde vivía don Pedro de Garay. En esos barrios las gentes comían temprano, y después de comer sacaban sillas al patio o a la vereda y tomaban el fresco, en batón las mujeres y en mangas de camisa los hombres.

A la puerta de las casas había algún perro echado, de través, sobre la acera. Las niñas jugaban a la mancha, en plena calle, y los muchachos se escurrían hasta

las puertas de los cinematógrafos, a la pesca de una contraseña que les permitiera ver algún episodio de los espantables dramones anunciados.

Percibíase el perfume de los paraísos en flor, mezclado al hedor del agua podrida en los zanjones, donde croaban los sapos.

Bocanadas de aire fresco llegaban de la parte del río.

Carlos Link aguardó en la calle, el resultado de su mensaje, y Laura salió al momento, de blanco delantal, con el paso ligero de quien va a recibir una gran alegría.

—¿Por qué no entra? — preguntó dulcemente a su novio, dándole la mano.

Link sacudió la cabeza. Nunca explicaba el motivo de su resentimiento con misia Presentación, pero ella lo comprendía, aunque hubiese querido que él no conservara ningún recuerdo de las cosas pasadas.

Con su amor humilde y ardiente, había salvado aquella alma ingenua y apasionada, de la impetuosa corriente de odio que la arrastraba.

Link se dejaba guiar por esa mano fraternal, sin inquirir su destino, lleno de gratitud, y había escrito a su casa anunciando que estaba de novio, "con la hermana de Matilde", y que pronto se casarían.

—¿Entonces no quiere entrar? Llegaría a tiempo. Todavía no nos hemos sentado a la mesa, y debe de haber algo bueno, porque es el santo de la cocinera. Nadie se acordaba de eso, y ella estaba ofendida, hasta que mamá adivinó el motivo de su malhumor. Hemos mandado a traer helados de naranja... ¿De veras, no entra?

—No, Laura; tengo que hacer; otro día; ahora vengo con apuro.

—¿Quién me lo corre? ¡Dígame para defenderlo!

La voz de la muchacha era tan afectuosa, que Link al oírla, sentía serenarse su mar interior.

—¡Qué buena es usted! — exclamó con efusión besándole una mano que la joven apoyaba en el alambre tejido, entre los renuevos del valladar de ligustros. — ¡Yo no la merezco!

—¡Dios le conserve la humildad, como la Municipalidad nos conserva la calle oscura!.. ¿Cuál es su apuro? ¿qué noticias me traía?

Al hacerle esta pregunta, el corazón de ella saltaba con alegría, porque esperaba siempre que él le anunciara haber concluído sus preparativos para el casamiento.

Link vaciló en hablar.

—¿Es una noticia alegre?

—No sé si es alegre. Tal vez no. Hoy me han contado que su hermana está aquí...

—¡Ah!

—¿No sabía?.. Que está aquí desde hace varios meses y vive con "él"...

Recogió ella la mano y empezó a martirizar maquinalmente una punta del delantal.

—¿No sabía, Laura?

—Sí, sí sabía; hace tiempo que lo sé...

—¿Por qué no me lo contó?

—¿Qué podía interesarle a usted, Carlos, esa historia tan triste?

—Es verdad. Bueno, ya lo sé también yo. Creo que el mundo entero lo sabe.

Se callaron. Ella no tenía interés en romper el silencio. Hacía mucho que conocía y guardaba el secreto de la suerte de su pobre hermana. Sin que hablasen de ella con su novio, sentía confusamente que él no había podido olvidarla.

—¿Y usted nunca la ha visto? — preguntó Carlos.

—¡No, nunca!

—¡Pobrecita!

—¡Así es, pobrecita! — exclamó ella con íntimo dolor.

Al rato, sin cambiar más palabras, él se fué y ella permaneció un momento sobre su umbral, viéndolo alejarse en la calle oscura, agobiado por un pensamiento que no le confiaba.

Luego entró a reanudar, como si nada hubiese ocurrido, su vida laboriosa y humilde.

VII

Quiero vivir mi vida

Beatriz Bolando no había mentido, cuando dijo a Fraser que Mario Burgueño visitaba su casa.

El la conoció de niño, y conservaba su recuerdo, y cuando la volvió a hallar veinte años después, en una reunión de carreras, no resistió a la tentación de aproximarse a la madre de Liana.

En el fondo de las numerosas alegrías de una vida absolutamente libre, descubrió Mario una escondida tristeza. No tardó en penetrar su causa, porque la primera palabra de aquella mujer, siempre se refería en una u otra forma a la hija abandonada, a quien llamaba Beatriz, como en los tiempos en que era suya.

Mario había oído muchas veces, en boca de Fraser, aquel amargo aforismo: "Sólo es invencible el amor a los muertos y el amor a los hijos", y cuando llegó a adivinar que él no había olvidado a su mujer, comprendió que aquella sentencia era falsa en sus labios, y que la repetía para hacer creer que en su corazón estaba muerta de raíz la vieja y vergonzosa pasión.

Tuvo lástima y llegó a pensar que debía interceder para que él la perdonara y ella volviera a su hogar.

Pero entre Beatriz Bolando y Fraser había un muerto, que ella amó.

El amor a esa sombra, ¿era invencible en ella, como el amor a su hija? Cada vez que Mario experimentaba el impulso generoso de mezclarse en aquel drama, en bien de sus actores, se formulaba esa pregunta y se abstenía. Ellos eran dueños de sus acciones, y no sería él quien entrase a distribuir responsabilidades y a desenredar la madeja de los errores humanos.

Su tolerancia era un disfraz elegante de su indiferencia por los asuntos ajenos y de su horror a todo esfuerzo.

Pero una inexplicable curiosidad lo incitaba a abordar ese tema con Fraser o con la Bolando, sin darse cuenta de que ésta, con su sagacidad de mujer que ha amado y ha mentido, estaba descubriendo el móvil de esa acción, que era el cariño a Liana.

Mucho antes de advertir Mario en su propia alma el resplandor del amor naciente, empezó a desear que Fraser no frecuentara su casa, donde había mucho que censurar.

Mas por una contradicción frecuente en la vida, mientras se despertaban en Mario pudores desconocidos, aquel moralista áspero y cínico, se volvía más tolerante, como si al descender día a día en su propio concepto, perdiera su fogosidad de predicador.

Fraser lo visitaba casi diariamente, asistía a sus comidas, acompañaba a los más truhanes de sus contertulios, a Demócrito Cabral o a Pulgarcito, sin hallar nada qué decirles. Su terrible carcaj no tenía flechas

más que para el inofensivo Bistolfi, que las recibía en pleno pecho, tragando saliva.

Y, cosa extraña, huía de encontrarse con Matilde, como si la tímida e inconfesada devoción que le profesara en un principio, se hubiese trocado en antipatía.

Mario no habló de ello con la joven, mas reparó que la entristecía la conducta de Fraser.

Ya le interesaban poco los sentimientos de ella, pero la observaba con atención, temiendo que adivinase que su corazón se orientaba hacia la hija de Fraser.

Una tarde avisáronle Fraser y los Bistolfi que irían a comer con él.

Volvió a su casa cuando aún no había llegado ninguno de ellos, y quedó en el escritorio, hojeando una revista. En las habitaciones del piso alto sentíanse los pasos de Matilde.

—La señora — le refirió Dositeo, con cara maliciosa, — ha estado en el balcón toda la tarde. Paréceme que lloraba.

Mario Burgueño se mordió los labios y no contestó. Al rato preguntó a su adicto criado:

—¿Estuvo Demócrito?

—Sí, señor, estuvo.

—¡Milagro! — murmuró entre dientes el joven, que despreciaba a Cabral, aunque esperaba de él un señalado servicio: la libertad. Ya para Mario, Matilde era una prisión.

Sonó la campanilla de la calle, y corrió el gallego a abrir.

Entró agitadísima la mujer de Bistolfi.

Se conservaba muy hermosa y tenía en sus maneras depravadas un dejo de ingenuidad, mezcla de inocencia y de tontería, que la hacía interesante.

Entró impetuosamente, se arregló el peinado, mirándose en el cristal de una puerta, lo que hizo sonreír a Mario.

—¿Qué le ha pasado? ¿la han despeinado en la calle, Marianita? El viento, sin duda...

—¡Soy la mujer más desgraciada del mundo! — exclamó ella sacando el cisne de una polverita, para repasar algunos desperfectos de su tocado. — Mi marido es un celoso de lo que no hay... ¿Se nota que se me ha corrido el carmín de los labios?

—No, Marianita, no se nota; esté tranquila.

—Más vale así... Es muy celoso, y como tira tan bien las armas, me ha hecho pasar ratos muy crueles.

—Supongo que esa terrible espada no amenazará su vida.

—Mi vida no; pero, ¿qué vale mi vida al lado de la vida de "él"? — exclamó ella ardientemente, pasándose el lápiz rojo.

—De la vida de "ellos"... — corrigió Mario con suavidad.

—Felizmente — prosiguió Marianita — ya se va acostumbrando a perdonarme... "¡Te perdono!" me dice con el aire de un príncipe.

—¿Ha visto? ¡Y se queja de él!

—¡Pero cómo no! Fíjese, Mario: yo tengo una amiga tan suertuda... La primera vez que el marido la pescó en una aventura, la perdonó. Y a mí el mío, no me ha perdonado hasta la cuarta vez.

—¡Es para morirse de envidia! — dijo Mario sonriendo.

Cuando Mariana concluía de rehacer su tocado, sintióse de nuevo la campanilla.

—¡Es él! — exclamó.

—¿Quién? ¿su tirano? ¡Huya entonces! Arriba está Matilde.

—¡Nunca sea celoso, Mario!.. — recomendó con un púdico mohín, y desapareció a tiempo que entraba Bistolfi, haciendo molinetes.

Nada en su semblante revelaba al feroz y encelado marido que describía Mariana. Parecía muy contento con su suerte, y de no ser por sus actitudes de mosquetero y la forma como empuñaba el bastón, a guisa de tizona, y las amenazantes guías, untadas de brillantina, de su bigote ralo, como una brocha vieja, habríase supuesto que llevaba en el corazón una fuente inagotable de perdones.

—¡Buenas noches, hijo! ¿Llegó Marianita?

—¡Psch! ¡hace más de una hora!

—¿Y cómo estás? Te noto más animado. Seguramente te has reído. ¿De quién te habrás reído? La risa es la mejor medicina.

—Así es; me he reído de las ocurrencias de su mujer.

—Mi mujer es muy graciosa... ¿Qué te decía?

Bistolfi se aproximó a Mario, que no se había movido de su sillón ni para darle la mano, indiferencia elegante, que el pobre conde se desvivía por imitar.

Se sentó a su lado, y observando que el rostro del joven volvía a envolverse con el acostumbrado cendal de aburrimiento, le dijo con solicitud:

—¡No estás tan alegre como me pareció! ¿Qué te pasa?

Mario hizo una mueca irónica y triste, que lo dispensaba de responder alguna tontería, al uso de su visitante. Este no se dió por vencido; recordó que Mariana le había referido el estado de Matilde y la lucha que libraban el uno y el otro, y abordó el asunto con la mayor indiscreción.

—¡Ah! — exclamó Mario con alegría, — ¿ella anda contando eso? ¡qué infeliz!

—Eso no debe preocuparte, hijo. Hay mil maneras de zafarse de estos compromisos. "Spurloss versenkt", como decía el conde Luxburg...

Se echó a reír y encantado de su propio chiste volvió a la carga, incitando a Mario a desarrugar la frente, si no tenía otro motivo de preocupación.

En ese momento llegó Fraser, y Bistolfi que le temía, cambió de tema, con tan poco tino que el otro lo advirtió y quiso apurarlo.

—Continúe, señor conde; — le dijo con exagerada reverencia — ¿de qué hablaban?

—Me estaba contando un sueño que ha tenido, — respondió Mario, deseoso de salvar al conde; y éste encantado con esa genial salida, se apoderó de la idea y la desenvolvió con amplitud.

—¡Un sueño terrible! Un toro me perseguía en una pradera, donde no había cómo escapar. Yo disparaba; su aliento me quemaba la nuca.

—¡Brrr...! — hizo Fraser.

—De pronto sentí que yo mismo me transformaba en toro.

—¡Bravo!

—Me brotaron unos cuernos puntiagudos.

—Sí; donde tenía ya las raíces...

—Y un valor a toda prueba. Me volví y se los clavé en la barriga... Experimenté un dolor horrible en la cabeza y me desperté.

—¡Pues hombre! — exclamó Fraser pasándole el dedo por la frente, — no le han quedado ni señales...

Se metió las manos en el bolsillo y empezó a pasearse malhumorado.

—¿No tienes un libro que explique los sueños? — preguntó Bistolfi a Mario, a tiempo que Fraser se enfrentaba con un almanaque de pared, al cual le arrancó una hoja, y en alta voz se hizo el que leía esta quintilla:

"—Sueña con toros Gastón
Y con cerdos Navarcuende;
Ya lo dijo Calderón:
Todos sueñan lo que son,
Pero ninguno lo entiende".

Tiró el papel hecho un bollo, y se fué al comedor, al sentir que Dositeo destapaba una botella; se hizo servir una copa de Jerez, y volvió más alegre. En el *hall* apareció Pulgarcito.

—¡Ahí está mi socio! — exclamó para sí Fraser con amargura y desprecio.

Pulgarcito entraba muy apurado; llamó aparte a Mario y cambió con él algunas palabras, mientras Bistolfi buscaba en el suelo la hoja del almanaque. La conferencia apenas duró un minuto. El dueño de casa, mal-

humorado, echó mano al bolsillo, y sin el menor disimulo sacó billetes, que Pulgarcito escamoteó mirando a todas partes. Al ver que Fraser presenciaba la escena, cambió con él una guiñada de inteligencia. y salió.

Fraser volvió al comedor y se escanció él mismo otro poco de Jerez:

—Tengo náuseas — dijo a Dositeo a manera de explicación.

—Algún alimento que le ha sentado mal — respondió el gallego.

—Tengo náuseas de mí mismo...

—¡Es tarde ya! — decía Mario entretanto. — Avise a las señoras que bajen.

Voló el gallego escaleras arriba, y al rato llegó Mariana, y luego Matilde, cuando todos estaban sentados en la mesa.

Fraser la miró, bajo la luz policroma de la araña, cada una de cuyas bujías tenía una pantallita de color, y no pudo menos de comparar la sensación dolorosa que ella le causaba ahora, con la inefable impresión de la primera vez que la vió en el tren, más de un año antes.

Había perdido la gracia de sus movimientos infantiles, aquellos ademanes repentinos y armoniosos, que parecían denunciar en ella una voluntad palpitante, pero firme.

Vencida o cansada, advertíase que para adaptarse al tono de sus visitantes, realizaba un esfuerzo.

Se había apagado la ardorosa vanidad que la desorientó, y ardía en su alma una llama nueva, cuyo resplandor no percibían todos los ojos.

Estaba seria y ansiosa: ¿qué esperaba? ¿qué temía?

—¡He perdido el camino de su alma! — pensó Fraser — La he traicionado ¡Nunca me volverá más su confianza!

Si hubieran estado solos, se habría echado a sus pies, para contarle cómo había transado con los que la vendieron y con los que la compraron.

Al sentarse, ella preguntó:

—¿No ha venido Cabral?

Dositeo le contestó:

—No, señora.

Fraser tuvo celos de esa amistad, y no habló durante la comida, resentido como un niño.

Cuando concluyeron, al levantarse, ella se le acercó.

—Un día le dije una cosa que usted ha olvidado.

—¿Qué me dijo? — interrogó él, confuso y dolorido.

—"Aunque piense que no merezco su protección, no me deje nunca."

Matilde pronunció esta frase con el mismo tono, suplicante y sincero con que la dijo aquella tarde de carnaval, del año anterior, en que habló por última vez con Fraser; y éste que no podía olvidar la escena, se conmovió hasta el fondo de las entrañas, como si fuese su misma Liana la que le tendía la mano para que la amparase.

—¡Pobrecita! — exclamó, y se le humedecieron los ojos. — Creía que usted no se acordaba más de su pedido.

—¡Ya ve cómo me acuerdo! ¿Por qué nunca viene a verme?

—Porque no sabría qué decirle; porque no conozco su vida.

—¡Mi vida! Mi vida la conoce todo el mundo.

—No conozco su corazón.

—Es cierto; no lo conoce ahora; he cambiado mucho. Venga a verme. No puede adivinar toda mi tristeza...

Se levantó bruscamente y subió a su dormitorio.

Fraser esperó a que volviera, y al fin, harto de las tonterías de Bistolfi, de las ingenuidades de Marianita y de los bostezos de Mario, se mandó a mudar.

—¡Tengo náuseas de mi mismo! — repetía, tranqueando por las aceras casi desiertas a esa hora; y escupía con asco y sentía la boca amargada por el arrepentimiento.

Al otro día Mario lo citó para el club.

Desde la primera palabra, comprendió Fraser que el propósito de la entrevista era hablar de lo que la noche anterior estaba tratando con Bistolfi, cuando él llegó.

—Quiero consultar al médico — le dijo Mario, — no al amigo.

Fraser respondió:

—Es posible que el amigo pueda aconsejarte mejor.

Tentado estuvo el joven de plantar allí la consulta, y no confiar su caso a aquel hombre que se adelantaba a sus explicaciones; pero se dominó por no cerrarse él mismo la puerta de Liana, y expuso la situación que le preocupaba.

Fraser lo dejó hablar, sin cruzarle una palabra. Sentía que le llegaba la hora de hacer un gran bien a la

pobre criatura que esa noche había recurrido a su lealtad, diciéndole: "Venga a verme; no puede adivinar toda mi tristeza".

Mario prefería que le contestara sin que él se pusiera en el compromiso de formular una pregunta categórica. Pero Fraser, conocedor de su estrategia, se quedó callado hasta que le dijo:

—¿Cómo puedo salir de este mal paso?

—¡Ya lo ves! — exclamó Fraser. — No es el médico el que debe contestarte, sino el amigo.

—¿Por qué?

—Porque tu situación no se resuelve cobardemente, con una receta que te han de preparar en la botica, sino con una verdad que va a brotar de tu corazón.

Mario se echó atrás en el sillón y se puso a fumar mirando el techo.

—¡Qué tipo singular! — pensó — Vive como un salteador de caminos, bebiendo en todas las tabernas y exprimiéndole la bolsa a cuantos pasan; y tiene más sermones en el buche que un fraile de Santo Domingo.

Fraser aguardó para proseguir, a que él insistiera en su pregunta; y como no diera señales de interesarse ya en su respuesta, le dijo con sorna:

—Parece que no te gusta que te respondan los amigos, cuando interrogas a los médicos.

—Lo que no me gusta es esa palabra que ha traído de los pelos.

—¿Qué palabra?

—"Cobardemente"... ¿Qué quiere decir "resolver cobardemente con una receta"? ¿Por qué se le ocurre que los valientes no van a la botica?

Se echó a reír nerviosamente, y agregó:

—Si me va a contestar con homilías, prefiero dejar aquí la consulta.

—¡Imprudente! ¿Cómo has venido a confiarme tu secreto? ¿Que soy un bribón? ¡de acuerdo! Pero mis infamias las guardo para mí solo; no se las contagio a nadie en recetas ni en consejos. Yo no dogmatizo mis pecados, y cuando son pecados de ceguera, me llamo ciego, y cuando son de cobardía, me llamo cobarde.

—¡Y con eso queda satisfecho! ¡y sigue pecando! — exclamó con una carcajada Mario. — Y cuando alguien le tira de la lengua, salta San Juan Crisóstomo...

—¡Pobre Mario! — contestó Fraser con honda compasión.

Pasaron algunos días sin verse, hasta que él recordó el pedido de Matilde y fué a visitarla.

No la halló; sólo estaba Mario, que lo recibió con inesperada amabilidad.

—Me alegro de que haya venido. Tenía miedo de que estuviera resentido.

—No ha de haber sido muy grande tu miedo, cuando no te has tomado la molestia de cerciorarte. Sabes dónde vivo y sabes que en mi casa todos te quieren.

Estas palabras evocaron en la mente de Mario, la imagen de Liana. Con tristeza en la voz, como un vencido, suplicó a Fraser:

—Siéntese; quiero hablarle.

—¿Al médico o al amigo?

—Usted verá. Yo quiero ser de cera en sus manos. Voy a entregarle mi destino...

—¡Hum! — hizo Fraser meneando escépticamente la cabeza.

—Oígame con paciencia. Voy a confesarle una cosa que no me he confesado ni a mí mismo.

—¿Qué has hecho?

—¡No, no es un crimen! Por primera vez me he dejado deslumbrar por una ilusión, una gran ilusión. Si yo le dijera...

Se detuvo, y, con tono distinto, como si hablara para otro, dijo:

—¡Qué ingenuidad! ¿Cómo puede un hombre grande, que conoce la vida, ponerse a charlar con la indiscreción de un niño?

—Ibas a hacerme una confidencia — respondió Fraser, — y te has callado. Tu vanidad se alarmó. Hay gentes que se avergüenzan más de sus buenos que de sus malos sentimientos. Eso sí que es pueril. ¡Habla sin miedo!

Mario sonrió resignadamente y se animó a proseguir:

—¿No ha soñado alguna vez que yo era su hijo?

—Sí — respondió Fraser, cerrando los ojos.

—¿No ha pensado nunca por qué caminos podía ser eso?

—Sí.

—Discúlpeme que sea yo el que pregunte, pero no se niegue a contestarme. Si yo le dijera: "Durante muchos años, he vivido queriéndola a Liana, sin sospechar lo que había en el fondo de ese cariño; ahora

lo sospecho... ¡es amor!... ¿tengo derecho a seguirla queriendo?", ¿qué me diría usted?

Fraser se había puesto intensamente pálido, pero no titubeó en dar una respuesta, que derrumbara su propia vieja ilusión.

—¡Pobre Mario!

—¿Qué me diría?

—Te diría que es tarde ya...

—¿Está comprometida Liana? ¿está enamorada? ¿de quién?

—¡No! Es tarde, porque aquí, en tu misma casa, tienes otro deber que cumplir.

Mario agachó la cabeza. Fraser empezó a pasearse, para aquietar los latidos de su corazón, que protestaba.

¿Tenía derecho, él, por satisfacer los principios de una justicia abstracta, de sacrificar el porvenir de su hija?

Logró dominar la horrible tentación de vender nuevamente a la indefensa Matilde, pero guardó silencio un rato, paseándose siempre, hasta que el joven lo interpeló.

—He hecho mal en preguntarle; debí adivinar su respuesta. Un hombre generoso tenía qué contestar así.

—¿Quién te ha dicho que yo soy un hombre generoso?

—Un hombre honrado.

—¡Tampoco!

—Pero usted no tiene derecho de responder, sin consultar a su hija.

—No esperes que Liana conteste de otro modo. Lo

poco bueno que hay en mí, ella lo suscita. Si yo traicionara a esa pobre criatura que vive en tu casa, ella, mi Liana, tendría derecho de desconocerme: "¡no eres mi padre!"

Mario empezó a irritarse, como le ocurría siempre que sus deseos se estrellaban contra los razonamientos de aquel hombre. Ciertamente Fraser no lo rechazaba por desdén; pero su soberbia ofendida, no comprendió su abnegación y su dolor, y sólo consideró la falta de autoridad moral del que le hablaba de deberes.

—¡Deberes, deberes! — exclamó con desprecio incontenible. — ¿Pero quién es usted para hablarme de eso?

—Si no me hubieras preguntado, no te habría respondido.

—¿Pero no siente lo mal que le cuadran esas actitudes?

—Sólo siento que siempre hay tres cosas al alcance nuestro: ser leales con nosotros mismos; averiguar el remedio de nuestro mal; y obedecer al médico.

—Yo no estoy enfermo. No he cumplido veinticinco años y tengo derecho de vivir mi vida.

—¿Y no te das cuenta de que no sabes lo que significa "vivir tu vida"? Tendrías que ignorar el mundo en que vives; tendrías que despojarte de lo humano que hay en tí; de ese pobre corazón que acaba de revelárseme; tendrías que olvidarte de que hay hombres que sufren, niños que mueren, una pobre mujer que te creyó, te amó y te dió cuanto tenía... ¿cómo podrías hacerlo?

—No necesito olvidarme de nadie; sólo quiero recobrar mi libertad.

—¡A buen tiempo! ¿Quién te obligó a enajenarla?

—Supongamos que estuve ciego.

—Si la ceguera fué tuya, ¿por qué han de ser otros los que sufran el resultado?

—La vida, doctor Fraser, es implacable. En la lucha los débiles están condenados de antemano, no por los fuertes, no por mí, sino por la naturaleza misma. Si he cometido un error, tengo mil excusas, y ahora que es tiempo de reparalo, sin perjudicar a nadie...

—¡Ahora ya no es tiempo! Hay un sér humano, tres veces sagrado para tí...

—¿Matilde?

—No es Matilde. Es su hijo, que no ha nacido, pero que es sagrado, porque existe, porque es indefenso y porque es tu hijo. ¿Con qué derecho exiges para librarte de preocupaciones y ataduras, que una madre sacrifique a su hijo?

—No ha nacido todavía, y no puede quererlo.

—Tú no conoces el secreto sublime de los amores de una madre con su hijo no nacido. Eso está más allá de lo humano, más allá de la carne, en la mente de Dios, que mueve el mundo con ese resorte sutil, incomprensible y omnipotente. ¡El amor de la madre! Lo único invencible que hay en la vida, lo único que salva a la especie de las acechanzas del egoísmo. Sin ese amor hace muchos siglos que la humanidad hubiera perecido, sin que lloviera azufre como en Sodoma. Lo otro, que los hombres llaman también amor, la atracción de la belleza, es un sentimiento inconfe-

sable y vergonzoso como un vicio oculto, cuando se aleja del instinto creador. Sólo éste lo purifica, le da razón de ser y le infunde su grandeza.

—¡Bah! Se ve que usted no ha hablado con ella, ni con mujer alguna en su caso. Lo que tienen por el hijo no nacido, que llega perturbando su vida y deshonrándolas, no es amor, sino odio, y sienten un deseo de aniquilarlo, para salvarse. Es el derecho a la propia defensa, y usted sabe muy bien que las leyes humanas se han hecho cargo de esa situación y atenúan sus penas en tales circunstancias.

—Puede ser que la pasión que la echó en tus brazos y el miedo a perderte, y tus nuevas promesas, la cieguen otra vez y la hagan creer que odia lo que debe amar, y la decidan a obedecerte. ¡Pobrecita! Si llegara a eso, no acabaría de lamentarse nunca, aunque te casaras con ella, de haber pecado contra la ley fundamental de su vida, aniquilando su obra... ¿Qué le has prometido para que haya podido confesarte que odia a su hijo indefenso? ¿le has prometido cumplir tu palabra, no es verdad?

Mario no se atrevió a negar.

—¡Infeliz de ella, si te cree! — exclamó Fraser, bajando el tono y espiando a su alrededor, para que su voz no llegara a otros oídos que los del joven. — ¡Qué mentira tan cobarde! Quieres huir de tus responsabilidades; quieres romper los vínculos duraderos que te han creado tus actos. Estás saciado; tu capricho por ella ha muerto, pero una cadena te ata a ella para toda la vida: tienes un hijo; hay que matarlo, porque amenaza tu comodidad. Todo se puede me-

dir y contar. Se pueden contar las estrellas, se puede medir la Vía Láctea; y cuando ya en el universo no hay distancias que puedan tomarse por unidad, todavía el pensamiento humano sigue concibiendo otras medidas mayores. Sólo el amor de la madre escapa a todo cálculo; y eso que no se puede medir, te parece, pobre Mario, una cosa más pequeña que tu comodidad.

—No tengo temperamento de padre — murmuró Mario, como una disculpa.

—¡No lo sabes! Algún día lo descubrirás y te lamentarás cuando sea tarde; y volverás a excusarte diciendo que estabas ciego. En tu existencia gris, de hombre que no tiene más propósito que "vivir su vida", la sonrisa de un niño, sería el sol, y no la tendrás; y sentirás llegar la vejez sin compensación, sin rejuvenecimiento en tus hijos.

—A su tiempo podré tenerlos, pero en un hogar constituído regularmente.

—¿La abandonas, entonces? ¡Confiésalo! Y la abandonas, no porque hayas puesto en otra los ojos, como has querido hacerme creer, sino porque estás harto de ella. La llamaste, y se vino a tu casa; es tuya, como si la hubieras comprado. Hasta has pagado su precio a su padre, a su hermano, a otro más, y ahora sientes que te resulta cara... ¿Por qué no la vendes ¿por qué no la ofreces en el club? ¿o en la feria? Tal vez Demócrito Cabral se quedaría con ella, pero tendrías que regalársela...

Mario se levantó violentamente, pero Fraser no lo dejó hablar:

—Un día la echarás de menos. El miserable co-

razón humano es así. Cuando la hayas perdido definitivamente, la amarás, y pensarás en tu hijo asesinado... Querrás tenerlo y no lo tendrás. Y vivo o muerto, ese niño será el Vengador...

Salió sin saludar. Si Mario le hubiera tendido la mano, la habría rehuído con igual repulsión que la de un hombre que a su vista acabase de degollar a un niño.

VIII

La confesión

Mario, profundamente fastidiado, se refugió en su despacho y buscó un libro para enfrascarse en él y desechar sus pensamientos.

Hacía meses que rodaba sobre los muebles, en el escritorio, en el comedor, en el dormitorio, la novela de Tolstoy "Ana Karenine", que iba leyendo al azar de su capricho, una página hoy, un capítulo quince días después. La tomó y reanudó su lectura, sin poder alejar de su oreja el zumbido irritante de la voz que le perseguía.

¿Debía rendirse y renunciar a Liana? ¿Debía, por el contrario, tratar de conquistarla a pesar de la ideas de su padre?

Al advertir el obstáculo, su vanidad se exasperaba, y el naciente amor se volvía impetuoso. ¡No, no la perdería! Nunca había sentido un propósito más claro y más ardiente. Además contaba con la ayuda de la madre, a la que un día u otro él mismo pondría en presencia de su hija.

Oyó que llamaban y reconoció la voz de Matilde. Disgustado y temiendo una conversación, fingió absorberse en la novela.

Pero llegó a un párrafo que lo hizo estremecer, como si al pasar frente a un cristal hubiera visto su propio esqueleto:

"Wronsky (el protagonista de Ana Karenine) se había hecho un código de leyes para su uso particular. Este código le prescribía, por ejemplo, el pago de una deuda de juego a un estafador, pero no declaraba indispensable pagar la cuenta del sastre; prohibía la mentira, excepto hacia una mujer; prohibía engañar a otro, salvo que se tratase de un marido; admitía la ofensa, pero no el perdón de las injurias. Todos podían sospechar sus relaciones con Ana, pero nadie debía hablar de eso, y estaba pronto a hacer callar a los indiscretos, y a obligarlos a respetar el honor de la mujer que él deshonrara."

Tiró el libro y encendió un cigarrillo, y se puso a mirar las moscas que volaban cerca de la puerta; hasta que resolvió hablar enérgicamente con Matilde, para decidirla de una vez a hacer "aquéllo".

Entró a su cuarto sonriente, y ella sorprendida y ganada por su actitud se le aproximó dócilmente.

Pero a las primeras palabras, se reconcentró, reuniendo sus pobres y gastadas fuerzas, para discutir la vida de su hijo.

Sentíase sola en el mundo, contra él, a quien apoyaban los prejuicios sociales, los intereses creados y las seducciones de su persona. Si consultaba a su madre, a su padre, a Pulgarcito, a sus amigos, estaba segura de que más o menos el consejo de todos sería igual: ceder.

Fraser, en quien confiaba, la había abandonado.

¡Sola para salvar a su hijo! La noche anterior había soñado con él, que era grandecito, que ensayaba sus primeros pasos y ella se entretenía tejiéndole ropitas. Y su corazón temblaba de angustia. ¿Estaría condenado a morir?

Con los ojos llenos de lágrimas y las manos juntas, se acercó a Mario:

—¡Perdónalo! El no ha hecho nada en contra tuya. ¡Sálvalo! Cuando nos casemos, será tu gran amor, como ahora lo es el mío.

—¡Qué inexperiencia la tuya! ¡Hablas de tu gran amor! ¡Tu gran amor para el que ni siquiera has visto y que es tu enemigo! Una madre no puede querer a un hijo que llega sin que nadie lo llame, perturbando su vida, y amenazándola con la deshonra.

—¿La deshonra?

—Sí. ¿Cómo esconderías tu vergüenza, si tuvieras un hijo?

—¡Yo no tendría vergüenza! A tu lado, y al lado de mi hijito, yo no tendría vergüenza, — dijo Matilde. aproximándosele más, y tomándolo de las manos como para desarmarlo.

—¡Pero yo sí!

—¿Tendrías vergüenza? ¿de quién? ¿de él? ¿de mí?

—¡De los dos!

—¿Por qué de él?

—Porque sería un testimonio perpetuo de tu caída.

—¿Y de mí, por qué?

—Porque un hombre honrado no puede dar su nombre a una mujer que no lo es.

Matilde alzó la cabeza y lo miró en los ojos.

—¿Y cuál es el hombre honrado? ¿Tú?

Mario percibió la acidez del sarcasmo, pero respondió orgullosamente:

—Sí, yo.

—¿Entonces yo no soy digna de tí?... ¿Por qué no soy digna? ¿Porque me engañaron? ¿Pero quién me engañó, si no tú? Y eso que a mí me hacía bajar hasta el barro, ¿te levantaba a ti, Mario?

—¡El mundo está hecho así!

—¡No me quieres! ¡esa es tu única razón!

Mario replicó dulcemente, conmovido por el dolor con que la muchacha había pronunciado esas palabras.

—¡El mundo está hecho así! Te quiero como antes; pero yo no podría casarme con una mujer que tuviese un hijo.

—¿Aunque fuera tuyo?

—¡Aunque fuera mío! Es necesario que podamos decir que llegaste al altar pura como una flor.

—¡Lo soy! ¡lo soy! ¡para tí, Mario, lo soy!

—Para mí y para el mundo.

—¡El mundo! — exclamó ella con odio.

—Sí, el mundo, que se satisface con mentiras! — repuso él.

—¡Y que ni creerá en nuestra mentira! — repuso la joven — ¿Qué nos importa del mundo?

—Se hará el que cree, y eso me basta. ¡Desgraciado del que se atreviera a manifestar la duda!

Matilde se sentó vuelta hacia el respaldo de la silla, y se puso a llorar.

—Ya sabes el camino... — le insinuó el tentador.

—¿Entonces no tengo más remedio que sacrificarlo?

— interrogó ella, sin alzar los ojos, sintiendo que empezaba a perder pié al borde del crimen.

—¡Pero si todavía no lo quieres! ¿por qué exageras el esfuerzo que vas a hacer?

—¡Es verdad! — contestó ella con desesperación. — Empiezo a odiarlo..

La mucama golpeó discretamente con los nudillos en la puerta.

—¿Se puede? Abajo está el señor Cabral.

Mario sacó el reloj e hizo un gesto de fastidio.

—Es la hora del té, — dijo Matilde.

—No puedo quedarme, — repuso él, empezando a despojarse del pyjama, para vestirse. — Tengo que salir. Atiéndelo; convídalo con té.

La joven no replicó. Aguardó a que él concluyera, y a su vez comenzó a arreglarse.

Cuando Mario bajó, halló a Cabral hundido en uno de sus sillones, leyendo una de sus novelas y fumando uno de sus cigarros. Cambiaron una ojeada inteligente, y Mario murmuró al pasar:

—Vamos a ver, compañero, si su diplomacia vale más que mi dialéctica.

—¿No se decide todavía?

—Tengo miedo de que no se decida nunca.

—¡Déjala por mi cuenta!

—Vamos a ver...

Mario cogió el sombrero, y Cabral se levantó de un salto.

—¿Te vas?

—Sí.

—¿No tienes a mano cincuenta pesos?

Mario agachó la cabeza, acostumbrado a aquellos mandobles, entregó el dinero y salió rápidamente, a tiempo que Matilde bajaba.

—Muy alegre se va, — observó ella, en el deseo de provocar las confidencias de Cabral respecto a la vida del joven.

—Tiene por qué.

—¿Ha jugado a las carreras y ha ganado?—preguntó con retintín Matilde.

—¡Mejor que eso!

—Cuénteme, ¿no es mi aliado?

—Si usted, Matildita, accediera a lo que le he propuesto, no necesitaría que yo le contase nada: usted misma lo vería todo... ¿quiere?

—¿Qué cosa?

—Ya lo sabe.

—¿Salir con usted? ¿ir a un *cabaret* con usted?

—¡Sí, sí! ¿qué tiene eso de malo? Va a verlo bailar tangos y a conocer quién se lo está robando de a pedacitos, una que, por cierto, no es digna de atarle a usted los zapatos.

Matilde se quedó pensativa, agitada por la tentación. Una voz la incitaba, en el fondo de la conciencia, a desconfiar de la intriga.

—¡Vamos a tomar el té! — dijo con resolución.

—¿No se anima?

—Ahora no.

—Qué flojita había sido. Y eso que tiene unos ojos de reina que no puedo mirar sin sentirme dominado. Da la impresión de fuerza, y es pura debilidad.

Matilde estuvo toda la tarde estremecida por el soplo sutilísimo y envenenado de aquella asechanza.

Al llegar la noche se sintió cansada de su lucha, vencida por el temor del abandono, y por los celos. La impetuosa tentación se había apoderado de ella y la arrastraba.

¿Cómo puede una madre amar al hijo que aún no conoce, que antés de nacer es su enemigo, y amenaza su vida con la soledad de la deshonra?

Pasó tres días sin recibir a nadie, escondida, y temblando, como una liebre acorralada por los perros.

Al tercero consintió en bajar, porque Cabral le hizo anunciar que le traía importantes noticias.

Hacía una hora que escuchaba sus enervantes confidencias, cuando entró Fraser.

Cabral se levantó, besó en la mejilla a la joven y se despidió de los dos.

—¡Privilegios de rey tiene ese mozo! — exclamó Fraser irritado, confirmándose en el propósito que lo llevaba, de hablar a Matilde con entera franqueza.

—¡Por fin ha venido! — le contestó Matilde ruborizada, desentendiéndose de la alusión.

—¿Y esta vez cómo he llegado? — interrogó él, con amarga ironía. — ¿Se acuerda? Había pasado un mes sin verla, hace de esto mucho tiempo, y cuando la hallé de nuevo, y quise hablar, usted misma me cortó la palabra: ¡demasiado tarde!

Matilde embelesada por el sentimiento rudo y cordial, que vibraba en la voz de aquel hombre, bajó los ojos y dijo:

—¡No, ahora, todavía no es tarde!

—Gracias a Dios! ¿Por qué baja la frente? ¿Tiene vergüenza de mi? Yo sé todo lo que ocurre...

—¿Quién le contó?

—Suponga que lo he adivinado. Yo lo sé todo, y no quiero seguir siendo el cómplice de los que la acosan.

—¿Cuándo ha sido cómplice de nadie en contra mía? —preguntó ella posando en él los espléndidos ojos, llenos de candor y de confianza.

—Cuando he comido en la mesa del que la engañaba, y he dado la mano al que la besaba como Judas, y he tolerado la amistad de los que la vendían, he sido su cómplice y he compartido el precio... ¡Perdóneme!

—Yo no sé por qué he de perdonarlo. Toda su culpa ha sido tenerme olvidada. Pero ahora se acuerda de mí, que no lo merezco...

—¡Alce la frente! — exclamó Fraser. — Y no se humille ante los hombres, porque usted no ha pecado contra ellos.

—Usted no conoce lo que me ocurre; ni hasta dónde he llegado. No sabe que ya Mario tiene mi promesa, y que sólo aguardo la ocasión... hoy... tal vez mañana...

—¡Nunca! Usted no ha pensado lo que dice.

—Todos piensan por mí. ¿Qué quiere que haga? Hasta mi madre ha mandado a decirme con Pulgarcito, que se avergonzaría de mí... Quiero salvarme del oprobio con que todos me amenazan. Tengo derecho de salvarme...

Fraser calló un momento. Luego, con una voz que hería en las entrañas a su oyente, le dijo:

—Hay un hombre que, por debilidad, ha caído en

una falta. Su vida quedaría manchada si no borrara las huellas. Puede hacerlo, matando al único testigo que depondría contra él... ¿Le parece que debe matarlo?

—¡No!

—Ese testigo es un niño, que no protestaría, porque es muy pequeño y lo sorprendería dormido. ¿Debe matarlo?

—¡No!

—Es que ese niño es hijo de ese hombre. Un hijo debe sacrificarse por su padre. ¿No tiene derecho su padre de sorprenderlo dormido y de matarlo?

—¡Oh, no! Sería infame, y ese padre no acabaría nunca de arrepentirse.

—No es un padre; es una mujer, una pobre muchacha...

—¡Ah! ¿Usted lo dice por mí?

—¡Por usted lo digo! Yo comprendo su tentación... su hijito no protestaría... lo sorprendería dormido... ese crimen salvaría su nombre del oprobio... ¿cree de veras que tiene derecho de matarlo?

La joven se tapó el rostro con las manos y sollozó.

—¿No cree que tengo derecho de salvarme de esta vergüenza?

—Yo se lo he preguntado a usted — replicó Fraser — y no me ha respondido.

—¡Más bien querría morirme! — exclamó ella, sin mostrar la cara.

—¡Tampoco eso! — repuso Fraser. — Hay que vivir...

—¡No tendría fuerzas! ¡Despreciada, manchada, humillada!...

—¿Pero quién la despreciaría? Matilde, alce la frente, y no tenga miedo. Muchas veces el genio ha redimido a un hombre, en el concepto del mundo, de los peores extravíos, de los pecados más turbios. Verlaine, Wilde, Hugo, Poe, Sand. Porque el genio es la grandeza. Pero la maternidad es mucho más: es la grandeza y es la santidad de la regeneración. Una mujer que es madre lleva en el alma una columna de fuego que la guía y la sostiene, y en la frente una corona que la ennoblece. Ha podido equivocarse y caer; pero desde que es madre, no hay tinieblas en el mundo que puedan esconder su luz. Y si por aparentar lo que no es, sacrificara a su hijo no podría sostener su mentira delante del mundo, que tiene más experiencia que ella y más hipocresía. El oprobio no es ser madre, sino apostatar de la maternidad.

Matilde escuchaba anhelante las palabras de aquel hombre que, no obstante las miserias de su vida, aparecía ante sus ojos envuelto en una aureola. Pero el sentido de la realidad, la abatía no bien quería libertarse del mal propósito:

—Si yo no hiciera lo que él me pide, — contestó — me abandonaría... ¿qué sería de mí? ¡Yo lo quiero siempre!

—¡Pobrecita! — exclamó Fraser golpeándole suavemente la mano, que ella extendía sobre el brazo del sillón. — ¿No se siente abandonada ya?

—Sí... un poco... mucho.

—Yo lo conozco a Mario; he sido como su padre,

y lo he querido tiernamente. Hablándola a usted, no soy desleal con él, porque quiere librarlo de remordimientos.

—¿Y si me deja, podré olvidarlo?

—Hija, llegará un día en que usted misma se preguntará otra cosa: ¿cómo he podido amarlo? Todo pozo se agota; todo fuego se apaga; todo amor se extingue. Sólo el amor de las madres tiene raíces eternas. No sacrifique a su hijo, por el hombre que con el tiempo se alejará de su corazón.

La verdad estaba ciertamente en el fondo de aquellas palabras pesimistas sobre el amor que la ataba a Mario. Matilde lo sentía así, pero seguía dudando.

—¡Nunca tendré fuerzas contra él! ¡Quisiera morirme; así no pensaría más...!

Fraser replicó:

—Hay un lugar donde se toman fuerzas, como se bebe el agua en una fuente... ¿Hace mucho tiempo que no va a la iglesia?

La muchacha lo miró, extrañadísima de tal pregunta. Creía conocer las ideas de Fraser, porque más o menos sabía cuáles eran sus costumbres.

El comprendió su extrañeza, y dijo tristemente:

—Mis pensamientos van por otro camino que mis pies. Yo no he inventado el remedio que voy a proponerle. ¡Ay de mí!, ni siquiera lo he buscado, sabiendo que lo hallaría. Pero sé que miles de almas diariamente se fortifican al pie de un altar. ¿Hace mucho que no va a la iglesia? Contésteme con sencillez. Ni me engañe ni se engañe.

Matilde palideció, luchando interiormente contra la

verdad que quería abrirse paso. Tardó un rato en contestar, y sus palabras tuvieron un dejo de orgullo y de sarcasmo:

—¿Y usted, doctor Fraser, hace mucho que no va?

Él no se dejó sorprender por aquella simulada impenitencia, que no podía existir sino a flor de labio. Estaba cierto de que ella no había olvidado totalmente su catecismo. El mismo empeño con que rehuía la cuestión, le demostraba su interior ansiedad.

Por tercera vez formuló él su pregunta desconcertante, y ella volvió a esquivar la respuesta, diciendo nerviosamente:

—Sería raro que sus consejos no valieran sino para mí.

—Ha puesto el dedo en mi llaga, — contestó Fraser con humildad. — Hasta ahora mis consejos no sirven más que para otros. Una triple coraza de barro envuelve mi corazón; y el barro es tan viejo, que parece bronce. El orgullo, la sensualidad, la indiferencia, lo han vuelto impenetrable a los rayos de la gracia...

Hizo una pausa, y como olvidado de su interlocutora, mirando al suelo y hablando consigo mismo, prosiguió:

—¡Parece mentira! Todavía el martillo de Dios no lo ha golpeado bastante... Necesito alejarme de mí mismo y refugiarme en lugar tan seguro que ni mi propia alma me conozca. ¿Quién apartará la piedra que me cierra el templo? Mi hora no ha llegado: todavía es de noche, y el camino está borrado por la maleza...

Aquella esperanza, aquel anhelo de un gran dolor que partiera la vieja envoltura del corazón endurecido,

impresionaron de tal modo a Matilde, que cuando él, por cuarta vez hizo su pregunta: ¿Hace mucho que no va a la iglesia?, ella la contestó simplemente:

—¡Casi un año!

—¿Va a obedecerme?

—Sí.

—Bueno: levántese mañana al alba...

—Como en otro tiempo... — murmuró ella con nostalgias de los días de inocencia.

—¡Así, como en otro tiempo! Vaya y comulgue. Usted sabe mejor que yo lo que hay que hacer. Y Jesucristo le hablará en el corazón, como habló a la Samaritana, como habló a la adúltera, como habló a Magdalena...

Matilde se quedó llorando cuando él se fué.

Una vislumbre de libertad llegaba hasta ella. Tenía miedo de seguir ese rayo, por recelo de perderse otra vez.

Si se rebelase contra Mario y él la abandonaba ¿a dónde iría?

No quería pensar en la casa de sus padres, donde estaba Laura. Todos habían creído en ella, en su carácter, en su inteligencia, en su capacidad para abrirse camino en la vida, menos Laura, que siempre dudó.

A Matilde alguna le enrostró como envidia ese sentimiento, y ahora prefería morirse antes de volver a su casa vencida y deshonrada.

¿A dónde más iría? Ya no era una persona libre, dueña de su voluntad y de su conciencia. Era una esclava, sellada por el amor. Adonde quiera que fuese, descubrirían su sello, y la condenarían.

Como una piedra que rueda desde la cumbre, los momentos en que lograba detenerse eran raros y fugaces. Apenas se aflojaba el punto de apoyo, rodaba otra vez, cuesta abajo, hacia el abismo.

Toda esa noche luchó contra el desaliento, y al alba, según su promesa, vestida sencillamente, fué a una iglesia del centro de la ciudad, donde nadie la conocería.

La impulsaba una fuerza irresistible, y marchaba ansiosa de hallar algún obstáculo que le impidiera llegar, y la librase de la vergüenza de entrar en la casa de Dios.

Mas nada aconteció. Grandes eran la soledad y el silencio en la iglesia, y tibio y obscuro el ambiente, impregnado de un vago olor a flores.

La joven dió unos cuantos pasos, y viendo acercarse a un hermano lego, cuyos zapatos de orillo le permitían andar como una sombra, tuvo miedo y se refugió en un rincón, en el hueco de un confesonario.

El tintín de un manojo de llaves y el susurro de una voz la hicieron volver la cara.

—El padre que confiesa aquí, está enfermo y no vendrá. ¿Quiere que le llame otro?

Matilde asintió con la cabeza. Tenía ganas de huir, no de confesarse. Todo le resultaba pueril u odioso. ¿Podría decirle el padre algo que ella misma no se lo hubiera dicho ya?

Mientras el lego se alejaba, se levantó, y sin animarse a salir, contenida por su promesa a Fraser, quiso darse tiempo, pensar más lo que iba a hacer, y se encaminó hacia la otra nave, donde había un altar de la Virgen.

Se hincó ante la balaustrada y rezó maquinalmente

cualquier cosa, sintiendo que su corazón era como un niño que tiene ansias de acercarse y no se atreve, por orgullo más que por temor.

Aquel altar de mármol parecía bañado en la claridad del manto celeste de la Virgen. Los ojos leían sin esfuerzo, las letras grabadas en las pilastras.

—¿Qué pueden decirme, — se repetía la joven, — que no me haya dicho yo? Si la Virgen me hablase, como a Bernardita en Lourdes, ¿qué podría decirme?

Y su pensamiento se rebelaba contra la fuerza que la mantenía en las gradas de ese altar.

De pronto miró las letras y se estremeció, porque aun siendo palabras dichas por Isaías, miles de años hace, le parecieron nuevas, desprendidas de los labios de la Virgen para ella sola, para ella sola que no quería oirlas.

"*Pobrecita,* — leyó en una parte, — *combatida por la tempestad, sin ningún consuelo. Mira que yo pondré por orden tus piedras y te cimentaré sobre zafiros.*"

Y en otra: "*No temas, porque no serás avergonzada ni sonrojada; pues no tendrás de qué afrentarte, y por qué te olvidarás de la confusión de tu mocedad*" (1).

Cuando el lego volvió, a anunciarle con su blanda voz y su tintín de llaves, en qué confesionario la aguardaban, Matilde fué resueltamente y empezó a confesarse.

Hablaba con sencillez, gustando una indecible felicidad en arrancarse uno por uno del corazón, aquellos clavos ardientes de sus pecados.

---

(1) ISAÍAS, Cap. LIV, v. 11, y Cap. LIV, v. 4.

—No recuerdo más, padre — dijo al concluir, aliviada, casi alegre, sorprendida de la facilidad y prontitud con que había cumplido su palabra. Ahora no bien la absolvieran, en la primera misa comulgaría...

La voz del padre, severa y triste, la hizo temblar.

—¿Pero usted piensa volver a *esa* casa?

—Es mi casa, padre. Allí vivo. No tengo a dónde ir.

—¿Y a casa de sus padres?

—¡No puedo, no puedo!

—¿Por qué no puede?

—Mi padre me echaría, mi hermana se avergonzaría de mí, hasta mi madre...

Se contuvo cuando iba a acusar a su madre de no haberla defendido, por miedo de frustrar la esperanza del casamiento con el hombre rico.

—No me recibirían, — repitió. — Si no volviera a donde ahora vivo, no tendría a dónde ir.

Como el sacerdote callara un momento, aguardó la absolución.

Un velo tupido le vendaba los ojos, mas no era solamente ignorancia de las reglas morales, sino escasez de malicia.

La culpa no había disipado todas las gracias de su antigua inocencia. Por eso quedó anonadada cuando oyó la voz tristísima del sacerdote:

—Si usted va a volver a *esa* casa, yo no puedo absolverla.

—¿Cómo, padre? — exclamó la pobre criatura, llevándose las manos al pecho.

—No puedo absolverla. Usted vuelve voluntariamente a la ocasión de pecar.

—¿Voluntariamente? ¡No comprendo! Si yo pudiera ir a otra parte...

El confesor tardó en contestar. Comprendía la inmensa dificultad de lo que exigía a su penitente: romper con el hombre que amaba, renunciar a toda esperanza de regularizar su situación y la de su hijo, afrontar los comentarios de las gentes, y volver humillada al hogar que abandonó. Pero lo conceptuaba indispensable para poder absolverla, y conteniendo su emoción, y su amargura, dijo:

—Usted *debe poder* ir a otra parte. A la casa de sus padres...

—Allí menos que a ninguna — replicó ella con la voz alterada.

—A casa de una amiga.

—No tengo amigas. La que tuve, me ayudó a perderme.

—A un asilo... Hay asilos que... ¡No llore, hija!

—¡No, no, no! — exclamó ella sollozando, horrorizada ante la perspectiva de enterrar su juventud en un asilo.

—Así no puedo absolverla! ¡No puedo!

—¡Padre!, yo quería comulgar para tener fuerzas...

—¡No puede comulgar! — dijo el sacerdote con voz transida de dolor, pero enérgica.

Matilde que todo lo esperaba, menos tan inexorable sentencia, encendióse en un relámpago de rebeldía.

—He venido a la casa de Dios buscando el perdón, y no se me perdona.

—Por que usted no quiere quitar la ocasión próxi-

ma... ¡Qué no diera yo, pobre hija mía, por infundirle la resolución que le falta!

—¡Yo no tengo quién me acoja! Soy una desamparada. Y ahora, que para Dios soy una perdida, verdaderamente mi mal es sin remedio...

—Lo que usted no tiene, — replicó el sacerdote con viveza, — es propósito firme, puesto que...

—¿Y mi dolor, y mi amargura, padre?

—No toda amargura es arrepentimiento. Ni las lágrimas, ni el dolor más intenso, ni la confesión de los pecados, constituyen el arrepentimiento. Todo eso puede ser obra del orgullo.

—¡En mí no hay orgullo!

—En todos nosotros el orgullo es la primera raíz de los extravíos.

—¡Ah!, no sabe cuánto me costaba la humillación de confesarme. ¿Ha sido completamente inútil? ¿No me acerca al perdón?

La voz de la joven era tan sincera y humilde, que el sacerdote sintió vacilar su criterio, y reflexionó antes de responder.

—En la sincera humillación, hija, está, sí, el propósito de la enmienda. Usted ha pecado con el entendimiento y con la voluntad. No basta que castigue el entendimiento, confesando su culpa; es necesario que cambie absolutamente su voluntad de volver a donde...

—¡No puedo, no puedo! — contestó con vehemencia y terquedad. — Yo conozco mi voluntad, y sé que no caería más.

—¡Nadie conoce su propia voluntad! — repuso el con-

fesor. — Y todos estamos obligados a huir de las ocasiones que nos debilitan.

Matilde no contestó. Un grito de protesta surgía en su alma desconsolada, que se tradujo en esta desesperada imprecación:

—¡Mi pecado no tiene perdón! ¡Estoy perdida!

Quiso levantarse, pero el sacerdote se lo impidió.

—Yo no puedo absolverla ahora, hasta que de un modo u otro no constate que usted misma ha hecho remota la ocasión próxima en que vive. Pero no se desaliente, que el desaliento es el más grave de todos los pecados. El desaliento es el orgullo, el pecado contra el Espíritu Santo, el único que cierra los caminos de la contrición y de la misericordia. "Es tan grande mi pecado que no puedo merecer perdón", dijo Caín; y lo que lo hacía hablar no era el dolor que hubiera sido perdón, sino la soberbia, que era impenitencia.

Pero Matilde no le oía o no le comprendía y seguía repitiendo, dolorida, aplastada, su mísero grito:

—¡Estoy perdida! ¡para el mundo y para Dios!

—El mundo — respondió imperturbablemente el confesor — tiene esas condenaciones irremisibles; la Iglesia, no. Toda ruina moral puede repararse. Usted no ha pecado más que el Rey David ni que la Magdalena; y los dos son santos. La contrición borra toda culpa, y la gloria sustituye a la vergüenza.

Esa palabra interesó a Matilde.

—¿Yo no he pecado tanto como David ni como la Magdalena? — preguntó, iluminada la frente por la esperanza.

—No hija; — respondió con dulzura el sacerdote.—

Ya vé que no tiene por qué desalentarse. Aquel que ha dicho: "No quebraré la caña cascada, ni apagaré la mecha que aún húmea", no la abandonará. La peor miseria está dentro de nosotros, aunque lleguemos a creer que está en las cosas que nos rodean. Rece, que con la oración nos purgamos del mal, y encontrará las fuerzas que necesita para hacer lo que le falta.

La bendijo con una gran cruz, que figuró lentamente sobre ella, y la dejó ir.

—¡No podré comulgar! — pensó Matilde oyendo la campanilla del *sanctus*. — ¡No cumpliré mi palabra!

Ese pensamiento la exasperó, disipando como un ventarrón la paz que nacía en su alma.

Se olvidó de las palabras que aún sonaban en sus oídos rebeldes, y salió repitiendo su propia sentencia:

—¡Estoy perdida para el mundo y para Dios!

IX

La pregunta de Laura

La mujer de Bistolfi amaneció de mal humor y, como de costumbre, su inocente marido fué el pararrayos de su cólera. En vano quiso él averiguar las causas del fenómeno: Mariana se exasperaba de sólo ver al mísero rondándola, con la cabeza ladeada y los ojos tiernos.

—Hoy necesito el automóvil para todo el día, — le notificó. — Tengo mil diligencias y visitas que hacer. Voy a tener que almorzar en "Harrods".

—Yo te acompañaré... — insinuó él tímidamente, y ella se echó a reír con tanta desenvoltura, que el pobre conde se apresuró a excusarse.

—¿Vas a almorzar sola?

—No; con una amiga...

—¿Y yo...?

Mariana se encogió de hombros, como diciéndole: "¿Y a mí que me importa de tus almuerzos?" Sin embargo, por malhumorada que la pusieran sus misteriosas aventuras, no le convenía tirar demasiado de la cuerda, de miedo que un día el dócil marido se le plantara con una terquedad propia de los borregos, cuando

van envejeciéndose. Lo miró con más cordialidad y le aconsejó:

—¿Por qué no vas a visitarlo a don Pedro Garay? Hace años que no lo ves. Te invitarán a almorzar, y comerás platos criollos, que tanto te gustan.

Bistolfi asintió, conmovido por la fineza de su mujer.

A eso de las once, cuando ya Mariana había salido, empuñó su roten, y dando elegantes floretazos a los árboles de las aceras, se encaminó hacia la calle Migueletes.

Aunque apenas había ido un par de veces, en tiempos en que a su mujer le dió en proteger al tunante de Pulgarcito, estaba seguro de reconocer la casa de los Garay, aún yendo con los ojos cerrados, por el perfume del jazmín de lluvia que sombreaba la veredita del jardín, y por el arrullo de las palomas francesas.

Pero ni una ni otra cosa necesitó para dar con ella. Antes de que arrullaran las palomas y se sintieran los olores del jazmín, oyó la voz chillona de misia Presentación que increpaba a su hija Laura.

—¡Siempre le tuviste envidia! Y tanto hiciste que acabaste por quitarle el novio. ¿Andás ahora con ganas de quitarle el marido?

—Aquí es la casa — se dijo Bistolfi, empinándose por arriba de la valla de ligustros, y golpeando con la contera de su bastón en el marco de la puertecita de fierro galvanizado.

Llamó varias veces, no oyendo de la discusión más que los hirientes apóstrofes de la madre, pues si la hija respondía lo hacía en voz queda; hasta que misia Pre-

sentación sintió sus golpes, y gritó a la negrita con su blandura habitual:

—¿No has oído, china, que están llamando? Te voy a destapar las orejas con el tirabuzón.

Salió Virginia despavorida, descorrió el pasador, y entró Bistolfi sombrero en mano, haciendo reverencias a misia Presentación, que estaba en chancletas y de batón, soplando unas tripas de vacas para hacer chorizos.

—¡Jesús, señor conde! — exclamó, arrojando las "achuras" en un fuentón, y atinando a prenderse con un alfiler de gancho el desmesurado escote, — ¡quién había de pensar que fuese usted! ¡Laura, atendélo al señor conde! Discúlpeme, que yo voy a vestirme.

Huyó hacia las piezas, mientras Laura salía, tristona y con lágrimas en los ojos, a recibir al visitante.

Así que cambiaron saludos, misia Presentación se asomó por la ventana del jardín y a voz en cuello advirtió a su hija.

—Decile al señor conde que Pedro está al frente, en la peluquería, y que Pulgarcito no se ha levantado; pero que antes de cinco minutos los dos estarán a sus órdenes. ¡Chinita, llamálo a Pedro!

—De ninguna manera, — respondió Bistolfi. — Yo mismo iré a la peluquería.

—En la otra acera, — indicó Laura, acompañando al conde hasta la puerta, — hay un banco fijo: quizás esté sentado allí.

Al abrirse de nuevo la puertecita, divisaron en el mencionado banco a don Pedro, tratando reposadamente con unos vareadores del *stud* vecino.

Bistolfi, pisando huevos, para no ensuciarse los pulcros zapatos, cruzó la calle de tierra, y se agregó a la reunión.

Laura cerró la puerta y entró.

—¿Lo invitaste a almorzar? — le preguntó misia Presentación, que era hospitalaria en alto grado.

—No mamá, ¿por qué no me indicaste?

—¿Necesitabas que te lo indicase? Si hubiera sido persona de tu gusto, te habrías llevado todo por delante para agasajarlo, sin que nadie te dijese nada. Pero es el conde Bistolfi, que ha protegido a tu hermana, y eso te lo hace antipático.

Misia Presentación empezó a vestirse, yendo de una pieza a otra, recogiendo el corsé en un lado, una peineta en otro, escurriéndose hasta el fondo para dar instrucciones a la cocinera, orejeando a Virginia, para que guardase la sogada de tripas, tendida a secar de pared a pared, que bailaba a impulsos del vientecito más liviano.

Cuando desaparecieron esos testimonios de los vulgares quehaceres a que se entregaba la dama, mandó a la chinita con un mensaje a don Pedro, para que invitara a almorzar al señor conde, que estaba ya a su lado, en el banco de madera, debatiendo temas trascendentales, con los vareadores y el peluquero.

Tranquila ya sobre este punto, y sin interrumpir su tocado, misia Presentación siguió retando a Laura. La enfurecían sus ideas a propósito de Matilde. Laura había concluído por enterarse de que, si bien don Pedro ignoraba la aventura de su hija, misia Presentación le

mandaba mensajes con Pulgarcito, lo que significaba apañar su situación.

—¿Qué esperas, mamá, para traerla a tu casa?

—¿Traerla? ¿Te has enloquecido?

—Ese hombre está cansado de ella.

—¡Qué sabes de eso! La trata bien y es generoso con ella.

—El menos corrido conoce tales cambios de viento, mamá. ¿Vas a dejarla que siga viviendo así? Sólo papá está ciego; pero todos vemos, todos sabemos y todos tenemos una parte de culpa en su desgracia.

—¡Desgracia! ¡desgracia! Si ella consigue atraparlo, conozco muchas que se darían por muy felices con caer en esa desgracia.

—Si no lo ha conseguido antes no lo conseguirá nunca. ¿Sabes cuál es su estado?

—Sí.

—¿Sabes lo que él le exige?

Misia Presentación enrojeció púdicamente, y preguntó:

—¿Quién te ha contado?

—Pulgarcito habla de esto a quién le quiere oír.

—¡Lengua larga! ¡estómago resfriado! — murmuró la madre. — Pues bien, ya que lo sabes todo, comprenderás que no hay más remedio que aguardar.

—¿Aguardar qué? ¿aguardar lo que no ocurrirá nunca? ¿aguardar que él se quiera casar? ¡Qué inocente eres, mamá!

Misia Presentación, bajando la voz, con mezcla de vergüenza y de malicia, murmuró:

—Si ella obedece, él no tendrá más remedio que cumplir; esta vez su promesa es formal.

—¿Obedecerle? — exclamó indignada Laura.—¿Tú, mamá, hablas de obedecerle, sabiendo lo que él exige?

—¡No grites! ¡te van a oir! ¿Qué quieres que haga?

—¡Traerla! ¡salvarla!

—¡Perderla querrás decir! Acaso quieres que él la plante en medio de la calle.

—Eso sería lo mejor, ya que ella no tiene fuerzas y tú no se las das.

—¿Ah, sí? ¡Aquí te esperaba! — saltó misia Presentación, imaginándose que Laura deseaba la ruptura de aquella relación para que Mario quedase libre. — ¿Te has cansado ya del novio que le quitaste? ¿piensas que puedes quitarle el otro, acordándote quizás que primero se te dirigió?

—No, mamá; nunca Mario Burgueño se dirigió a mí. Eso creyeron, porque a él le interesaba hacerlo creer, para que no adivinaran su verdadera intención. Y en cuanto a Carlos yo lo acepté cuando él me buscó, porque ella lo había olvidado.

Se le saltaron las lágrimas al decir esto, y su madre advertida del punto sensible, redobló sus golpes, para desquitarse de la confusión en que la tenía. Alzaba la voz, de tal modo que Saturnina y la chinita y aun gentes extrañas se enteraban de la terrible acusación.

—¡Siempre le tuviste envidia! Y ahora que la ves a punto de conseguir que el otro cumpla su promesa, andas intrigando por alejarla de él...

Laura tuvo que disimular sus lágrimas y ponerse a tender la mesa, con el mantel de los domingos, sin res-

ponder a su madre, que cada vez que pasaba cerca de ella, le asestaba una pulla.

Hasta Saturnina estiró la jeta, cuando Laura le pedía que preparase los cubiertos o le mandara los platos.

La muchacha no pudo resistir, y le hizo frente.

—Sin duda has oído lo que me decía mamá, ¿no es cierto?

—Puede ser, — contestó la negra vagamente. — Hablaban bien alto. ¡Pobre Matildita!

—¿También tú crees, entonces, que yo le tengo envidia?

—Ni creo, ni dejo de creer. La verdad es que la pobrecita no tuvo suerte. Ya me parecía a mí que don Pedrito andaba equivocado, creyéndola por el Brasil...

Los ojos pardos de la vieja posáronse enconados en el rostro dulce y triste de la muchacha.

—Todos somos culpables — pensó Laura, — por no darle la mano, para ayudarla a levantarse, como si nos avergonzáramos de ella.

Se confirmó en el propósito de ir esa misma tarde a la casa de su hermana, para decirle la palabra leal y severa que su madre no le decía.

Atormentábala el pensar en que su padre, tan ilusionado con aquella hija "que se estaba labrando un brillante porvenir en el extranjero", y a quien alguien un día u otro le abriría despiadadamente los ojos.

Cuando la chinita cruzó la calle para anunciarles, de parte de misia Presentación, que ya la mesa estaba pronta, hallábanse los concurrentes de la peluquería

embebidos en una discusión acerca de la moral libre de prejuicios religiosos.

El peluquero desde el umbral, con la navaja llena de jabón en la mano, señal de que estaba desollando un cliente, como lo atestiguaban a mayor abundamiento ligeras manchas de sangre en la espuma, acababa de soltar una sentencia redonda y retumbante:

—La mujer, en el siglo de las luces, tiene el derecho de prostituirse. La Revolución Francesa ha sido hecha para eso.

Los vareadores se miraron asombrados de la bizarría de aquellas ideas, y el conde Bistolfi se creyó en el deber de introducir un reparo en la tremenda teoría del peluquero, y dijo cortesmente:

—Con excepción, naturalmente, de las señoras casadas y de las niñas de familias decentes.

Don Pedro agradeció con un saludo la parte que le correspondía en la excepción.

El peluquero, un español petizuco, de florecientes carrillos, narices chatas, ojos desteñidos e inquietos y dientes averiados, tenía en tal grado la pasión por la filosofía, que llegando a trenzarse en una discusión que requiriese todas sus facultades, soltaba la navaja y abandonaba al parroquiano a medio afeitar, y se instalaba en el banco a hacer frente a los adversarios de sus ideas ultra liberales.

Si al parroquiano se le ocurría protestar, lo mandaba a paseo:

—Yo estoy en mi casa, y al que no le guste que se vaya.

Y así aconteció que esa vez abandonó su cliente la

barbería, echando venablos, con la mitad de la cara afeitada, mientras su verdugo pregonaba:

—Yo no acepto excepciones; yo en España fuí ultra, y aquí soy ultra, y siempre seré ultra. Y ese es el renombre que me han puesto, y no lo cambio por el más pintado.

La negrita Virginia, que no entendía de máquinas trascendentales, metió baza en el debate:

—Manda a decir misia Presentación que ya está el caldo en la mesa.

Bistolfi molestado por el fracaso de su observación, quiso desenvolver el tema.

—La moral independiente...

Pero don Ultra lo barajó en el aire:

—¡No me hable usted de moral! Eso es reaccionario; eso es clerical.

—Salvo la moral científica — apuntó don Pedro con mucha cordura. — Tenemos que ser del siglo de las luces. La humanidad se perfecciona a medida que avanzan sus conocimientos. Lo que antes se obtenía con el temor al infierno y con la enseñanza del catecismo, ahora se obtiene con la ciencia. Desde que se han aumentado las escuelas, ha aumentado la moral. Antes, por ejemplo, las muchachas no andaban solas en la calle, ni en los tranvías, y menos en el extranjero, y hasta las monjas tenían sus caídas. Recuerde usted en "Don Juan Tenorio" las aventuras de doña Inés. Es un drama histórico. Me parece también que los Amantes de Teruel...

—¡Ca! ¡no, señor! — exclamó el barbero. — A esos no me los mente, porque los amantes de Teruel...

tonta ella y tonto él... — y se metió en la tienda, festejando su propio salero.

—Manda a decir misia Presentación... — repitió la negrita, casi a la oreja de don Pedro, que no soltaba la hebra del discurso.

—Yo soy un hombre de mi siglo. Con el progreso de las luces, la moral que era cosa de curas se ha transformado en una ciencia pura y desinteresada. Hay que hacer el bien, sin pensar en el cielo, y huir del mal, sin temor al infierno; esa es mi moral, y la de los grandes escritores. "El catecismo, con su cielo y su infierno, destruye la moral", como dice Eugenio Sue en el folletín de hoy... ¿No está siguiendo el folletín del diario, don Ultra?

El barbero desde adentro, respondió desdeñosamente con una frase mestiza de francés y español, que le daba cierta autoridad: —¡*Pas de* tiempo!

—¡"El Judío Errante"! ¡qué gran libro, amigo! Si lo tuviera encuadernado sería mi libro de cabecera. Se aprende mucho. En Inglaterra y en Estados Unidos el libro de cabecera es la Biblia. Yo no he estado allí, pero me han contado. Debe ser porque no conocen "El Judío Errante". ¡Qué Biblia ni qué Evangelio! A mí denme "El Judío Errante", que contiene todos los conocimientos modernos. Aunque en materia de electricidad está un poco atrasado...

—Manda a decir misia Presentación que ya el caldo...

—Más atrasado en electricidad, — observó Bistolfi — está el Evangelio.

—Le diré — contestó don Pedro — yo no he leído el Evangelio...

—Yo tampoco, — contestó Bistolfi.

—Don Ultra seguramente lo habrá leído... ¿No es así don Ultra? ¿Ha leído la Biblia?

—Toda no; — contestó el Fígaro — ¡*pas de* tiempo! No he leído más que la "Confesión del pequeño saboyano", que es sacada de allí.

—¿Y qué le parece? ¿No es más científico "El Judío Errante"?

—¡Toda la vida! ¡qué tiene que ver! En la Biblia *pas de* sustancia. Es un libro clerical, escrito en tiempos del oscurantismo, mientras que "El Judío Errante" es obra del siglo de la Revolución Francesa.

—Excelente paralelo — dijo Bistolfi.

—Manda a decir misia Presentación, que ya el caldo se está enfriando, y llenando de moscas, — agregó la chinita por su cuenta.

Don Pedro dió un salto.

—¡Amigo! ¡el caldo se nos enfría!

Se levantaron el conde y él. Misia Presentación se había asomado a la puerta, y les gritaba:

—¡Señor conde! ¡Pedro! ¡vengan a la mesa!

Se despidieron y cruzaron la calle, Bistolfi lleno de melindres para no empolvarse los zapatos, y don Pedro sin importársele de los terrones que aplastaba con sus gruesos botines de elásticos.

Misia Presentación, por agasajar al conde, lo ubicó a su lado, junto a la sopera humeante y sustanciosa, que ella administraba.

Pulgarcito no había concluído de levantarse, pero no

tardaría en caer, al olor de las humitas en chala, de todos los viernes.

Empezaron a comer, haciendo el gasto de la conversación la dueña de casa y el visitante; don Pedro comía, soplando las copiosas cucharadas, y callaba, tratando de fijar en la memoria el paralelo que don Ultra hiciera tan concisamente de la Biblia y de "El Judío Errante": "la Biblia *pas de* sustancia..."

Laura lo miraba con pena: — ¿Seré yo la que tenga que causarle el gran dolor de revelarle la verdad?

Agotada su ración, don Pedro no pudo contener por más tiempo las ideas que le zumbaban bajo el cráneo, y dijo:

—Yo soy hombre de mi siglo. Amante de la ciencia y de la humanidad. ¿Qué más podría agregarme la Biblia, aunque la supiera de memoria?

—Así es, — confirmó Bistolfi, meneando la cabeza de arriba abajo y sonriendo a las damas. — Además la Biblia tiene episodios muy escabrosos: acuérdese de la casta Susana...

—Sí, sí; — dijo don Pedro.

—¡Y de la Corte de Faraón...! — agregó Pulgarcito, que acababa de entrar bostezando. — ¡Compañero Bistolfi, se le saluda! — Le descargó un puñetazo en la espalda. — ¿Cómo está la inmarcesible condesa?

—Bien, bien; recordándolo mucho...

—No tanto como yo a ella. Precisamente esta noche dan en el Mayo "La Corte de Faraón", ¿quiere que vayamos? ¿papá, mamá, Laurita, vamos? El señor conde tiene un palco...

El conde se resignó a ser el invitante, pero don Pe-

dro, que se acostaba con las gallinas, declinó el ofrecimiento, alzando las manos, como si acabara de decir *"Dominus vobiscum"*.

—¡No, no! Esos episodios bíblicos no son aptos para familias. Esto es lo que quisiera hacerles entrar a mi mujer y a mis hijos, que son demasiado clericales.

—¿Yo clerical, papá? — protestó Pulgarcito, — ¡cuando comparto casi todas tus ideas!

Don Pedro no quiso interrumpirse, porque en ese instante llegaban las humitas en chala, que no le dejarían espacio para hablar.

—La instrucción vale más que el catecismo: porque la moral es una ciencia, y no se aprende en la doctrina sino en las aulas...

—¿Quién dice eso, papá? — interrogó con mucho interés Pulgarcito.

—Yo lo digo. También lo ha de decir Eugenio Sue en "El Judío Errante", pero todavía no he llegado al capítulo en que trata de la moral.

—¡Me gusta eso de que la moral sea una ciencia!— exclamó Pulgarcito frotándose las manos. — Como nadie está obligado a ser sabio... Ya andaba yo maliciando que la moral es una ciencia, porque me revienta lo mismo que la geometría...

—Mis hijos, — observó don Pedro apesadumbrado, — no han sacado mi cabeza. Solamente Matilde es amante de la instrucción. Allí la tiene usted, señor conde, labrándose un brillante porvenir en el extranjero.

—¿Cómo? — dijo Bistolfi, sin reparar en las furiosas guiñadas de Pulgarcito.

—Debe andar ya por Estados Unidos, — explicó don

Pedro, desatándole la faja a una humita, y hundiendo el tenedor en su vientre cálido.

—¡Pero si yo anoche he comido con ella! — dijo pausadamente el conde.

—¡Bruto, bruto! ¡Triple sec! — le sopló Pulgarcito. — ¡clave su pico en la humita!

—¿Qué está diciendo? — interrogó don Pedro, llevándose la mano a la frente.

Y antes de que Pulgarcito amordazara al inocente conde, en medio del espanto de misia Presentación y de Laura, remachó el clavo con lo mejor de la noticia:

— ¡Cómo no! dos veces por semana comemos con ella, en casa de mi hijastro Mario Burgueño...

Don Pedro alcanzó a ver las palomas de la torre, que revoloteaban en el cuadro azul, recortado por la ventana, sintió un frío en la frente, terrible como si los sesos se le hubieran congelado, y cayó redondo, con el tenedor en la mano crispada y rígida, barbotando palabras ininteligibles.

Bistolfi comprendió su plancha, recogió el sombrero y el bastón y salió despavorido antes de que Pulgarcito le propinase las merecidas patadas.

Pero ni Pulgarcito, ni misia Presentación ni Laura se acordaron de él, atendiendo sólo a levantar el pesado cuerpo de don Pedro, a instalarlo en su cama, a darle fricciones, y a correr a la botica y al almacén de la esquina para llamar a Link por teléfono.

—Un ataque de apoplegía — diagnosticó Link al observar el rostro congestionado, la desviación de las fac-

ciones, la insensibilidad parcial, la respiración ruidosa.

—¿Le han dado alguna mala noticia?

No se animaron a explicarle, porque habrían tenido que mencionar a la ausente, y herir a él, que temblaba ante el sólo nombre de la ausente.

Laura al oír el diagnóstico, pensó que una gran alegría, disipando la horrible impresión de la noticia de Bistolfi, tal vez salvaría a su padre.

Link atento a su enfermo, no advirtió la emoción de su novia, en cuyo corazón acababa de nacer un gran propósito.

—¿Quiere venir a mi pieza, Carlos?

El no presintió, seguramente, las intenciones de la muchacha, y eso a ella la entristeció.

—¡A mí no me comprende! — se dijo desalentada.

Se arrepintió luego de ese rapto de celos, recordando que el pobre Link no comprendió nunca a su hermana y por eso la perdió. Se compadeció de él, con indulgencia maternal, y lo atrajo, y lo hizo sentar a su lado, y le habló con lealtad y con ternura.

—¿Si Matilde volviera a su lado, usted la recibiría?

Link que respondía con su habitual sencillez, sin penetrar el pensamiento de ella, ante esa pregunta vaciló, asustado, como al borde de una verdad recién vislumbrada.

—¡Se calla, no me contesta! — exclamó ella con resentimiento.

No temía Link que fuera una celada, porque conocía la extrema lealtad de la joven; pero tuvo vergüenza de entregarle su secreto, y compasión por ella, cuya

sonrisa iba transformándose en una mueca de infinita desilusión.

—¡Contésteme!

—Yo no tengo más que una palabra — respondió él; — cuando la doy, no la recojo...

—¡Su palabra es mía! — exclamó ella alzando orgullosamente la cara — ¡y se la devuelvo!...

—¡Igual que la otra! — murmuró él aturdido, intentando huir de aquellos ojos dulcísimos, que sondeaban su alma.

—Ahora, — prosiguió Laura sin turbarse, — puede responderme con libertad. ¿Tendría corazón para rechazarla, si ella volviera en su busca?...

El sacudió la cabeza, negándose a contestar.

Un relámpago de ilusión iluminó la frente de Laura:

—¡No la quiere ya! — pensó, y estuvo a punto de ceder a la tentación de no insistir, y abandonar las cosas, sin inquirir cuál fuere la misteriosa voluntad de Dios.

Pero le dió valor el ver de nuevo a su padre, caído como un árbol hechado en la raíz, y la idea de que podía salvarlo.

Se aproximó de nuevo a Link y le dijo:

—Carlos, voy a la botica, para apurar las recetas... Piense en lo que le he dicho... Piense que yo merezco saber esa verdad que me esconde...

—¿Acaso la sé yo? — respondió él vacilando.

Laura lo miró intensamente y salió, dejándolo humillado y estremecido por las visiones que suscitaban sus palabras.

X

Un hombre de honor

Pasado el estupor de esa pregunta inesperada y desconcertante, Carlos Link se sintió punzado por una sorda cólera. Su temperamento reconcentrado no se expandía nunca en frases, ni en gestos; y sus dolores eran pudorosos como sus alegrías.

Salió sin esperar la vuelta de Laura. Nada en su aspecto denunciaba su interna agitación; su imaginación era un mar, cuyas olas se batían sin ruido contra su imperiosa voluntad.

¿Qué le acababan de proponer? ¿estaba en su juicio la pobre criatura, que, con una sonrisa en los labios y un resplandor triste en los ojos, le habló de Matilde?

¡Qué insensatez pensar que pudiera humillarse hasta perdonarla!

No la había olvidado. ¿Cómo podía olvidarla, si en ella se encarnaba la ilusión de su juventud contenida y profunda?

Ni la olvidaba ni quería olvidarla, porque la afrenta fué una lección para su inexperiencia y su ingenuidad.

Todavía temblaba al oír su nombre; y a veces... ¡ay! a veces le parecía que se estaba engañando a sí

mismo, y que festejaba a Laura para libertarse de aquel amor.

El mismo entusiasmo con que hablaba en cartas a sus padres, de su noviazgo, le infundía sospechas, porque no estaba en su carácter.

Para robustecer su voluntad, pensaba en la vida sin honor de Matilde, y se complacía en cargarla de culpas, y como lo que más lo irritaba era el pensamiento de que vivía feliz, imaginábasela bajo la figura de una mujer sin dignidad y sin remordimientos.

¡Oh! si alguna vez nacía en ella el arrepentimiento, y volvía a la casa de sus padres, y se encontraba con él, y le pedía perdón, pondría todo su arte para perdonarla, haciéndole sentir que la despreciaba.

Sólo esa misericordia tendría para ella.

Caminaba apresurado y distraído, irritado consigo mismo, porque no supo contestar a Laura, y la dejó tal vez con la impresión de su debilidad.

Las mujeres más leales, son capaces de las más refinadas malicias.

Link lo sabía como nadie, y con esa exageración de la desconfianza, a que se dejan llevar las gentes sencillas y escarmentadas, estaba dispuesto a recelar de toda acción que no comprendía.

Parecíale, sin embargo, una injusticia dudar de la sinceridad de aquella muchacha, que con tanta dulzura y humildad había curado su corazón.

Si le había dicho: "Perdónela, recíbala", era porque sentía que debía perdonarla y recibirla.

¿Pero cómo podía sentir eso, cuando diariamente

recogía de sus labios las más conmovedoras confesiones de amor? ¿En dónde estaba la mentira?

Llegó a su consultorio, guarnecido de muebles nuevos y sencillos, y se encerró en su cuarto, deseando que nadie le perturbase.

La casualidad quiso contrariarlo, y al poco rato su sirviente le anunció la llegada de un enfermo, y luego de otro y otro, que le absorbieron la tarde.

En distinta ocasión se hubiera alegrado, porque a su padre que le escribía incitándolo a volver de una vez a Helvecia, donde hallaría clientela, respondíale desfigurando la realidad, que en Buenos Aires ya iba consiguiendo lo mismo.

Lo cierto era que una fuerza misteriosa lo retenía en la gran ciudad.

No se atrevía a analizar los motivos indistintos y vagos de una conducta contradictoria con el plan de toda su vida, porque tenía miedo de encontrarse como en una encrucijada, con la humillante verdad: "¡Pobre hombre! ¡confiésate que no la has olvidado!"

Mientras él luchaba con su pensamiento y sus dudas, una débil mujer, sin vacilar, realizaba una jornada infinitamente más penosa.

Laura que no había visto a Matilde en todo ese tiempo, presentía una dura acogida, y la mano le temblaba, al apretar el botón de la campanilla eléctrica.

Salió Dositeo, que la miró sonriendo con una mezcla de desdén y de obsequiosidad, cuando le dijo su nombre.

La presencia de aquel criado, insolente y servil, re-

cordó a la joven que esa no era la casa de su hermana, sino la casa del hombre que vivía con ella, y tartamudeó al preguntar si podía verla a solas.

Dositeo hizo una guiñada imperceptible, y la hizo pasar.

Laura no podía imaginarse a qué bajezas había descendido la voluntad de su hermana, en la terrible lucha que estaba librando.

Sentíase perdida, y se arrepentía de haber buscado el apoyo de Fraser y de haber seguido su consejo de ir a la iglesia. Nadie remediaría su mal. Era estúpido e inútil rebelarse contra el destino. Cuando uno cae tiende instintivamente las manos, buscando algo a qué asirse.

¡Vana ilusión! En ciertas caídas — ¡en su caída! — lo mejor era cerrar los ojos y hundirse oscuramente en el abismo.

Cuando le anunciaron a Laura se imaginó que Fraser había vencido su altivez, decidiéndola a socorrer a la hermana que afrentaba el nombre de la familia; y este pensamiento, en esa hora en que toda compasión la humillaba, llenóla de furor.

Bajó impetuosamente, abrió la puerta de la sala, y se detuvo, en actitud de quien cierra la entrada.

Laura que corría a abrazarla, se quedó inmóvil, ante aquella imagen del orgullo y del resentimiento.

—¡Qué casualidad! — le dijo Matilde, al cabo de un rato de silencio, en que Laura no acertó con la primera palabra de un saludo — ¡estaba pensando en ti!

—¿En mí? ¿he hecho bien en venir?

La terquedad con que la joven seguía interceptando

la puerta, y el fulgor de sus ojos, oscurecidos por el fosco ceño, contuvieron a Laura.

—Pensaba en Fraser, y se me ocurrió que iría a verte, que te contaría lo que yo le he contado y te empujaría hasta el umbral de mi casa...

Soltó una carcajada malévola, adelantó dos pasos y se sentó en un sillón.

—Vamos a ver: ¿a qué has venido? ¿qué te ha contado Fraser?

—Nada; yo no he hablado con él; nadie me ha dicho que viniera.

—¡Qué ocurrencia! Todos han pasado un año sin acordarse de mí, y a todos al mismo tiempo, les ha vuelto la memoria; Fraser, mamá, ahora tú...

—Yo no he hablado con nadie; — repitió Laura, intimidada por tanta desenvoltura.

—Habrás venido como él, a darme consejos...

—He venido porque papá está muriéndose...

Matilde, que tenía por su padre un gran cariño, acrecentado en la ausencia, se levantó de golpe.

—¿No mientes?

—Nunca he mentido, y tú lo sabes. Ha tenido un síncope en la mesa...

—¡Ah! ¿No ha muerto? ¿de veras, no ha muerto? ¿Ha dicho que quiere verme? ¿has venido a buscarme?

—¡No, no, no!

—¿Qué quieres decir? Si no has venido a buscarme ¿por qué estás aquí?

Llegaba el instante de la explicación, y Laura titubeaba. Había dado bien su primer golpe, desarmando

aquella vanidad exasperada, pero no era eso lo más importante.

—¿Me dejas sentar? — preguntó dulcemente, y la otra le indicó una silla a su lado.

—Siéntate... Si fuese verdad que papá se está muriendo, no estarías tan tranquila.

—¡Tú no sabes cómo estoy!

Matilde observó en silencio el rostro pálido, los ojos tristes, los labios dolorosos de su hermana y comprendió que la acusaba injustamente.

—¡Habla de una vez! ¿Qué ha sucedido...?

—Papá recibió en la mesa un mala noticia y cayó redondo...

—¿Qué mala noticia? — interrogó la joven, sospechando lo que era. — ¡dime la verdad!

—A eso he venido: — respondió Laura severamente, — le contaron tu historia.

Matilde se volvió a levantar, como afrentada por un latigazo, y de nuevo su orgullo le dictó la respuesta:

—¡Ah! ¿Has venido a echarme la culpa de la muerte de papá? ¡Si él ya lo sabía todo!

—No; él no sabía nada; no ha muerto; tú puedes salvarlo...

—¿Yo?

—Sí...

—¡Y dices que no has venido a buscarme! ¡y dices que yo puedo salvarlo! ¿quién te comprende? — repuso — Matilde riéndose nerviosamente.

—Oyeme con paciencia: papá no sabía tu historia. Bistolfi dijo una palabra y él se dió cuenta. Si ahora

aparecieras a su lado, con ese traje, con esas alhajas, con esa alegría...

—¿Alegre yo? ¡estás loca!

—¿No estás alegre? ¡Ya me imaginaba! Si ahora aparecieras con esa risa y esa desenvoltura, comprendería que tu caída es irremediable. Pero si fueses de otro modo...

Matilde la interrumpió, lanzando una carcajada estridente.

—¡Caída irremediable! ¡caída irremediable! ¿Y dejaría de ser irremediable esa caída, porque cambiara de traje, y me quitase los aros, y fuese llorando, con cara de monja? ¿Y papá creería otra cosa, que la verdad, y sanaría como por encanto? ¡Qué desatino! Yo iré a verlo tal como estoy, y él sentirá cuánto lo quiero.

—Así no lo sanarás: si con la alegría de verte le llevaras el consuelo de asegurarle que el porvenir de la hija que él ha querido más, no será como él lo presiente ahora, entonces sí, lo llenarías de ilusión.

—¡La hija que él ha querido más! — murmuró Matilde.

—Le volverías la salud, con sólo mostrarle que cambia tu vida.

Matilde levantó bruscamente la cabeza, y dijo:

—¿Qué tienes tú que decir de mi vida?

Laura se había dejado caer hasta el suelo, a sus pies, y le retenía las manos para desarmar su soberbia.

El hielo se fundió en el corazón de la extraviada, y como la otra dijese: "¡Todos en casa te esperamos!", ella se echó a llorar.

—¡No, no! Estoy atada para siempre. ¡Si supieras!...

Laura recordó la discusión con su madre esa mañana, y temió aventurarse demasiado, afirmando que todos la esperaban en su casa. Los que se habían dejado contaminar por la codicia no esperaban que volviera con las manos vacías y sin honor.

—Mamá ya me lo ha contado, — dijo y no tuvo ánimo de seguir.

—¡Ya ves si estoy atada! No puedo dejar de ser lo que soy, ni para ir a cuidar a mi padre.

Fué tan desesperado el acento con que lanzó esta queja, que Laura empezó a besarle las manos llorando.

—Yo te diré lo que has de hacer.

—Si volviese, hasta mi hermano me echaría en cara mi vergüenza; mi destino está fijado; he querido resistir, y he visto que es inútil. ¡Estoy cansada!

—¡Yo te diré lo que has de hacer! — repitió Laura con efusión.

—Has llegado cuando ya no tengo fuerzas.

—Yo te diré también dónde vas a hallarlas.

Matilde sonrió lastimosamente.

—¡Si supieras que he querido confesarme y no me absuelven!

Laura pensó un momento, y dijo sin mirarla, para no aumentar su confusión:

—¿Has hablado con el padre Ramón?

—¿Vive todavía? ¡Hace mil años que nada sé de él! ¿Está siempre a la vuelta de casa?

—Sí, él te conoce desde chica...

—Pero él, también, dudará de mi propósito, cuando

le diga que por salvar mi nombre, que no es sólo mío, sino de mi padre, y de mi madre, y tuyo y de tu novio, y porque me cumplan la palabra que me dieron, tengo que volver a esta casa. Porque sólo volviendo, tendré alguna esperanza de que mi hijo no sea un abandonado...

—¡Escúchame! Habla con el padre Ramón, que podrá creer en tu propósito, porque te conoce, y te absolverá...

—El padre Ramón — respondió Matilde desesperadamente — no podrá torcer la voluntad de Mario. Sólo así puedo salvar a mi hijo. ¡No quiero pensar en esto! ¡Ay, Laura, que ilusión tenía de verlo grande!

—¡Sálvalo! — exclamó Laura conmovida. — Vivirías mil años y no acabarías de llorarlo. ¡Sálvalo!

—¡No, no, no! Me han señalado un camino, y no puedo apartarme. ¿Qué hombre de honor se casaría conmngo si mis culpas tuvieran que aparecer a la vista de todos?

—¿Y el que te mandara sacrificar a tu hijo, sería un hombre de honor?

Matilde tardó en responder, porque esa cuestión hirió sus ojos con vivísima luz.

—¡No, seguramente no! — dijo al rato.

—Y entonces ¿qué derecho tiene un hombre así de señalarte un camino?

Matilde no contestó.

—¡Volvería a engañarte!

La otra siguió callada, y Laura, creyendo que su silencio era docilidad, se atrevió a hacer la dolorosa propuesta en que sacrificaba su propio corazón.

—Yo conozco un hombre de honor que se casaría contigo.

—¿Tal como estoy? — preguntó Matilde con despiadada ironía.

—Sí; un hombre que cree que el honor está en el fondo de las cosas, no en las apariencias.

Matilde, cuyos labios temblaban ligeramente, la miró y su gesto fué brusco y receloso.

—¿Quién es ese hombre de honor?

—Carlos Link.

—¿Ya te has aburrido de él?

Laura, herida por el sarcasmo, logró contenerse y declaró con dulzura:

—¡El te quiere siempre!

—¿Me quiere siempre? ¡Quién lo hubiera dicho! Se resignó como un cordero, no se vengó, ¿y ahora se siente con ánimos para desafiar el mundo casándose con una abandonada, y dándole nombre a su hijo?

—¡Nunca supiste cómo te quiso! — respondió Laura, y su palabra fué una queja contra ella y también contra él. — ¡Ni él mismo sabe cómo te ha querido! ¡Yo sí! ¡Yo sí!

En esta afirmación vibraba el orgullo de su corazón, por haber penetrado los secretos del hombre, a cuyo amor renunciaba.

—Y a ti, su novia, ¿no te ha querido?

—En mí ha querido tu recuerdo.

Los ojos tristes se escondían para no revelar la contradictoria ansiedad de aquella alma, que deseaba persuadir y no persuadir...

—¡No se ha vengado!

—¡No, no se ha vengado! Ahogó su dolor, para no envolverte en el escándalo. Ya verás, la vida misma, lo vengará mejor que su propia mano...

—Si me ha querido así, no podrá perdonarme.

—Te diré donde vive, para que vayas a verlo.

—¡Me echará! Si tiene la menor dignidad, me despreciará.

—Le confesarás la verdad; tu hijo será tu defensa. El honor para él no se funda en la mentira. ¡Y te quiere...! ¿De veras, no comprendiste nunca cuánto te quería?

—¡No tengo fuerzas!

—El padre Ramón verá tu dolor y tu propósito y te absolverá.

Pasaba el tiempo, y era de temer que el dueño de casa volviera y se encontrase con Laura.

Se despidió ésta, y sintió en el largo abrazo, los latidos del corazón donde había sembrado su esperanza, y salió conteniendo el llanto, como un niño que acaba de entregar sus juguetes, que son toda su dicha.

¡No habría sido imprudente al prometer un perdón que no estaba en su mano? ¡Dios diría!

Esa noche fué de nuevo Link a examinar al enfermo; pero, hallándolo mejor, no quiso detenerse. Laura se quedó intranquila.

Al día siguiente, por la mañana, lo vió llegar de nuevo, pálido como si no hubiera descansado un minuto. Don Pedro había pasado penosamente la noche, pero se durmió al alba y Link no quiso despertarlo y volvió a salir.

Laura lo siguió llena de angustia, y le habló en la puerta.

—¡Carlos! ¿No tiene nada que decirme?

—Sí, tendría mucho que decirle; pero le hablaría de usted... — contestó él sin volverse.

—¿Está resentido porque le hablé de Matilde?

—¡No me hable más de ella! ¡hábleme de usted!

Aunque había renunciado a él sintió Laura una intensa alegría; pero no quiso gustar su dulzura.

—¡Sólo usted puede salvarla! ¿No era verdad que la quería tanto? ¡Si usted no la salva, se perderá para siempre!

El huyó perseguido por el rumor de estas palabras.

En su casa le anunciaron que una muchacha había ido en su busca, y por la descripción que le hicieron, comprendió que era *ella*.

Salió de nuevo y vagó sin rumbo hasta cansarse, y sólo volvió a su casa cuando entraba la noche.

En la salita de espera aguardaba una mujer, cuya figura se borraba en la sombra.

Pero él la reconoció. Se le acercó y al tomar su mano temblorosa y helada, todo su encono se desmoronó como una torre de arena.

—El padre Ramón... — balbuceó ella, — Laura, también, me han dicho que venga...

El inconscientemente, quiso calentar aquella pobre mano y se puso a besarla.

—¿Entonces no es mentira lo que me han dicho? — exclamó la muchacha, sin levantar los ojos, — ¡he tenido tanto miedo para venir!

Esa misma noche Matilde volvió a la casa de su padre.

Cuando don Pedro sintió pasos que no reconocía, y abrió los ojos y la vió, le tendió los brazos llorando.

—¡Hijita mía! ¡Creía no volverte a ver más!

XI

El encuentro

Llegó el otoño.

Fraser no había podido juntar el puñado de pesos que necesitaba para mudarse de barrio y alejar a su hija de la asechanza de su madre. Sin abandonar su propósito, vigilaba cuanto podía las relaciones de Liana y trataba de adivinar los planes de Beatriz Bolando.

Una siesta, desde su azotea reconoció una muchacha que se detenía ante la puerta de "Lohengrin". Era una costurerita, que alguna mañana había ido en busca de su hija, por asuntos de su oficio.

Intrigado, se quedó largo rato espiando la odiada mansión, y oyendo en el cuarto vecino el laborioso rumor de la máquina de Liana.

No fué inútil su espionaje; una hora después se detenía ante la misma portada el automóvil harto conocido de Mario, y descendía el joven, que entró, sin titubear, como amigo íntimo de la casa.

Liana se aproximó a su padre:

—¿No vas a salir, papá? ¿Quieres que te haga café?

Fraser contestó con impaciencia:

—¡Déjame!

No quería perder ningún incidente de lo que ocurría en aquella casa.

Mario mismo le contó una vez que había estado en una fiesta en "Lohengrin", y Fraser, comprendiendo que el joven quería sondear su pensamiento, no quiso hablar de tal asunto.

Ya no se daban fiestas allí; mas, por lo visto, Mario seguía frecuentando la casa. Fraser sospechó que Liana era el principal objeto de sus conversaciones. Tuvo miedo de perderla, y sin embargo, por no afrontar sus preguntas, no se animó a llamarla para inquirir lo que ella sabía acerca de aquella casa.

Beatriz Bolando tenía la costumbre de encerrarse en el cuarto de pinturas, como llamaban al de la torre, cuyos ventanales se abrían hacia todos los rumbos.

Desde allí se encontraba ligada, en cierta manera, a la vida de Liana; la veía salir, con su paquete debajo del brazo y su porte distinguido, que aun cuando vistiera al igual de una muchacha del pueblo, la hacía inconfundible.

Beatriz, que era una artista despareja, laboriosa e inspirada unos días, y otros aburrida e impotente, pasábase horas espiando la casa de Fraser, negándose a todos, menos a aquella modistilla y a Mario, porque los dos podían llevarle nuevas de su hija.

La muchacha llamábase Delfina Blanco, y había conocido a Liana en circunstancias cuyo relato oyó Beatriz con angustia y dolor.

Fué al comenzar el verano, la terrible estación muer-

ta para las obreras de la moda, cuando el trabajo disminuye y pierden sus jornales.

Liana que buscaba dónde ganar siquiera para el alquiler, leyó un aviso en que una gran tienda solicitaba empleadas.

Acudió llena de ilusión. Al entrar, unas mujeres estacionadas en la puerta, la insultaron, por lo cual se alegró más de que en la tienda la aceptaran. Mas al penetrar en una gran sala, donde estaban en hilera las máquinas, inmóviles, enfundadas, siniestras en su quietud, comprendió que una huelga paralizaba los talleres.

—¿Por qué ha sido? — se atrevió a preguntar.

El jefe, que la acompañaba, encantado de empezar a sustituir el personal huelguista, le explicó:

—Viene el verano, y los pedidos disminuyen. La casa no necesita tantas obreras y por no despedir a la mitad, ha resuelto darles sólo medio día de trabajo, y medio jornal. Pero ellas no lo consienten y se han declarado en huelga.

Liana se quedó callada y pensativa.

—Dicen, — prosiguió el jefe, — que el sueldo entero no les alcanza, y que reducírselo a la mitad es condenarlas a morir. No entienden que la casa no puede sostener obreras que no necesita. No entienden...

—¡No entienden! — repitió Liana, con dolor; — ¡pero es que no pueden entender! Ni siquiera entenderían que yo también tengo derecho de trabajar y de vivir. La miseria es una prisión. Para mí hallar este empleo es como hallar la llave de mi prisión. Y sin embargo...

—¿Va a venir desde hoy? — interrogó el jefe, inquieto por la vehemencia que puso en esas palabras.

—No ,señor. No quiero estar contra ellas, que son mis hermanas. Son injustas; me han insultado al pasar. Si les explicara, no me comprenderían; pero no he de hacerles daño.

Y se despidió desilusionada.

—¡Que suceda lo que Dios quiera!

Una muchacha en la calle, se le aproximó y la injurió. Liana apretó el paso; la otra la siguió, azuzada por las voces de sus compañeras.

La hija de Fraser se paró, y pálida y digna, le dijo mirándola cara a cara:

—¿Por qué me insulta? Yo iba a buscar trabajo, sin saber nada de la huelga. En cuanto he sabido, me he negado a aceptar el que me daban. ¿Por qué, pues, me insulta?

La muchacha se inmutó y se contuvo.

—¿Dice la verdad?

Liana, que la miraba con atención, recordó de pronto haberla visto en el patio de aquel sórdido conventillo de Luis Gabaldón, el tío de su sirvienta Soledad, un día que fué a pedir un socorro para la infeliz.

—Yo la conozco a usted — díjole dulcemente.—¿No es Delfina Blanco? ¿No vive en la casa de Luis Gabaldón? Venga conmigo, voy a contarle por qué la recuerdo.

La muchacha, subyugada, la siguió y se alejaron del grupo airado de huelguistas.

—Hace tiempo fuí a esa casa, para hablar con el dueño. Conocía sus ideas socialistas...

—¡Sí, sí! — dijo la muchacha con una mueca.

—Creí que lo hallaría dispuesto a ayudar a una persona de su sangre, que le sirvió muchos años sin ningún sueldo, y que estaba en la miseria.

—¿La atendió? — preguntó con ironía Delfina Blanco; y Liana, por toda respuesta, sonrió desalentada.

—¿Ese día me vió?

—Al pasar por el patio en busca de Gabaldón, vi algo que no olvidaré nunca, un pobre hombre, sin fuerzas para levantarse de la cama, cosía un traje de encargo, arrimado a la puerta, para tener un poco más de luz...

—Era mi padre—, murmuró la Blanco, — estaba enfermo, tuberculoso..., la enfermedad de los pobres... ¿sabe?, pero no podía dejar de trabajar un minuto... Trabajaba con rabia, tosiendo arriba de las ropas que cosía, para vengarse de los que las compraran. ¡Los discursos que mi padre ha oído desde su cama!

—¿Discursos? — interrogó Liana.

—Sí; en ese conventillo hay una pieza, donde se reúne un comité socialista. Hablan contra las gentes de mala entraña, que estrujan a los pobres. Y no creo que haya propietarios más codiciosos que ese Gabaldón, que es el presidente del comité y el que habla más fuerte. Mi padre lo escuchaba...

—Yo no he vuelto... — dijo Liana, sin atreverse a hacer una pregunta.

La muchacha comprendió, y dijo:

—¡Ya se murió! Debajo del delantal gris del taller, llevo el traje negro.

Seguían caminando apresuradamente. Las facciones hostiles de la joven huelguista, se habían transformado, y aparecían como eran, dulces y tristes.

Liana prosiguió:

—Ese día ví a una muchacha, que entró cantando, con un ramo de flores, y se las dió al enfermo.

—¿Era yo? — preguntó ingenuamente Delfina Blanco.

—Sí, usted.

—¿Le pareció mal que cantase?

—¡No, no! Al contrario. La envidié, porque me imaginé que era la hija de aquel pobre sastre, y admiré su voluntad de fingir alegrías, para consolarlo... Y averigué su nombre.

—¡No, no fingía...! Yo soy así, cambio continuamente. Ya ve; hace un momento la insultaba; ahora quisiera ser su amiga. Usted no tiene trabajo y yo tampoco. Juntas lo buscaríamos. Vivo en la misma casa, en la misma pieza donde murió mi padre; y los sábados a la tarde, cuando no salgo, oigo los mismos discursos que él oía. De todos los que hablan, sólo hay uno que me convence, porque, sin duda, cree lo que dice. Es Fermín Velarde.

—Lo conozco; — dijo Liana — es amigo de mi padre.

Desde ese día la muchacha del pueblo, Delfina Blanco, y la pobre y aristocrática Ana Lía Fraser, se hicieron amigas y juntas solicitaron trabajo, hasta que

una casa de modas empleó a la Blanco, y consintió en enviar costuras a Liana, que trabajaría a domicilio.

Por ese tiempo Beatriz Bolando buscaba a su hija. Quería hallarla en otro lugar que en la casa de su padre; pero antes necesitaba conocer qué sabía ella de su historia y cómo la acogería.

Para aproximársele se mandó a hacer trajes en aquella casa, y pidió que se los enviaran a "Lohengrin", con la compañera de Liana.

—¡Hoy tengo que probar un traje a una señora que vive cerca de tu casa, y que se te parece como si fuese tu madre!

Ana Lía oyó estas palabras con viva ansiedad, y cerró los ojos. Todo giraba a su alrededor. Se iba a traicionar... Pero tuvo fuerzas para callarse. Mucha oscuridad había aún en su corazón, pero ya presentía la historia de aquella mujer, y la amaba instintivamente, y aunque no conocía cuál era el crimen que cometió contra su padre, estaba resuelta a alcanzarle el perdón.

Beatriz Bolando interrogó y ganó la voluntad de la empleada, que en dos o tres sesiones de prueba, le refirió cuanto sabía, y le prometió guardar secreto acerca de lo conversado.

Y así lo hizo. Liana miraba a su compañera con ardiente curiosidad, sin interrogarla, intrigada por su reserva, y cada día más inquieta por la actitud de su padre, a quien la sola vista de la torre de "Lohengrin", encendía en un reconcentrado furor.

A menudo lo sorprendía en la ventana del cuarto que

fué suyo, y que era de él ahora, acechando lo que pasaba allí.

Una vez no pudo callarse más y habló a Delfina Blanco.

—Yo quisiera ver a esa señora que vive en "Lohengrin".

—También ella quiere verte, — contestó la muchacha sorprendida.

Y se quedaron calladas, como si ambas a un tiempo hubiesen violado un pacto. Delfina dijo luego:

—Mañana sábado, en casa hay una reunión de ese comité.

Pronunció con odio las palabras *ese comité,* porque tenía los oídos llenos del rumor de aquellos discursos humanitarios, y el corazón amargado con el recuerdo de su padre, que había muerto esquilmado por uno de los que hablaban allí de amor y de justicia.

—Velarde va a dar una conferencia. ¿Nunca lo has oído? Vale la pena, por que él dice lo que siente.

Liana se había ruborizado, recordando una conversación de ella con aquel amigo en quien pensaba mucho y que ahora frecuentaba su casa.

Una vez ella le reveló su propósito: "Yo no me casaré hasta que haya encontrado a mi madre". "¿No murió?" — le preguntó él, pasmado por la extraña revelación; y ella respondió: — "Estoy segura de que vive". El era tímido, y le costó un heroico esfuerzo decir una sencilla palabra, para obtener de ella una promesa: — "Si su madre vive, y yo se la devuelvo ¿con qué me pagaría?" Liana seria y conmovida, a pesar de que él sonreía, para atenuar el efecto de su

pregunta, contestó tendiéndole la mano, como para firmar un convenio: — "Yo me casaría con el hombre que me devolviera a mi madre..."

Ignoraba qué pasos había dado Velarde en tal sentido; y al escuchar la invitación de su amiga, asoció la imagen de él, y la de la señora de "Lohengrin".

Miró fijamente a Delfina, para que no le escondiera la verdad.

—Esa señora va a ir... ¿No es cierto?

—Si.

—Yo también iré, — contestó Liana.

Por eso al día siguiente, Fraser desde su ventana, vió a Delfina llegar a la casa de su mujer.

"Lohengrin" había vuelto a ser la mansión clausurada y misteriosa, como en los tiempos de abandono. Ya no se daban fiestas en ella, y de noche sus paredes ennegrecidas por el moho, se borraban entre la oscura arboleda.

—Beatriz Bolando cambia de vida, — decían las gentes.

El jardinero japonés que rastrillaba las piedritas de los caminos, apenas contestó el saludo de la muchacha, que permanecía indecisa un momento. ¿Quién la llevaría ante la señora?

Sentíase el hálito del otoño. Una arista de hielo cortaba el ambiente dorado y tibio de la tarde; y tal silencio envolvía los jardines, que cuando el jardinero detenía su rastrillo, se oía saltar a los gorriones sobre las hojas secas del suelo.

Beatriz Bolando, oprimida por la poesía melancólica de su palacio, se refugiaba en la torre. Para aliviar

su aburrimiento, pasaba horas pintando, y aunque no era una gran artista, sentía y expresaba el alma del color.

Vió a Delfina, se asomó y le hizo una seña. Una criada mostró a la joven la escalera por donde se subía, pero no la acompañó.

La servidumbre que antes pululaba en "Lohengrin", y se precipitaba al encuentro de los visitantes, ahora escaseaba, como si su dueña quisiera rodearse de silencio y de quietud.

Beatriz Bolando acogió a la muchacha con indisimulada ilusión, y cuando supo que esa misma tarde se le ofrecería la ocasión de mostrarse a Ana Lía, se puso mortalmente pálida.

—¿Con qué le voy a pagar, Delfina, el favor que me hace? — murmuró tomando las manos de la joven —¡Usted no sabe por qué quiero verla! Cuando sepa...

—Sí; — respondió Delfina — si sé...

—¿Sabe quién soy yo, para ella?

—Sí, señora.

—¿Sabe que soy su madre?

—Sí, señora. Ya mucha gente en Buenos Aires, lo sabe...

—¿Y ella, Liana?

—No sé, — contestó la muchacha, que verdaderamente ignoraba hasta qué punto se había aclarado en el alma de su amiga aquella sombría historia.

Llamaron a la puerta, y Beatriz Bolando se volvió a sentar ante el caballete.

Todo cambiaba en ella, sus trajes, su fisonomía, su

acento. Su voz no era ya pueril y afrancesada, lo que antes prestaba cierto encanto artificioso a su conversación: era ardiente y contenida.

—¡Adelante! — dijo, adivinando quién era.

Entró Mario.

En los labios de Beatriz no vibraba ya ese imperceptible desdén con que las malas mujeres acogen a los hombres, por que han conocido su miseria. Muy ciego habría estado el joven si no hubiera advertido la transformación que experimentaba su persona y su existencia; pero él también cambiaba.

Delfina Blanco saludó y se fué. Beatriz dejó la paleta y sin soltar el pincel, tendió a Mario la mano izquierda, en un ademán elegante y familiar.

—¡No te esperaba!

—He venido a traerle una buena noticia.

Un resplandor iluminó aquella frente, y Mario se apresuró a explicarse:

—¡No, no! perdóneme; la noticia es buena para mí, no para usted.

—¿Qué pasa? — preguntó Beatriz dejando el pincel, y volviéndose enteramente hacia Mario, que arrimaba al al caballete un silloncito.

—¡Que soy libre, libre, libre!

Ella, interesada sólo por las cosas relacionadas con Liana, recibió friamente la nueva.

Recogió el pincel, y dijo:

—¿Se casaron ya?

—Si, ayer; y anoche mismo él se la llevó a su Helvecia. ¡Libre, pues, de pesadillas y de remordimientos! Felicíteme, Beatriz.

Ella le echó una ojeada escrutadora.

—¿Enteramente libre de remordimientos?

—¡Como un recién nacido! Yo siempre he asegurado a mis amigas que soy mascota para ellas. Hasta ahora ninguna ha dejado de encontrar al final del camino, una coronita de azahares, más o menos inmaculados. ¿Qué remordimientos puedo tener?

Beatriz se puso a pintar: Mario observaba su perfil nítido, sus cejas juntas, su boca enérgica y muda. — "¡Cómo va cambiando esta mujer!" — y creyó necesario abandonar su tono chancero.

—¿No cree que esto me acerca un poco a Liana?

—No sé, no sé, — respondió Beatriz, dando sobre la tela nerviosos toques de pincel.

—Hasta ahora no la he hablado, porque ella conocía la historia con la pobre Matilde. Pero como ya es agua pasada....

Beatriz se volvió hacia él rápidamente.

—¿Vas a hablarla ahora?

—Haré lo que usted me aconseje. Tengo fe en su política.

—¡Yo no la conozco! — exclamó Beatriz, abandonando el pincel, desmayadamente. — Yo no puedo aconsejarte. A veces querría que llegara a ser tuya, porque siendo así no sería mi enemiga... A veces pienso que la harías desgraciada...

—¿Por qué piensa eso? — le reconvino él, mortificado — ¿qué hay en mí que la inquiete?

—¡Frialdad y egoísmo! — contestó Beatriz; y los dos quedaron callados; hasta que ella posó en él los ojos ardientes, como para endulzar el agravio.

—No te resientas, porque ser egoísta y frío, es ser elegante.

Él se desentendió de aquello, y dijo:

—¡Qué mujer extraña es usted! Siendo capaz de todas las hazañas, no ha logrado cambiar una palabra con su hija.

Tentaba su audacia, confiando en su ayuda, si volvía al hogar de Fraser.

Comenzaba a recelar de su porvenir. El casamiento de Matilde con Link, una liberación para él, no le causó la alegría esperada. A veces le entraba el desencanto de la soledad; y se imaginaba que el amor de Liana renovaría las fuentes de su vida.

—¡No la he hablado todavía, porque no conozco su corazón! — pensó con dolor Beatriz, pero no lo dijo. Alejóse del caballete y fué a sentarse en un diván.

—¿Quién es Velarde? — preguntó de repente.

Mario percibió alguna intención oculta, y respondió con acento liviano:

—¡Me parece que usted sabe mejor que yo quién es Velarde!

—¿Nunca lo has oído nombrar?

—Sí; pero no le conozco más que el apellido.

—¿Es un amigo de Fraser?

—Así creo.

—¿Y es amigo de Liana?

Mario no disimuló ya su inquietud, y suplicó:

—¡Usted sabe más que yo sobre estas cosas! ¡Cuénteme lo que sepa!

Un hondo interés se dibujó en las expresivas faccio-

nes de Beatriz. "Yo lo creía incapaz de enamorarse" pensó: — "Verdaderamente Liana lo ha cautivado".

—He oído decir que Velarde visita a Liana.

—¡Pobre muchacho! — díjole, aligerando con una sonrisa la impresión que debía causarle su revelación:

—¡Bah! — exclamó él, tratando de fingir aplomo.— Yo también he oído decir eso. Pero es un gato, sin apellido, sin relaciones sociales, que vive de un sueldito, y que para colmo es socialista. ¿Quién le ha hablado de Velarde?

—No recuerdo, — contestó ella.

Sus ojos buscaron, por encima del caserío, la ventana del cuarto de su hija. Sus cristales enviaban el reflejo del sol hacia la oscura torre de "Lohengrin".

Beatriz percibió ese rayo tibio, que venía hasta ella, y le pareció de buen augurio, como si fuera el pensamiento misericordioso de su hija.

Miró la hora en su reloj-pulsera.

—Tengo que salir.

Mario se levantó y murmuró con resentimiento:

—¡Todo cambia en su vida! ¡hasta las horas de salir!

—Es que mi corazón ha cambiado.

—Ya se ve. Antes no tenía conmigo esos tapujos.

—¿Lo dices porque no te digo quién me ha hablado de Velarde?

—¡No me interesa ese tipo! — respondió bruscamente encogiéndose de hombros, y salió.

Beatriz se había echado a reir de su actitud.

Ahora que su camino se cruzaba con el de ella, ¿no se le opondrían obstáculos imprevistos? ¿Qué sabía, qué pensaba, que sentía Liana de su madre? ¿Cómo

obraba sobre su corazón el inextinguible rencor de Fraser?

Beatriz miró de nuevo la hora, calcinada, como un amante, por la impaciencia de la cita.

Sus inquietudes hubieran crecido infinitamente, si hubiese podido ver lo que ocurría detrás de aquella ventana bañada de sol.

Fraser, que había visto salir a Delfina, de pronto oyó su voz en la escalera de su propia casa.

Hablaba con Liana. El se acercó, mas no pudo percibir lo que decían. Sólo observó, cuando la muchacha se fué, que su hija quedaba desazonada, como si la agitara un oculto propósito.

Volvió a su sitio y tomó un libro y fingió sumergirse en la lectura. Tan pequeña era su casa, que desde su silla, vigilaba las andanzas de Liana, aunque no la viese.

La sintió ir y venir en su dormitorio y abrir su ropero. — "Va a salir" — se dijo.

No podía dudar de que Beatriz Bolando ansiaba encontrarse con ella. Cascarini, que era un excelente vigía, le advirtió una vez que uno de los japoneses de "Lohengrin", rondaba la casa.

Estaba seguro de que el primer encuentro no se había realizado aún, pero eso no podía tardar. Aunque él huyera de la ciudad y se enterrara en el campo, ella, omnipotente por su riqueza, descubriría su refugio.

¿Qué habría hecho él, si una noche, al volver a su casa, los ojos radiantes de Liana le hubiesen revelado el encuentro? "¡He visto a mi madre! ¿Por qué

me dijiste que había muerto? ¿Por qué me engañaste?"

En una sola mirada, sin hablar, ella le arrojaría esta imprecación, y él no tendría más remedio que manchar sus oídos con su historia miserable, y decirle después: "Elige entre ella y tu padre."

—¿Papá, no vas a salir?

Por la inquietud de Liana, que lo hablaba, poniéndose el sombrero, sospechó que el temido encuentro iba a realizarse.

—¡No! ¡no voy a salir!

—Yo sí — dijo ella emocionadísima.

—No, tampoco tú.

—¡Papá..!

—¡Liana! ¡no quiero que salgas!

—Papá, tengo que ir a casa de esa chica; vino a buscarme; tiene trabajo para mí.

—¿Dónde vive?

—En la fonda del tío de Soledad...

Empezaba a temblarle la voz. Para hacer más explicable su turbación, reveló una parte de la verdad.

—Papá, no te enojes; quería oír un discurso de Velarde. Va a hablar allí, en el comité socialista... Quiero saber cómo habla a esas gentes llenas de odio, un hombre como él, que tiene corazón...

Fraser la interrumpió violentamente.

—¡Qué te importan esas cosas! ¡estás mintiendo! ¡no quiero que salgas!

Liana se quitó el sombrero, arrojó sus guantes, en un ímpetu de cólera, y se refugió en su cuarto.

Por primera vez pensó que su padre era injusto con ella.

Al cabo de algunos minutos, Fraser fué en su busca, vió cerrada su puerta y la dejó.

Acababa de detenerse frente a "Lohengrin" el automóvil de Beatriz Bolando.

—No hay duda, — se dijo, — iban a encontrarse, en aquella casa. Pues bien, *ella* se encontrará conmigo.

Se imaginó la escena, y experimentó un gozo vehemente, al imaginar que no se traicionaría, y que podría acercársele sin temblar ni de amor ni de miedo, y matarla, si convenía en ello su justicia.

En la calle, Cascarini lo llamó, para mostrarle la fugitiva sombra del japonés, que acechaba el lugar.

Fraser se echó a reir.

—¡Yo le quitaré las ganas de espiarnos! ¡Tendré que torcerle el pescuezo, como a un pollo!

Y tomó el camino de la fonda de Luis Gabaldón, contigua a la cual estaba el salón dónde se reunían los socialistas, y donde hablaría Fermín Velarde.

Mientras él, sañudo y violento, caminaba al lugar de la cita, Beatriz aguardaba el minuto en que debía salir. A cada instante miraba el reloj: el motor del auto roncaba a su puerta. Se apearía del coche antes de llegar. Vestida sencillamente, pasaría quizás por una curiosa, que se detiene ante un club, para escuchar un discurso. Delfina la haría entrar al conventillo y la conduciría a su cuarto, donde hallaría a su hija...

Mil años de pecados se hubieran disuelto como una gota de lodo, en el mar del nuevo amor que llenaba

su alma. Sondeaba el pozo de su culpa, y lo encontraba más lleno de obstinación y de soberbia que de alegrías. Pero el éxtasis que le infundía el pensamiento de ver a su hija, la humillaba y la purificaba.

Se echaría a sus pies y aguardaría su sentencia. Por mucho que su padre influyera sobre ella, su corazón la juzgaría con más misericordia que los jueces del mundo. Al pensar en su marido recordó las palabras que éste le dijo, cuando se atrevió a subir la estrecha escalera de su casa, para implorarle: "La mujer adúltera no tenía collares de perlas y los que la seguían llevaban piedras en la mano."

Ella también había renegado ya de sus collares y estaba dispuesta a ser apedreada, si su hija la condenaba. Pero no sería él, ciertamente, el que primero podría herirla.

No todo el fardo de la culpa debía cargarse sobre ella. Su ceguera, su ambición, su frivolidad, nublaron su conciencia; pero antes el egoísmo y la despreocupación de Fraser, habían labrado el terreno donde prosperaron los vicios triviales de todas las mujeres.

El, que la amaba, no fué capaz de sacrificarle uno solo de sus gustos, ni de sus hábitos; y la dejó librada a su aturdimiento, porque no tuvo paciencia para enseñarla.

Contrastando con el espíritu claro, como una lente, de Fraser, ardía la fantasía de ella, poblada de visiones incoherentes y románticas.

Los años y el dolor no parecían haberlo cambiado, porque cuando ella. agobiada por el arrepentimiento

llegó hasta su umbral, él se levantó como un justiciero y la expulsó.

¡Ay!, para hacer obra de justicia se necesitaba ser justo, y él no lo era.

Llegó la hora y salió. En el sitio en que se apeó, obreros que acudían a la conferencia, le indicaron la puerta de Luis Gabaldón.

Como un centinela estaba allí Fraser, en el zaguán hacía tan largo rato, que empezaba a recelar de su propia sagacidad.

El sol se entraba; las calles se ennegrecían y se borraban los perfiles de las cosas.

Una vez Delfina Blanco se asomó, y espió las gentes que llegaban de uno y otro lado. Fraser, para no ser visto, se metió en el salón de la fonda.

—Ella también *la* aguarda — se dijo.

Sentados ante una mesita, con vasos y una botella, los obreros de blusa azul conversaban en voz baja, indiferentes a los discursos que otros obreros escuchaban con avidez en el salón contiguo.

Una lamparilla eléctrica alumbraba el local, dejando oscuros los rincones. El mozo que servía, desde la puerta del patio, presenciaba la asamblea de los socialistas.

Les hablaba un hombre bajo, de mejillas carnosas y pálidas, de risa amarilla, de ojos enconados. Vibraba en él la pasión de toda la clase, y por eso tenía un ascendiente inmenso.

La voz nasal no atenuaba los sarcasmos que iba des-

parramando como granos de cizaña, a lo largo de su discurso.

Fraser prestó su atención, cautivado un momento por aquella oratoria clara y mordaz, que mutilaba las verdades y envenenaba las heridas, como un cuchillo herrumbrado.

Luego se encogió de hombros y volvió a su sitio.

Nadie aún.

Sonaron aplausos en la sala y se inició otro discurso.

Fraser reconoció la voz cálida y persuasiva de Velarde. Era sin duda un sincero apóstol y un gran orador. Humeaban las ideas bajo el martillazo de sus imágenes ardientes.

Fraser no lo atendía.

Todas sus potencias pendían del encuentro que iba a tener.

No obstante alcanzó a oír algo, que se le quedó en la memoria, aunque en ese momento no penetró su sentido, ni se dió cuenta del coraje con que fué arrojado desde aquella tribuna, que acababa de dejar el hombre de risa amarilla y de mejillas pálidas.

"No los mueve el amor sino la envidia. No aman la justicia, sino la popularidad. Capaces de insultar a un rey, son incapaces de decir al pueblo una verdad..."

En ese instante llegó Beatriz a la puerta del zaguán. Cuando iba a entrar, Fraser la cogió del brazo y la detuvo.

XII

El holocausto

En el rincón de la fonda seguían enfrascados en su conversación los dos obreros. De cuando en cuando llamaban y el mozo llevábales otra botella de cerveza, y volvía a su lugar, a escuchar los ruidos de la asamblea. Nadie advirtió la entrada de Fraser, que señaló imperiosamente una banqueta a su mujer.

—Siéntate... ¿A qué has venido?

Beatriz obedeció, pero ni una palabra salió de su boca. Estaba aturdida o quería reflexionar. El se echó a reir malévolamente; le apretó la mano contra la tabla de la mesa, como si quisiera aniquilarla, y palideció a su contacto.

—¡Has venido en busca de mi hija y me encuentras a mí!

—No lo siento, — dijo ella, — también a tí quiero hablarte.

—Ya no hay nada común entre los dos. Una conversación nuestra sería inútil y fatigosa, como si rodaras piedras arriba de un monte. A tu edad y a la mía cuesta tanto el mentir...

—Lo que tengo que decirte, — manifestó Beatriz, con mansedumbre, — no es una mentira.

El se quedó mirándola, sorprendido de tenerla a un palmo de distancia y de no sentir los impulsos que esperaba. Había perdido su furia en la espera; y estaban allí frente a frente, como dos camaradas, que han bebido juntos y que hilvanan palabras ingeniosas.

Si alguno de sus amigos del club, de los que conocían su historia, pispara la escena, ¿qué comentarios no desparramaría? ¿Pero acaso tenía él amigos? Los que se encontraban con él, le sonreían, más porque temían su franqueza que porque gustaran de su conversación.

"Pensarán que me ha seducido con la herencia de sus amantes."

Esta idea lo inquietó, pero logró dominarse. Tenía interés en descubrir los planes de aquella mujer, y hasta qué punto había llegado en sus relaciones con Liana.

—Si buscabas a mi hija, has perdido el tiempo: no la dejé venir porque supe con quién se encontraría. Si me buscabas a mí, aquí me tienes.

El desprecio, el asco voluntariamente exagerado con que él dijo esas palabras, produjeron en Beatriz una singular impresión. Al decir "mi hija", fué tan excluyente el gesto con que él apoyo el pronombre *mi*, que ella, la madre, se sintió miserable entre todas las mujeres y perdió toda esperanza.

—¡Dios mío! ¡qué podré decir que no sea en mi contra!

—Dios no te oye: vives muy lejos de El para invocarlo.

Beatriz se atrevió a alzar los ojos.

—Eso no es verdad — dijo. — Porque mientras más hundidos estamos en la desgracia, más cerca andamos de Dios.

De nuevo se rió Fraser, con su risa implacable.

—¡Hundidos en la desgracia y en el arrepentimiento! has debido decir. Pero tú ¿cómo has de arrepentirte de una vida triunfante, que estimula a todas las pecadoras de Buenos Aires?

—Ya mi casa está cerrada, como si nadie viviera en ella, y tú lo sabes.

—El hastío no es el arrepentimiento, — repuso él con crueldad.

—¡Tú no ves las almas!—replicó ella dolorosamente.

Fraser hizo un gesto de fastidio.

—¡Explícate!

—Yo no sé explicarme — respondió ella con emoción. — Todo lo que yo diga será otra cosa de lo que es. Será más, será menos, pero no será lo mismo. Nunca por mis palabras podrás saber lo que siento. Si me perdonaras y volvieras a quererme, sin duda lo comprenderías...

Se tapó la cara y Fraser aturdido, vió que algunas lágrimas brillaban entre sus dedos, limpios ahora de toda joya.

Era ya de noche. Amenguábanse los rumores de la calle y el aire delgado y fresco desparramaba a mayores distancias la voz ardiente de Velarde, que seguía clamando en una sala, desierta a medias.

"¡Culpables de orgullo los pobres al igual que los ricos! La sola diferencia está en que los ricos son soberbios al tratar con uno solo de vosotros, pero son

cobardes y humildes, cuando tratan con toda la clase obrera. Vosotros, a la inversa, sois obsequiosos y serviles, cuando os dirigís a ellos, de hombre a hombre. Con una propina os seducen. Pero sois orgullosos para toda su casta, y dejaríais perecer de hambre a sus niños y a sus mujeres. Más que pan, el pueblo necesita verdades: y nadie se las da, ni ellos, porque os adulan, ni nosotros porque os engañamos. Y la adulación al pueblo es más vil que la adulación al rey, porque es más necia..."

Cada párrafo caía en un silencio hostil de la asamblea, cuyas filas se iban clareando.

Los dos obreros que bebían dentro de la fonda, callaron un momento para oír; pero la novedad de aquellos apóstrofes los desconcertó.

—No habla de nosotros — dijo uno.

—Ni para nosotros — respondió el camarada; bebieron un trago y prosiguieron su conversación.

Un pensamiento trivial y molesto como una mosca, zumbaba en el espíritu de Fraser. "Si Velarde me viera departiendo con mi mujer, ¿qué diría?"

Beatriz bajó sus manos pero no se atrevió a alzar sus ojos. Y dijo:

—En la vida no se pasa más que una vez por el mismo lugar. Lo que yo siento ahora, nunca lo he sentido; y lo que antes sentía no lo sentiré más.

—Ese hombre que habla allí — contestó Fraser, — es mi amigo, y sabe tu historia. Si yo te escuchara y te creyera, él pensaría que me has seducido con tu riqueza...

—No pienses en lo que otros pensarán, porque no sabemos ni lo que pensaríamos nosotros mismos. Ni mis ojos ni los tuyos, alcanzan a ver lo que ocurriría... Piensa en... tu hija...

Vaciló al decir esa palabra, y Fraser que habría protestado si hubiera dicho "mi hija", se encolerizó también de que la designara de ese modo, como renegando de ella. Todo, lo blanco y lo negro, el pro y el contra, le servía en ese instante, de pretexto para rechazar a la que imploraba su perdón.

—Si tú has perdido el juicio, yo no — dijo impetuosamente. — Todo nos separa...

—¡Todo no! — le interrumpió ella. — Hay algo que todavía nos une. Me hablas de *tú*. ¿Por qué me hablas de tú, si te soy extraña? ¿Cuándo aprendiste a tratarme así? Fué cuando comprendiste que me querías...

El se rebeló contra la sugestión de esa palabra, y replicó desdeñosamente:

—No te odio, te desprecio.

—Pero no es desprecio lo que se siente en tu voz, Roberto, es orgullo

—¡Llámale como quieras!

—Es orgullo y es miedo...

—¿De qué podría tener miedo? — preguntó Fraser, creyendo que ella iba a exponerle su plan.

Pero la pobre mujer, con la suavidad con que se desvenda una vieja herida, le contestó:

—¡No me has olvidado, y tienes miedo de confesártelo!

Fraser sentíase demasiado fuerte en sus convicciones

y en su dialéctica, para que no fuera leal y franco en sus respuestas. Mas aquella afirmación lo hirió tan repentinamente, que estuvo a punto de negarla. Tartamudeó un instante, y acabó por rendirse.

—¡Era mi secreto y es mi vergüenza! No te perdono por eso. Más que tu traición me dolía tu olvido. ¡Cuántas veces pensé que algún día volverías por mi hija, y me alegré! Pero si te recibiera así, y te perdonara, sería como si te comprase, y Liana fuera tu precio.

Ella respondió meneando la cabeza:

—Ese amor ingenioso que discute, no es amor.

—¡Ah! — exclamó Fraser sarcásticamente. ¡Tú eres maestra en materia de amor! Explícame... ¿Entonces esta rabia que siento aquí, no es amor?

—¡No, no! Dos veces he venido en tu busca...

—¡Mentira! Una sola fuiste. Ahora soy yo el que ha venido por tí, pero no para humillarme...

—¡Ya lo sé!

—Si no para mostrarte que no creo en tu arrepentimiento, porque es interesado. Buscas a mi hija...

—¡Qué extraña impresión te causará lo que voy a decirte.

—¿Vas a mentirme?

—No hablaré, si no has de creerme.

—No te creeré, pero habla.

—No solamente la buscaba a ella; sabía que hallándola me acercaba a tí...

—¡No la hallarás — respondió él nerviosamente. — Y si hallases, te escupiría en la cara...

La conferencia había terminado y empezaban a salir los concurrentes.

Algunas voces destempladas revelaban la alteración que había producido en los espíritus el extraño discurso de Velarde.

Fraser se paró, cortando en seco la respuesta de Beatriz.

—¡Tiempo perdido el tuyo! Ya estoy viejo.

—¡Los dos envejecemos! Si me dejaras a tu lado caminarías menos solo...

La fonda se iba llenando de obreros. Velarde apareció enjugándose la frente. Iba sólo; no advertía las miradas con que era acogido, porque su pensamiento estaba lejos de sí mismo.

Pensaba en Liana, cuando vió a Fraser en un rincón y se dirigió a él, con alegre sorpresa.

—¡Márchate! — dijo Fraser a su mujer. — Ese hombre conoce tu historia...

Beatriz se apartó desesperada; en el zaguán del conventillo estaba Delfina Blanco al acecho y la siguió para saber por qué no habían acudido a la cita ni ella ni su hija.

—¿Usted por aquí, doctor Fraser? — exclamó Velarde tendiendo la mano a su amigo.

—Lo he oído — respondió el interpelado, — pero no vine a eso. ¿Ha visto la mujer que me acompañaba?

—No.

—Si se asoma aún la verá cruzar la calle.

—¡No la vi!

—¡No se asome! ¡ahora no! Otra vez se la ne-

ñalaré con el dedo, como se muestra a la mala gente. Esa es mi mujer...

—¡La madre de Liana!

—¡Usted lo ha dicho! Quiero hablarle de ella, para que sepa hasta qué extremos alcanza su hipocresía. Adivine a qué ha venido: ¡a pedirme perdón! Pero ¿tengo yo, ahora más que antes, cara de imbécil? "¡Quiero estar a tu lado; quiero vivir con mi hija; perdóname!" La comedia aprendida. Teatral hasta la médula de los huesos, pero gran artista. Se hubiera creído que sacaba del corazón las cosas que decía. A veces yo tenía que morderme la lengua. "Para hacer justicia — me decía — hay que ser justo; ¿lo eres tú?" Yo me callaba. "Cuándo más humillados estamos por los pecados y por el dolor, más cerca tenemos a Dios..." ¿Qué había de contestarle? Todo así. Parecía cierta su confusión, sincero su arrepentimiento...

Velarde escuchaba en silencio el relato nervioso que entre muecas sarcásticas le hacía Fraser.

—¿Pero por qué no había de ser cierto? — dijo mirándolo con tal intensidad, que Fraser se turbó.

Sin esperar su respuesta Velarde lo tomó del brazo y lo llevó a la calle, y empezó a caminar rápidamente por la acera oscura.

—¿Adónde vamos? ¿adónde me lleva?

—Tenía que hablarle, y usted me ofrece la ocasión.

Se acordaba de aquella promesa de Liana: "Yo me casaría con el hombre que me devolviese a mi madre."

Caminaron horas enteras, por las calles más solitarias, discutiendo cada una de las palabras, cada uno de los

gestos de Beatriz en la entrevista, cuyo relato hizo Fraser cien veces, con exaltación.

Pero éste no cejó.

Desalentado Velarde lo acompañó hasta su puerta.

—¡Mire allí! — le dijo Fraser, mostrándole la torre de "Lohengrin", cuyos cristales plateaba la luna. — Ella es la dueña de todo eso. Si mi hija tocara una sola de las flores de ese jardín, quedaría manchada.

—¡El mismo orgullo en ricos y en pobres! — respondió Velarde — Cada día me convenzo más de que sólo el cristianismo es capaz de infundir al hombre la humildad, y que solamente esa humildad puede salvar al mundo.

Fraser se rió.

—¿Usted cree que los cristianos son humildes?

—¡Sí!

—Desengáñese; yo soy cristiano y estoy lleno de soberbia.

—Entonces usted no es cristiano...

El día siguiente era domingo. Amaneció nublado y ventoso. Detrás del cendal de nieblas, ascendía el sol como un globo de alabastro.

El viento encorvaba las ramas de los árboles y sacudía en sus quicios puertas y ventanas.

Fraser no salió, ni para acompañar a misa a Liana, como solía.

Tenía la desazón de haber cometido una injusticia, y se encerraba en su mal humor como en un torreón.

Estaba resuelto a alejarse del barrio, y aún de la ciudad, y no se saciaba de mirar por última vez la mansión, de cuya vecindad huiría.

Bajo el cielo sucio y tormentoso, entre su arboleda sibilante, "Lohengrin" clausurado, como una prisión abandonada, tenía un cariz siniestro.

Liana se había refugiado en su cuarto, resentida con su padre por la escena de la víspera.

Fraser asediado por una inexplicable inquietud, contemplaba el pedazo de calle que podía verse desde su ventana, pegando la frente en los vidrios. A ratos se paseaba, para entrar en calor, y luego volvía a su sitio.

Así pasó la tarde. Al anochecer, vió de pronto surgir una humareda en la torre de "Lohengrin".

Mirando con intensa curiosidad, advirtió una llama errante, que corría detrás de las vidrieras, que desaparecía para reaparecer en el piso bajo, como si alguien se entretuviera en pasear una antorcha.

Luego las llamas se mostraron simultáneamente en todos los pisos, enrojeciendo los cristales de los raros postigos abiertos.

—No es una fiesta, sin embargo, — se dijo Fraser.

Sólo comprendió lo que era, cuando a favor del viento, una negra columna de humo ardiente se desprendió de "Lohengrin", cruzó la Avenida, y envolvió en chispas su propia casa.

—¡Un incendio!

Sintiéronse pitadas de auxilio, y luego un creciente rumor de marejada, llenó la calle.

Las gentes acudían de todos los rumbos de la ciudad a ver el espectáculo impresionante, de aquel palacio que ardía como una tea, y se derrumbaba en medio de la arboleda crepitante, retorcida por la mano potente del fuego.

Fraser iba a salir, cuando oyó pasos tumultuosos en su escalera, y una mujer a quien no reconoció al principio, se precipitó en su cuarto.

—¡Liana! — exclamó Fraser corriendo a ella .

—¡No soy Liana! ¡Mira mi palacio, mira mis jardines y mi riqueza!...

—¡Beatriz!

—¡No querías creerme, porque era rica! Ahora soy pobre y me creerás. ¡Lo he quemado todo!

—¿Tú misma?

Liana llegó en ese momento, y se detuvo en el umbral de la puerta.

Su madre la miró, pero la habitación estaba llena de sombras. Corrió a la ventana, y la abrió, y el calor y los reflejos del incendio la llenaron.

Fraser, mudo y hosco, se apartó de ella. La contemplaba a ella y a su hija, resistiéndose a la compasión.

—¡Toda mi riqueza, mis collares de perlas, mis alhajas, mis automóviles, mi palacio, están ardiendo!

Liana comprendió quién era esa mujer, y se echó a temblar delante de su padre.

—¡Hasta mis flores se queman, Liana! — exclamó Beatriz, recordando las crueles palabras de su marido.

Ni éste, ni su hija respondieron.

—Ya no tengo más que el rincón que me den en esta casa... ¡Liana, hija mía!

—¡No la toques, Liana! — gritó Fraser — ¡escúpela en la cara! Expúlsala, pero no la toques, porque te mancharías.

Liana vió aquellos brazos abiertos, y no resistió a su llamado, y se refugió en ellos.

—¡Es mi madre!

—¡Liana...!

—¡Pero si es ella! Papá, es mi madre... Si te ha ofendido perdónala...

En las paredes danzaban los reflejos del incendio, bañando en oro aquel cuadro inverosímil para Fraser, de su mujer y de su hija, unidas en el primero, estrechísisimo abrazo.

Su encono se disolvió en una ola de ternura, y dejó de ser el acusador implacable, y dijo con dulzura y dolor:

—Yo haré lo que hagas tú, Liana.

—¡Abrázala, entonces!

Y Fraser la abrazó, escondiendo la cara y exhalando su viejo secreto:

—¡Pobre de mí que no dejé de quererte nunca!

XIII

Saturnina en Helvecia

El tercer invierno, después de la vuelta de Carlos Link a Helvecia fué en extremo lluvioso. Los habitantes de la región pasaron tres meses de incertidumbre. Si vivían en el pueblo, o podían llegar a él, mañana y tarde, iban al correo, donde se conocían, por el telégrafo, los niveles del Paraná, en su curso superior.

Carros de cuatro ruedas, guiados por un colono, que se bajaba en el almacén a tomar una copa; jardineras de dos ruedas, conducidas a menudo por muchachas, que permanecían en sus asientos bajo la constante llovizna; tílburys con la capota levantada; caballos que presentaban el anca al viento, para no sentir los flechazos del agua en las orejas, y de los que el dueño se desmontaba dejando cubierto el apero con una carona o con una bolsa; curiosos que se acercaban a pie desde el boliche de la esquina, llenaban la calle, que una niña vestida de baile, habría podido cruzar sin mancharse los zapatos blancos, tan compacto y limpio era el húmedo arenal.

Algunos se acercaban a la ventanilla y pedían su correspondencia, y los empleados, conocedores de todo el

vecindario, le entregaban, sin preguntarle el nombre, lo que hubiera, que no solía ser mucho.

Helvecia estaba bloqueada por el mal tiempo.

Sólo dos veces por semana llegaba un vaporcito de Santa Fe, y no había que pensar en que antes del verano, se reanudara el servicio de mensajería, que la comunicaba por vía terrestre, con los otros pueblos de la costa, Cayastá, Santa Rosa, San José del Rincón.

Frente al pizarrón, donde se anotaban las noticias relativas al río, había siempre un corro discutiendo las probabilidades del buen tiempo, y lamentándose de la espesa techumbre de nubes, que envolvía el mundo.

—En Corrientes, el río baja, desde anteayer; — observaba uno.

—El primer día bajó dos centímetros; ayer, tres; y hoy... ¿qué sabe de hoy, señor Ramírez? —

El interpelado era el jefe de correo, un mozo rengo y ágil, de buen humor, personaje considerado en el pueblo.

—Si baja en Corrientes, — opinaba otro, — antes de seis días empezará a bajar aquí.

—No se hagan ilusiones, — contestaba el jefe, alargando por la ventanilla un papel y un pedazo de tiza.— Tome; haga el servicio de escribir esos números en la pizarra.

El grupo de curiosos se aproximaba al tablero, mientras alguien anotaba las cifras.

—Dice que en Itá-Ibaté ha subido diez centímetros; y que en Posadas ha subido siete. Tenemos agua para rato...

—¡Amalaya fuese caña! — murmuró un paisano saliendo de la oficina, y rumbeando tristemente para el almacén. — Eso quita el reuma y los resfríos.

—Como que uno lleva el fogón adentro...

Don Carlos Link mandaba en busca de noticias a Zacarías, el menor de sus muchachos. Tenía éste catorce años, y prestaba los servicios de un peón. Cuando llovía fuerte, para no mojarse iba en tílbury, y solía entonces acompañarlo su hermana Isabel, mayor que él, un año, la predilecta de Carlos, la única persona en la casa que recibió alguna de sus confidencias de novio. Era una muchacha fuerte y avezada a los trabajos de la casa y del campo, dulce de modales, pero nada melindrosa, de ojos negros y cabello color de lino.

Un día, dos paquetes llevados del correo suscitaron la curiosidad de don Carlos, que abandonó la herrería y fué al comedor a abrirlos.

Doña Celina, la madre, y Elsa, la hija mayor, cosían junto a la ventana del jardincito desolado por el invierno y por las lluvias. Al entrar don Carlos, se callaron.

—Esto debe ser algo para el "doctor" — dijo él, cortando los piolines y rompiendo el papel de embalaje, con una navaja construída por él, desde el cabo de hueso, hasta los muelles y la hoja.

—¡Vaya con el buen amigo! — exclamó de pronto regocijadamente. — Me mandan de regalo un barómetro y un pluviómetro. Es un correligionario por quien trabajé en las elecciones...

—¿Para qué sirven? — interrogó Elsa, acercándose.

—Para observar el tiempo y medir la lluvia.

—¿La lluvia que ha caído o la que está por caer?

—La que ha caído, — respondió con algún desencanto don Carlos.

—¿Y qué ganamos con saber lo que ya no tiene remedio?

Don Carlos no contestó. Veneraba a la ciencia, como su mujer lo veneraba a él. Doña Celina con su costura sobre la falda, contemplaba tímidamente el obsequio, cuya inutilidad chocaba el espíritu práctico de Elsa.

—Si nos ahogamos, — agregó ésta volviendo a sentarse — ¿qué más da saber en cuántos metros de agua ha sido?

Don Carlos leyó las instrucciones, buscó unos clavos y salió a colgar sus aparatos, con la secreta ilusión de llegar poco a poco a anunciar el tiempo, como Martín Gil, cuyo nombre estaba en boca de todos los paisanos, en cuanto miraban una nube.

Entre los que no conocen la región donde el Paraná, ancho de leguas en algunos sitios, ejerce un dominio despótico, no hay la menor idea de lo que allí significa el saber que en Posadas, la capital del territorio de Misiones, el río sube un palmo.

Infaliblemente, ese palmo, ocho o diez días después, habrá recorrido los mil kilómetros de distancia, y estará sobre Santa Fe.

Las islas bajas, que el Paraná forma entre sus brazos innumerables, limpias y verdes como dehesas, donde los estancieros de la costa invernan sus haciendas, se inundan siempre que en los bosques, infinitamente lejanos del Brasil, se desata una temporada de lluvias, que le-

vanta al gran río un metro y medio sobre el nivel ordinario.

Pero esas inundaciones no son ni repentinas ni impetuosas. Durante meses el río va ganando su altura pulgada por pulgada, y cubriendo primero las islas desnudas, luego los albardones de la costa, después las chacras, labradas en los puntos más altos, no deteniéndose ni ante las isletas o montes de algarrobos, en cuyas copas, las grandes crecientes suelen dejar encallados esqueletos de vacas que arrastró la correntada.

Tiempos hubo en que a la puerta de la casa de don Carlos Link se amarraba una canoa, indispensable para comunicarse con el pueblo, navegando por arriba de los alambrados; como ocurrió en la propia ciudad de Santa Fe, donde se pudo navegar por ciertas calles, tan cómodamente como por los canales de Venecia.

Los hacendados, dueños de centenares o millares de vacas en las islas, viven conjeturando si el río seguirá creciendo y convendrá prevenirse trasladando las haciendas a tierras altas, arrendadas a precio de oro, o si empezará a bajar, y podrán librarse de tales gastos.

Los que aciertan cualquiera de las dos soluciones, pueden darse por satisfechos, como si hubieran tenido un buen año, porque no perdieron sus haciendas, o porque no las movieron inútilmente.

No bien don Carlos hubo colgado el barómetro en la galería, y fijado el pluviómetro en un poste del alambrado, volvió al comedor, satisfecho, imaginándose que el tiempo, en lo sucesivo, tendría algunos misterios menos para él que para los demás.

De nuevo se callaron las dos mujeres, doña Celina,

por respeto, hacia el hombre adusto, que reinaba en su vida; Elsa, porque no creía oportuno comunicarle el tema de su conversación.

Hasta que la madre en voz baja, le dijo:

—Hay que contarle a él... ¿No te animas?

Elsa se encogió de hombros, plegó su costura y dijo:

—Ya casi no se ve, y no son las cuatro de la tarde.

Don Carlos que se había calado los anteojos para leer nuevamente las instrucciones del pluviómetro, la miró por arriba de los cristales.

—Es claro; se ponen junto a la ventana del sur. Siempre ese lado es más sombrío.

Elsa guardó sus trapos en el cajón de la máquina de coser, y sabiendo que era buen modo para interesar a su padre, el consultarlo sobre cosas mecánicas, le dijo antes de cubrirla con una gruesa funda de brin:

—Papá, este resorte está torcido. ¿Quiere arreglármelo?

Don Carlos se acercó a la máquina, y la empujó hasta la puerta, y aun la sacó a la galería, y allí se puso a examinarla.

Zacarías llevaba del cabestro su caballo, que acababa de comer una ración de maíz y afrecho, bajo el coposo timbó de la entrada.

Más que un patio, era aquello una plaza, sombreada por magníficos naranjos, y encuadrada por la herrería y los galpones donde se guardaban los vehículos con los arreos, y las máquinas agrícolas, y bolsas de granos.

La parte contigua al taller, estaba atestada de carros y cochecitos de colonos y útiles de labranza, que los chacareros llevaban en compostura.

Sentíase cantar el yunque, bajo el vigoroso martillo de Guillermo, que en los días de lluvia apenas salía de la fragua.

La cocina de adobes, techada de zinc, como toda la casa, quedaba cerca de las habitaciones y junto al pozo.

Aún en tiempos de sequía, había allí un charco cenagoso, formado por los desperdicios de la bomba, y chapaleado por los patos.

Detrás de la cocina, a la sombra del naranjal, abejas de las mejores castas, elaboraban sus panales en veinte o treinta cajones, puestos en hilera; y algunos pasos más allá, estaba la porqueriza, cuyas emanaciones infestaban la casa, cuando el viento soplaba de esa parte.

Zacarías se aproximó, sin soltar el caballo, y dijo a su padre:

—Ya me iba olvidando de un mensaje del comisario para usté.

—¿Qué te ha dicho?

—Que mande a Santa Rosa a buscar a esa negra...

—¿Qué negra, hijo?

Elsa cambió una mirada con doña Celina:

—De eso quería hablarle, papá. Es la negra Saturnina, la sirvienta de doña Presentación Garay. Ha venido de Buenos Aires, y parece dispuesta a entrar al servicio de Carlos.

Como una explicación de esta conjetura, agregó en voz baja:

—Dicen que ella la crió a Matilde...

—Mala crianza le dió, — contestó secamente don Carlos, absorbiéndose en el trabajo de enderezar el resorte.

Habían pasado tres años desde que su hijo se casó y se instaló en una de las mejores casitas del pueblo; y aun no olvidaba lo que se habló a raíz de aquella aventura.

Todos los de la casa, menos él, fueron conquistados poco a poco por la dulzura y la humildad de Matilde, y por la gracia del niño inocente que llevaba el nombre de Carlos Link, aun cuando no era suyo.

—¿Y qué quieren que haga? — preguntó al rato, sin quitar los ojos del resorte.

Doña Celina con la mirada animó a Elsa, y ésta formuló su proyecto.

—Carlos necesita una mujer de confianza. ¿Por qué no la manda a buscar a Saturnina?

—¿Por qué no se viene ella?

—Usted sabe, papá, que la mensajería ha suspendido el servicio. Ahora que no hay nada que hacer en el campo, Guillermo podría ir en la lancha, y traerla.

Don Carlos miró el patio donde se acumulaban coches y arados y máquinas de toda especie, aguardando a que él tuviera tiempo.

—Hay trabajo atrasado para dos meses, sin salir de la herrería. Y en ese viaje, perdería una semana...

—No tanto, papá, — dijo Zacarías. — Crecido como está el río, no es necesario seguir sus vueltas. Puede acortarse el camino por los ramblones de la orilla.

Don Carlos miró a su hijo, y le agradó el aplomo con que hablaba.

—¿Te animarías a ir?

—Sí, papá.

—¿Sabes manejar el motor de la lancha?

—Sí, papá. ¿No voy todos los domingos a la villa Hernandarias, en Entre Ríos? ¿Quién sino yo lo arma y lo desarma?

—¿Irías sólo?

—Sí. Podría acompañarme Isabel.

Doña Celina se asustó; pero a don Carlos gustábale que sus hijos no trepidaran ante ninguna dificultad, y dijo:

—Bueno.

El muchacho dió un grito de alegría, y corrió a soltar el caballo.

Isabel salía de la cocina enjugándose las manos.

—¿Qué tal estás para un viaje a Santa Rosa, en la lancha? — le cuchicheó al pasar.

—Bien, — contestó la muchacha que era resuelta y valiente.

—Pregúntale a papá, lo que acaba de decir.

Isabel entró de nuevo en la cocina, donde había estado derritiendo unas pellas de grasa para hacer chicharrón, que con las tortas fritas constituían la merienda clásica en los días de lluvia.

Con una espumadera, por cuyos agujeros se escurría la grasa derretida, sacó de la olla los chicharrones, pedacitos de carne y de ubre dorados y chirriantes, y los amontonó en una fuente de lata enlozada, los espolvoreó con sal, y gritó a plenos pulmones para que todos en la casa la oyeran y se alegraran:

—¡Ya está el chicharrón! ¡Y también las tortas! ¿Quién viene a yudarme?

Cogió la fuente a dos manos y la llevó al comedor. Su cara pecosa y fresca, como un durazno, sus ojos ra-

diantes, su pelo rubio, revuelto y mojado, la robustez y la gracia de su cuerpo, la hacían simpática, por rústica y despejada.

—Aquí está el chicharrón, — dijo asentando con fuerza la vasija, sobre el hule floreado de la mesa.

—¿Y las tortas? — preguntó Elsa.

—En la cocina.

—¡Qué ocurrencia dejarlas! ¡Se las van a comer los perros!

—¡Qué las van a comer si están como brasas, de calientes!

Elsa alarmadísima, por el peligro que corrían las tortas, dejó todo y cruzó en tres zancadas el pedazo de patio descubierto que separaba el comedor de la cocina.

Elsa frisaba en los treinta años. Un buen arreglo de sus trajes y peinados, la habrían mostrado bonita; pero no perdía su tiempo en esas minucias. Era alta y enjuta. La pollera húmeda se le pegaba a las canillas, pues para no embarrar las alpargatas se había descalzdo. Al grito de Isabel, salieron del galpón los dos peones, que don Carlos tenía conchavados y se dirigieron a la cocina; y Guillermo soltó el martillo y fué al comedor.

En un pasador de la ventana colgaba un espejito y una cola de vaca, en cuyas cerdas se prendía un peine.

Guillermo lo tomó y empezó a atusarse los cabellos mojados.

Era, sin disputa, un buen mozo, pero había algo de terco en su fisonomía y de consentido en sus modales.

Se sentó a la mesa y se puso a hablar con su padre de la baja en el precio de las haciendas, cuestión que venía a añadirse a la preocupación de la creciente.

—Cualquier ternero del plantel de lecheras, podíamos venderlo antes a veinte pesos. Ahora no hay quién pague dos. ¡Ni el cuero!

—Así es, — respondió don Carlos. — Menos mal que nosotros podemos esperar a que repunten los precios, porque tenemos campos y nada debemos. Pero los que se ven obligados a vender, para aliviar sus potreros, o porque se les vence la prenda agraria, están arruinados. Me han dicho que por ahí anda don Juan Fullo, ofreciendo dos mil vacas por veinte mil pesos, y no halla quien se las compre.

—Eso es para pagar la elección — dijo Guillermo. — Si el pobre no consigue plata, no será senador.

Una gallina se aventuró a penetrar, poniendo cautelosamente sus patitas embarradas sobre las rojas baldosas, que Elsa cuidaba como a la niña de sus ojos. Miró de lado, y avanzó para atrapar unas migas, caídas de la mesa. Pero la muchacha, enfurecida al notar sus huellas en el piso, la expulsó a escobazos.

—¡Trompeta! ¡Agradecéle a Dios que no haya enfermos, porque servirás para el caldo del primero que caiga!

Una clueca entró detrás de ella, seguida de ocho o diez gallinetitas, nacidas en su nidal. Pero esa podía entrar sin manchar el piso. Medrosa de la lluvia, se lo pasaba en la galería, y a las horas de comer, buscaba con sus hijos los desperdicios de la mesa.

—¡Cloc, cloc!

Elsa desmigajó un pan en el suelo y se entretuvo en ver cómo desaparecía en un santiamén.

Zacarías, entre tanto, cuchicheaba con Isabel.

—Papá — dijo ésta de pronto, — ¿es cierto que me da permiso para ir en la lancha a Santa Rosa?

Don Carlos asintió; y cuando terminada la merienda reanudaban todos sus quehaceres, instruyó a los dos muchachos acerca de lo que habían de hacer.

—Preparen ahora mismo la lancha, para que puedan partir mañana antes de que salga el sol. A eso de las diez, cortando las vueltas podrán llegar a Cayastá y a la noche a Santa Rosa.

Isabel y Zacarías volaron al embarcadero, a media cuadra de las casas, en un meandro del San Javier, nombre con que se conocía el brazo del inmenso Paraná, que bañaba la costa de Helvecia.

Don Carlos tenía allí una lancha, cuyo casco compró en remate y cuyo motor a nafta él mismo colocó.

Era pequeña pero navegaba muy bien, y una media toldilla que le adaptaron, defendía a los tripulantes de la lluvia y del sol, y les permitía hacer largos paseos, por aquel laberinto de canales, de corriente dormida y de márgenes verdes.

Antes del alba del día siguiente, se levantaron los dos hermanos, desvelados por la ilusión de la aventura. Don Carlos ya estaba en pie.

—Tengan cuidado con los camalotes, no se les enrede la hélice y tengan que volver a remo — les advirtió, entregando a Zacarías aquel pesado fusil construído por sus propias manos.

Y doña Celina, con acento apagado y medroso, agregó:

—Cuando corten campo, no se arrimen a los matorrales ni a los espinillos, porque hay víboras.

Isabel habría querido, antes de partir, ir hasta la casa de Carlos, para decirle adiós. Pero el médico vivía en Helvecia, en una quinta algo distante de la costa. Prefería, además, sorprenderlo con la llegada de aquella negra, de quien Matilde hablaba siempre.

El implacable temporal había escampado, y un suave pampero arriaba las nubes hacia el norte.

Zacarías puso en marcha el motor, despertando con sus explosiones, los ecos de la costa invisible entre la niebla del amanecer, y haciendo graznar a los vigilantes chajás y espantando una media docena de tuyangos, que habían dormido en una pata, al borde de una lagunita, en el monte cercano. Las aves enormes, cuyas alas miden abiertas, dos y tres metros, se alzaron majestuosamente, en un vuelo espiral, trazando círculos sobre la lancha, y pronto se perdieron en el cielo gris.

Cuando en el Oriente se encendieron las nubecitas anunciadoras del día, ya la lancha navegaba en el cauce profundo del San Javier, dirigida por Zacarías.

Para esquivar las traidoras raíces de los camalotes, que descendían lentamente por el medio del río, y que eran a veces verdaderas islas flotantes, se acercaba a la barranca, cuyo filo estaba casi a ras del agua. Esto divertía a Isabel, que de pie en la proa, con un bichero, apaleaba las ramas negras de los espinillos, donde se enroscaban las venenosas yararás, que la inundación obligaba a refugiarse en los árboles.

En alta voz la niña contaba las que iba despanzurrando con sus certeros garrotazos.

—¡Una! ¡dos! ¡tres..!

Cuando llegó a veinte, tenía la frente bañada en sudor.

Abandonó el bichero, y en un calentador a kerosene, hizo café para el timonel que se lo pedía.

La negra Saturnina, la sirvienta del pobre don Pedro de Garay, muerto poco después del casamiento de su hija, había llegado a Santa Rosa, en la mensajería del Rincón, que daba allí por terminado su recorrido.

Desde que Matilde partió con su marido para Santa Fe, Saturnina, que "no se hallaba" en Buenos Aires, acosada por la nostalgia de las cosas humildes que amó en su juventud, volvió los ojos a sus pagos. Y cuando murió don Pedro y Pulgarcito fué espaciando las visitas a su casa, hasta perderse por meses enteros, Saturnina comprendió que estaba de más, y que misia Presentación y Laura vivirían más económicamente sin ella, limitándose a los servicios de la chinita, que ya sabía hacer un puchero.

Pero nunca se atrevió a decirlo, pareciéndole una ingratitud el abandonar en la pobreza a los que había servido tantos años.

Andando el tiempo, fué la misma señora quien le propuso volverla a su tierra, para que entrase al servicio de su hija Matilde.

La negra hubiera preferido quedarse en Santa Rosa, pero aceptó, pensando que ya las comadres de su pueblo natal, sus conocidos, sus relaciones, la habrían olvidado o habrían muerto.

Triste verdad que comprobó algunos días después, al llegar en una tibia mañana de ese invierno.

Hacía semanas enteras que no salía el sol; pero un vaho caliente venía del norte, con las nubes de los bosques brasileros, donde llueve durante seis meses y no hace frío.

La mensajería del Rincón, una pesada volanta que tiraban cuatro mulas, había empleado todo un día en el trayecto, por lo fangosa que estaba la carretera.

Cuando cruzaban por tierras alambradas, en que a uno y otro lado del camino había chacras en barbecho, o pardos rastrojos, señales de un maizal, las mulas trotaban a gusto, por las partes menos chapaleadas, donde el suelo resistía bajo sus cascos menudos.

Pero cuando entraron en el monte, siniestro y silencioso, en que le vida se había suspendido, y en que la vegetación dormía, a la sombra de los adustos algarrobos, la volanta debía marchar sin apartarse de la huella, para no dar con algún tocón de árbol cortado a flor de tierra.

Aquel único camino traqueado por todos los viajeros y por las haciendas, que sus dueños arriaban hacia los campos altos, era en extremo penoso. Las ruedas se hundían en el humus, y frecuentemente, para desatascar el pesado vehículo, requeríase poner una cuarta, y se llamaba a gritos a un muchacho, que precedía a la mensajería, montado en un vigoroso caballito criollo.

De cada matorral que las mulas rozaban con las patas, alzábanse enjambres de voraces mosquitos, que hacían jurar bárbaramente al español, conductor y due-

ño de la volanta, y quejarse a la pobre Saturnina, único pasajero de ese día.

No llevaba la cuenta de los años corridos sin que sus ojos vieran esos paisajes; pero su viejo corazón los reconocía.

El camino seguía en línea recta, y era imposible saber a qué altura se hallaban, sin una larga baquía.

Ella, sin embargo, se iba diciendo: — "Este es el campo de los Zapallos. No hay mejor canutillo que el de sus bañados, para engordar hacienda... Aquí estamos a una legua de la posta que hay en el Arroyo de Leyes... Vamos a pasar frente al rancho de ño Bachi, el nutriero..."

Esta idea le recordó el último encargo de "la niña" Presentación. Estaban de moda en Buenos Aires, para ese invierno, las pieles de nutria, y la dama al abrazarla, despidiéndose, le había dicho: "Te he puesto en la canasta un tarrito de pólvora y otro de munición. Llevåselos a ese nutriero, que vos decís que conocés, para que me mande unos cueritos de nutria. Quiero hacer un saco para Laura y un cuello para mí. Y si me manda plumas de garza mora, decile que le mandaré más pólvora y yerba y azúcar..."

Aquel "gallego" que maldecía de Dios y de sus santos, cuando las mulas se empantanaban o lo picaban los mosquitos, no infundía ganas de hablar a Saturnina, que en cierto modo sentíase responsable, por ser la única pasajera, de las desventuras del viaje. Mas cuando pasaron por el lugar donde ella creyó que, al pie de los ceibos, hallaría el rancho de ño Bachi, y no vió más que una tapera, cuyos horcones se podrían des-

de hacía cien años atrás, no pudo resistir a la necesidad de informarse.

—Dígame "don": ¿no vivía aquí ño Bachi el nutriero?

—¡Ande usté con mil de a caballo! — gruñó el conductor descargando una lluvia de azotes sobre las mulas nerviosas y empacadas. — ¡Vea qué pregunta la que hace esta mujer! Por estos pagos nadie conoce a ese tío...

Saturnina, avergonzada se calló. Si más adelante se encontraba con algún criollo, menos duro de lengua, le haría la pregunta.

Y así lo hizo, cuando llegaron a la posta del Arroyo de Leyes, y se detuvieron a cambiar las mulas.

Existía allí un almacencito, donde se guarecían de la lluvia dos viajeros, que hacían el camino a caballo. Desde la volanta Saturnina habíalos visto, emponchados, bajo la llovizna que a ratos arreciaba.

—Perdónenme los señores, si les hago una mala pregunta... pero el que es mandado no es culpado...

—Pregunte, señora — contestó uno de ellos, que era joven y de buenos modales, mientras el otro, sentado sobre una barrica de yerba, con el ala del sombrero agachada sobre la frente, tomaba un mate, sin dignarse mirar a la negra.

—¿No vivía aquí cerca ño Bachi el nutriero? Traigo un mensaje para él.

El joven se echó a reir, y el otro contestó sin mostrar la cara:

—Tendrá que mandarle el mensaje con el Majuluto, porque ya ése no vive más en la tierra.

El joven agregó:

—¿No ha visto, señora, al lado del camino, una cuadra antes de la posta, una cruz de palo, clavada en el tronco de un ñandubay?

—Sí, la vide, señor.

—Bueno, pues, ahí lo mató un rayo a ño Bachi el nutriero, una tarde que salió borracho del almacén, donde había negociado sus nutrias y durmió la mona bajo ese árbol.

—¡Anima bendita! — exclamó la negra juntando las manos.

—Pero esto sucedió hace quince años. Es raro que no lo sepa.

Saturnina no contestó: estaba rezando un padrenuestro por aquel infeliz.

De pronto se extremeció, oyendo una palabra pronunciada por el hombre a quien el sombrero ocultaba el rostro.

Hablaban sin reparar en ella, de un señor que vendría para la primavera, porque tenía que gestionar de las autoridades la entrega de un guachito, hijo suyo.

—Días pasados recibí una carta de él.

—¿Cómo dijo que se llamaba? — interrogó el joven.

—Mario Burgueño. Si ése nos ayuda en esta elección, la sacaremos fácil, porque es muy rico.

—Hay que ganarle entonces la voluntad.

La negra quedó aturdida; y su sorpresa creció, cuando por el almacenero, supo que el señor ensombrerado era el jefe político del departamento Garay y vivía en Helvecia.

Desde ese momento, ella, que deseaba quedarse has-

ta el día de su muerte, en Santa Rosa, no tuvo otro pensamiento que llegar cuanto antes a la casa de Link, donde vivía su pobre Matilde, ignorante sin duda de las nuevas angustias que aquel hombre fatal le preparaba.

Pasó varios días en su pueblo natal, impaciente y acongojada.

Ya no conocía a nadie ni quería conocer. Las calles, las plazas, las huertas, habían cambiado de fisonomía; y las gentes, que al caer la tarde, cuando el tiempo se despejaba, salían a la puerta a conversar con los vecinos, de las mismas cosas que sus padres conversaron, el río, los campos, las haciendas, las enfermedades, los noviazgos, no la conocían a ella, que sólo preguntaba por los muertos, y que pasaba las horas en un rincón del zaguán de la casa, donde la albergaron, mirando la calle arenosa, la isla anegada y el viejo ombú sobre la barranca del río, donde jugara de niña.

¿Cuándo vendrían de Helvecia a buscarla?

Prometió a San Francisco un paquete de velas, si eso ocurría antes de la semana; y el mismo día de la promesa — ¡milagro patente! — le anunciaron que muy entrada la noche, había llegado la lancha de don Carlos, y debía disponerse a partir en la mañana siguiente.

Rebuscó en su atado unas cuatro velas de estearina, de las buenas, que sólo había en Buenos Aires, y voló a la vieja iglesia, donde la bautizaron, y donde estaba el sepulcro de los amos de sus padres, que fueron esclavos.

La iglesia era de una sola nave, muy pobre, con techo de tejas y piso de baldosas tan desgastadas que el

pie sentía las piedrecitas y los nudos o tolondrones más quemados.

El ambiente olía a moho y los cuadros del "via crucis" se podrían con la humedad de las paredes.

No halló a nadie a quien entregar sus velas, y salió por una puerta lateral que daba al camposanto, transformado en huerta.

Bajo el alero de la sacristía, en un sillón de cuero, arrimado a la pared, un padre viejo leía en un libro de cuyos cantos había desaparecido el dorado, y lo alzaba a la altura de los ojos, porque la luz escaseaba.

Saturnina se arrodilló a sus pies y le dió su paquete de velas, que el fraile guardó en la manga.

—Rece padre, por que no se cumplan los malos propósitos de los que quieren quitarle su hijito a una madre.

—Bueno, bueno.

—Rece también por mí, que no sé lo qué debo hacer.

—Bueno, bueno...

La bendijo, le dió la mano a besar, y volvió a su lectura, mientras la negra salía a la calle, siguiendo una veredita de viejos ladrillos verdosos, que pasaba por medio de la huerta, bajo los naranjos cargados de fruta dorada.

Partieron de mañana.

Saturnina, a bordo, preparaba el desayuno, y pedía noticias de Matilde a Isabel.

—¿Era cierto que no la querían?

—¡No, no! Todos la queremos — protestaba la niña, que en verdad amaba tiernamente a la mujer de su hermano predilecto.

—¡Ya decía yo! — exclamaba Saturnina con los ojos llenos de lágrimas. — La pobre se hace querer de cuantos la miran.

La lancha navegaba dejando a estribor el monte ceniciento y hostil, de árboles achaparrados, lleno de víboras y desierto porque la hacienda había huído.

A veces, para cortar camino, cruzaban un tacuruzal inundado. Los pequeños montículos de tierra, hechos por las hormigas, se desmoronaban al golpe del bichero de Isabel.

Allí sólo crecía la paja brava y el duro y salobre espartillo.

Hacia medio día pasaron cerca de una isleta de algarrobos, donde había un rancho abandonado por sus dueños. Sólo quedaban algunas gallinas, y en lo alto del techo un gato que maullaba tristemente, presintiendo la inundación.

—Cuando el río baje — dijo Zacarías, — todos estos campos quedarán sembrados de pescados muertos.

Señaló las puntas de unos pastos que sobresalían del agua, a la orilla del ramblón que iban cruzando, y dijo, con ese instinto de los isleños que les hace adivinar por el movimiento de los yuyos, qué clase de pez los ha rozado al pasar.

—¡Allá hay un surubí dormido! La lancha va a cortar cerquita. Isabel, prestáme la fija..

Detuvo el motor para que no hiciera ruído, cogió el harpón, que usan los pescadores de las islas para lancear peces, y corrió a proa entregando el timón a la muchacha.

—¿Dónde quieren que lo fije? ¿en el cogote o en el

lomo? — preguntó en voz bajísima, agachándose sobre el agua.

En el momento oportuno, cuando la proa estuvo a tres metros de distancia, vibró la caña tacuara, y fué a clavarse en el cuerpo de un surubí, que disparó llevándose el hierro en la herida y el mango atado por una cuerda.

—No va a ir muy lejos... ¡Allí se quedó! Buen pulso el del chico, — dijo Saturnina, que seguía curiosamente la fuga del animal.

Minutos después, Zacarías recobraba su chuza e izaba el pescado a bordo, en donde la negra se encargó de destriparlo, repitiendo su elogio.

—¡Buen pulso el del chico!

—¡Y todavía no lo ha visto cazar patos al vuelo, con el fusil de papá! — respondió la muchacha complacida.

Navegando contra la corriente, avanzaban más lentamente. La noche se les echó encima, mucho antes de llegar.

Era una novedad para los niños sentirse solos, como perdidos en las tinieblas, entre aquel cielo blanquecino y aquel mar de ágata, cuyas aguas silenciosas se abrían sin ruído como una madeja de seda, ante la embarcación.

El mundo parecía pequeño y el cielo infinito, y los rumores del monte que no se veía, reuniéndolos todos, desde el graznido de los pájaros insomnes hasta el croar de los sapos y de las víboras, no eran más que una nota ahogada por la mortal quietud de la noche.

Saturnina, envuelta en un viejo poncho de lana, re-

zaba a ratos, y a ratos dormía. Cuando el alba le mostró las primeras casas de Helvecia, sacó la mano y la mojó en el río, y se restregó los ojos para ahuyentar el sueño y ver mejor.

Una hora después llegaron ante la puerta cerrada de la casita del doctor Link.

Matilde misma, que a ese tiempo andaba en su quehacer, salió a abrirles, y Saturnina llorando se puso a besarle las manos, como un perro que encuentra a su dueño.

—¡Hijita mía, hijita mía! — fué cuanto pudo decir. Serenada, por fin, quiso ver al niño, declarando que por él venía, para cuidarlo porque era el tesoro de su madre.

Matilde sintió una inmensa gratitud hacia aquella fidelidad de vieja sirvienta, cuyo amor iba pasando de padres a hijos, como un bien de familia, y alcanzaba a los nietos; y corrió a buscar a su hijito, que andaba en el patio, persiguiendo a las gallinas, y lo echó en los brazos de la negra.

—Mi Carlitos ha cumplido dos años, habla por los codos y parece mayor que los chicos de su edad.

Saturnina quiso entonces que Matilde le contara cómo vivía y si era feliz. Los dos muchachos de don Carlos se habían ido.

El doctor, que tenía enfermos en toda la colonia, a causa de la gripe reinante, había salido temprano y tardaría mucho en volver.

La muchachita que cuidaba al niño, miraba sorprendida a aquella negra que besaba a su señora. A una señal de su ama, las dejó solas.

Los ojos simples de Saturnina, sólo veían la faz de las cosas.

—Nunca has estado mejor, — le dijo.

Matilde sonrió, con una sonrisa reflexiva y dulce. Conservaba su belleza, que parecía más natural, en el ambiente campesino; pero había perdido aquella gracia nerviosa, que la destacaba, como una irradiación de su alma inquieta.

—Dios me ha dado lo que no merezco; — respondió. — Solamente le pido que me lo conserve.

Saturnina la miró vivamente, acordándose de las palabras oídas en la posta del Arroyo de Leyes, pero no se animó a confiarle sus aprensiones.

Para la primavera faltaban dos meses, y de aquí a entonces muchas cosas podrían haberse opuesto a los designios de los hombres.

Se quitó el manto, buscó ella misma una escoba y se puso a barrer el piso de tabla del comedor.

Los muebles eran de mal gusto, y a ella le parecieron riquísimos. Algunos cuadros adornaban las paredes, el disploma de Link, la infaltable liebre cabeza abajo y la frutera desbordante de frutas, el retrato del dueño de casa ampliado, dibujos de Matilde, cuando estaba en la Escuela Nacional.

Saturnina echó de menos un cuadro, y preguntó a Matilde, que en ese momento desenfundaba la máquina de coser.

—No veo tu diploma... ¿qué lo hiciste?

La joven recordó las prevenciones de la negra contra las mujeres que estudiaban, y contestó sonriendo,

por complacerla, aunque en el fondo aquel recuerdo la entristecía:

—Lo quemé, y me olvidé de todo lo que aprendí.

—Hiciste bien; — dijo la negra y añadió en tono sibilino y rezongón:

—En la secuela les enseñan de más, pero no les enseñan suficiente.

Y prosiguió su barrido, mientras zumbaba la rueda de la máquina.

XIV

El Vengador

Ya Mario Burgueño no tenía nada que esperar, y sin embargo, cada día se levantaba con el afán de algo nuevo, que iba a ocurrir.

¿Pero qué podía ser?

A raíz del casamiento de Liana con Velarde, que se realizó poco después de la vuelta de Beatriz al hogar abandonado, Mario partió para Europa.

Creíase inaccesible a una gran pasión, y, por tanto, invulnerable a los grandes dolores. En pocos meses olvidó su resentimiento, pero siguió viajando en tierras lejanas, devanando, sin sentirlo, el hilo de su vida.

Hasta que el hastío lo volvió a su patria. Reanudó su relación con Fraser, que se regeneraba en el trabajo; y creyó que podía tratar, sin envidia, a Velarde.

Creyó también, con la experiencia de su egoísmo, que no se acordaría más de Matilde; y cuando comprendió su engaño, al sentir despertarse su curiosidad por saber cuál fué su suerte, no habló con Fraser, porque delante de él simulaba la mayor despreocupación, pero buscó quién le informara, y supo la muerte de don Pedro, y el nacimiento de aquel niño a quien Link dió nombre.

Fraser, que conocía el corazón de Mario mejor que Mario mismo, lo puso en el camino de las confidencias, y no bien el joven le confesó que realmente había andado buscando noticias, él le contestó: — ¡Ya me imaginaba!

Mario replicó vivamente, herido por la conmiseración a que trascendía esa respuesta:

—¡Me alegro! Así no tendré necesidad de explicarle lo que he resuelto hacer. Seguramente se lo imaginará también.

—¡Hombre si! Me imagino que habrás resuelto no acordarte más de esa aventura.

El joven miró con recelo a Fraser, y optó por dejarlo en la duda acerca de lo que de tiempo atrás venía tramando.

Años antes, en los comienzos de su vida libre y vana, se creyó con ánimo para recorrer los círculos de todos los placeres.

Vanidad risible, que ahora lo sorprendía como una mentira que él mismo se hubiera dicho.

¡Qué limitados eran sus bríos para el bien y para el mal!

Sin ser malo, era capaz de consentir en todas las maldades. Sin ser bueno, habría gozado en hacer felices a todos los hombres, si eso no hubiera de costarle alguna fatiga.

Sentíase cansado y triste; pero su cansancio era el hastío, que llegaba antes de tiempo, y su tristeza no era todavía la dulce y profunda tristeza que convierte los corazones, y depura el pensamiento de las cosas limitadas y lo arroja al infinito.

A otros, de su edad, les duraría muchos años la embriaguez de la juventud; y él, que no había andado más ligero, comenzaba a dolerse de su soledad, y a echar de menos el agua de las fuentes cegadas por su propia mano.

Recordaba que Fraser le dijo poco antes de su ruptura con Matilde, al cerrar una violenta discusión: "Un día la echarás de menos, porque así es el corazón humano. Volverás a amarla, y querrás tener el hijo que abandonaste..."

Y se iba cumpliendo el anuncio. Lo irritaba el que aquella mujer y aquel niño, que podían llevar su nombre, llevasen el de otro; y que él hubiera perdido el derecho de llamarse su dueño.

Para no envidiar a Link, procuraba despreciarlo, considerando que recogió las sobras de su mesa.

Y pensaba también que ella, Matilde, no lo habría olvidado, y estaba en su mano tentarla de nuevo.

Quiso conocer las leyes sobre las relaciones de padres e hijos, y hubo quien le aseguró que podía rescatar el niño, si lograba probar su paternidad. Parecióle factible la prueba y su imaginación de hombre ocioso empezó a elaborar planes.

Hizo indagaciones, escribió cartas, se relacionó con las autoridades del pueblo y como desde un principio le ponderaron la dificultad con que tropezaría, se enardeció su deseo y ya no vivió más que para cumplirlo.

Fraser, a quien consultó, trató de disuadirlo, mostrándole que no hallaría jueces que fallaran en su favor, arrancando un hijo a su madre; y entonces Mario le confió todo su pensamiento.

—¡No será ella la que me rechace! La naturaleza tiene leyes sutiles y misteriosas, que se revelan de pronto. ¡Esa mujer no ha podido olvidarme!

—¡Necia presunción de todos los hombres! — dijo Fraser.

—¡No, no! Usted que es médico, debe saber que si la madre se refleja en el hijo, el hijo infunde su propio temperamento en el organismo de la madre. Ese niño no ha vivido en ella como un parásito, nutriéndose de su sangre, sino que ha trasfundido en ella lo que heredó de mi, y le ha impreso indeleblemente el sello de mi posesión.

—¡Pobre filosofía la que sólo tiene en cuenta los nervios y la sangre! El alma de esa mujer debe repudiarte.

—Ella no puede contradecir su propio temperamento. Ese vínculo que ha creado mi hijo, viviendo en ella, ni ella ni nadie podrá romperlo. ¿Cómo sacaría de cada gota de su sangre, lo que en ella ha dejado, su único hijo, que es mío?

Por primera vez en su vida, Mario deseaba ardientemente una cosa, y bien lo revelaba el ímpetu de sus palabras.

Fraser, compadecido de su ceguera, replicóle con lástima:

—¿No ves que estás deponiendo en tu contra? Si te estaba ligada, por una atadura, más fuerte que toda voluntad ¿por qué la abandonaste? ¿y cómo sacas de eso razones para traicionar al que salvó a tu hijo y acogió a la madre?

Llegó la primavera, y Mario que la aguardaba con impaciencia y que no había partido antes, porque debía buscar pretextos para quedarse en Helvecia, hasta dar fin a su plan, apareció un día en el pueblo, en compañía del jefe político, que conocía su propósito, pero ignoraba la cruel ansiedad con que iba a comenzar la prueba.

Mario mismo consideraba estupefacto el increíble fenómeno, de aquel sentimiento que nacía obscuramente en sus entrañas.

Al principio lo movió la curiosidad de saber a quién se parecía el niño, y de experimentar las sensaciones nuevas que su vista le produciría.

¿Lo habría amado, si lo hubiera tenido en su casa? ¿Cómo era el amor a los hijos, el *amor invencible* de que hablaba Fraser?

La curiosidad pronto no fué más que un pretexto, para no confesarse que algo más fuerte lo vinculaba a aquel ser desconocido.

Pero ¿qué era eso, si no era el amor, ese amor incomprensible y omnipotente, que ata las generaciones entre sí, y salva a la humanidad, como la gravitación ata a los astros, y libra del caos al universo? ¿qué era, si no era amor?

Nunca un hombre fué envidiado por otro, como lo fué Link por Mario.

—¿En dónde vive? — preguntó al llegar, y le mostraron su casa, y vió su puerta cerrada y sus celosías verdes, y por arriba de la pared, las copas redondas de los árboles de su huerta, a cuya sombra jugaba su hijo.

Pero no vió más, y tuvo lástima de sí mismo, y disimuló su amargura, al oír ponderaciones de la belleza de aquella mujer, heredada por el niño.

A veces le entraban ganas de pregonar:

"¡Yo fuí su dueño, y vengo por ella!"

¡Qué vacío de sustancia era el concepto de los hombres de mundo sobre el honor! ¡y cuán tarde lo comprendía! El hombre que él creía deshonrado, valía más que él, que podía desaparecer del mundo, sin que nadie lo echara de menos, tan inútil era su vida.

Cada vez que alguien nombraba a Link, una sensación glacial se le infiltraba en la médula.

El pueblo estaba orgulloso de su médico, que, pudiendo conquistar una posición en Buenos Aires, se le había consagrado. Lo querían porque era abnegado y bondadoso, y muchos contaban sus curaciones, como se cuenta un milagro.

El jefe político, que acompañaba constantemente a Mario, no dejó de llamarle la atención sobre la fama de Link, para hacerle sentir las dificultades de la empresa en que por servirle se había metido, y valorizar su cooperación.

A los dos días de aquel martirio, Mario había perdido la arrogante confianza con que llegó, y lo exasperaba su impotencia, para asumir de nuevo el papel de tentador. Esto lo predisponía a todo crimen que pudiera servir su plan.

Con esa enfermiza tenacidad con que los temperamentos débiles, suelen encapricharse en un propósito, se resolvió a jugarlo todo, su vida, y su fortuna a aquella carta.

—No hay que meterse con "el doctor", — le dijo el jefe político, paisano mañero y cauto: — Estos mozos buenos, saben salir reventadores. Y lo que es él, desde el tilbury y sin pararse, mata con el revólver las lechuzas en los alambrados del camino. ¿Qué le parece?

Mario apenas escuchaba esas advertencias. En su alma, se levantaba la tumultuosa pasión, con la violencia de una rompiente, ahogando toda otra voz.

—Hay que agarrarla a ella solita, — proseguía el jefe, — y convencerla de que vale más que se vaya con su chico a Buenos Aires; y hacerle ver que no le faltará un apoyo.

Mario hizo un gesto displicente: hallaba infantil la ocurrencia de aquel paisano sin mundo; pero, de pronto, le prestó atención, porque seguía hablando, con ese tono sin relieve de los campesinos taimados, y esa sonrisa maliciosa, indescifrable, con que acompañan las sugestiones más estupendas.

—Si ella es razonable, — decía, — y no quiere perder su hijo, no tendrá más remedio que aceptar el trato.

—Ella sabe, — respondió Mario, — que no lo perderá; ningún juez me lo entregará, si ella no da motivo.

—¡Psch! — hizo el jefe, que había pensado bastante sobre ese asunto.

Iban los dos, a caballo, por el camino de la costa, hacia los montes de Mocoretá, distante algunas leguas. A la izquierda tenían el río, reverberante bajo el sol; a la derecha una inmensa chacra de lino, que se extendía como una trémula alfombra de flores celestes.

—Este lino es de don Carlos Link, — dijo el jefe, deseando dar un rodeo en la conversación, antes de exponer su pensamiento brutal. — Ese hombre es rico, y nadie labra como él. Todas las otras chacras, están infestadas de nabo.

Y señalaba con el rebenque una tierra en que las flores celestes del lino, desaparecían a trechos bajo las flores amarillas de aquella cizaña, que en la trilla perjudicaría al grano en la mitad de su valor.

La primavera tocaba a su fin, y se anunciaba un espléndido verano. Hacía dos meses que el río había bajado. Aún en los montes, quedaban las huellas de la creciente, camalotes marchitos enredados en los troncos, guiñapos de lamas fibrosas, que los animales no podían comer, prendidas en los churquis, esqueletos de peces blanqueando en los pajonales; pero en la colonia la fecundidad de la tierra se había redoblado, y en las islas, que emergían sobre las aguas pardas, pastaban las haciendas, zumbaban las avispas de los nuevos camuatíes, y los pescadores volvían a atar su canoa al pie de una cina-cina y a construir su rancho de barro y paja en el ceibal florecido.

Mario oyó con fastidio la ponderación de la riqueza de don Carlos Link, y no se dignó mirar la chacra.

Anduvieron un rato en silencio, al tranco de las cabalgaduras: el jefe iba liando un cigarrillo; cuando acabó la prolija operación, pidió fuego al mozo, y dijo tranquilamente:

—Usté no tiene confianza en los jueces de esta tierra. Son buenos mozos. Sirven para un fregado como para un barrido. Lo que quieren es andar bien con el

gobierno. Don Carlos Link es opositor; tiene la manía de dar siempre contra la autoridad, y su hijo ha de ser igual.

Se calló un rato; devolvió a Mario el cigarrillo en que acababa de prender el suyo; y cerciorado de que "tiraba" bien, apretó espuelas al caballo.

—¿Quiere que galopemos? Allí están las casas de don Carlos.

Los dos jinetes se lanzaron a la carrera, levantando una nube de polvo, en que desapareció el "cupecito", un perrillo de raza indefinible, que seguía siempre al jefe, y que éste quería mucho porque era bueno para "peludear" y perseguir alimañas.

—¿Qué decía de los jueces? — interrogó el joven, interesado grandemente por las palabras tortuosas de su compañero, que iban revelándole paulatinamente un plan tenebroso.

—Decía que no les ha de resultar muy cuesta arriba pegarle en la cabeza a un hombre que anda siempre mal con el gobierno. Porque esa es una forma fácil de quedar ellos bien. La cuestión está en ofrecerles un buen pretexto, para que fallen al gusto de uno.

—¿Y qué pretexto podría ser? — preguntó Burgueño, sofrenando su caballo, para no perder un ápice de la respuesta.

—Pretexto quieren las cosas — contestó socarronamente el paisano, poniéndosele a la par. — Si probáramos que ella no es de tan buena conducta, como quiere la ley que sea, para permitirle criar su hijo...

—Pero ella es buena... usted me lo ha dicho...

—Así dicen; ¡vaya uno a saber! Pero si conviniera

otra cosa, no nos faltarían testigos que declarasen, pongo por caso, que ella anda bien con su cuñado Guillermo, y eso, me parece que ya no es ser tan buena...

Con el corazón acongojado, Mario preguntó:

—Pero eso ¿habrá quién le crea?

Se marcó más, entre los poblados bigotes del jefe, una mueca diabólica, que desde el comienzo de la conversación, prestaba honda malicia a la frase más inocente.

—Él es un mozo bien parecido, que enloquece a las muchachas. Si usté le dijera a ella, que eso va a propalarse, si no consiente en darle el chico, y que de todas maneras no faltará un juez que lo crea, y se funde en eso para quitárselo...

Mario sintió que en su pecho entraba la hoja sutil y traidora de los celos, y murmuró para sí, amargamente:

—Cuando la tuve no la quise. Y ahora que no la tengo me hace sufrir el pensamiento de que otros la quieran.

Iban los dos para Cayastá, la vieja población fundada a orillas del río, por los españoles de la conquista.

El jefe político quería exhibirse con aquel porteño, cuya amistad lo envanecía, y cuya bolsa podía estrujar so pretexto de campañas electorales.

El artero paisano no quería aparecer mezclado directamente en la propaganda electoral, pero tenía en cada pueblo su caudillo, encargado de ganar votos para los candidatos gubernistas, que antes de dos meses

tendrían que medir su popularidad con la de los candidatos opositores.

A una cuadra de distancia, en la misma manzana, la mejor edificada del pueblo, había dos almacenes. Sin hojear el almanaque podía adivinarse que se estaba en vísperas de elección, con sólo mirar la concurrencia que a toda hora los llenaba, robando brazos a chacras y estancias.

Y podía saberse con entera exactitud cuántos paisanos estaban bebiendo y jugando, con sólo contar los caballos que aguardaban en la calle, maneados o atados por el cabestro en la acera de la sombra, a las argollas fijadas en el cordón de la vereda de ladrillos, o simplemente con la rienda en el suelo, cuando eran muy mansos.

El jefe no necesitaba más que ver el apero de uno, para inducir quién pagaba el gasto de la reunión, o en otros términos, a qué bando pertenecía el grupo.

—¡Ahí está don Pancho Silva, haciendo cantar el último canario! — dijo esa vez, una cuadra antes de llegar. — Pasemos de largo, amigo Burgueño, porque ése no es de los nuestros.

Don Pancho Silva era el caudillo opositor de Cayastá, opositor porque sí, y cualquiera que fuese el gobierno, de tal modo que si por acaso triunfaba su partido, era seguro que dos años después, en las próximas elecciones, haría votar en su contra a todo el criollaje que le respondía.

Don Pancho Silva, que se había gastado una regular herencia, en mantener su prestigio de caudillo, se imaginaba que el día que él no fuera opositor, sería

lo mismo que si hubiera renegado de un partido. Vivía en las afueras del pueblo, en una casa que se iba desmoronando cuarto por cuarto, porque él no tenía dinero para restaurarla. Ejercía de curandero, y rara vez cobraba, y en sus ratos de ocio que no eran los menos, se iba a la isla a fijar sábalos o se ponía a enseñarle a silbar a un mirlo.

Con tiempo, antes de cada elección, vendía unas vaquitas o un "cuadrado" de tierra, de lo poco que le restaba, se proveía de fondos, y se situaba en el almacén.

—"Uno está viejo y está pobre, pero el prestigio no se pierde tan fácil. ¡Ya van a ver cómo caen los muchachos!"

No bien se corría la noticia de que don Pancho Silva acababa de apearse en el almacén, para "hacer política", empezaban a llegar de todos los rumbos del pueblo, los "correligionarios", es decir, todos los criollos que tenían algún resentimiento con las autoridades.

El caudillo, sentado junto al mostrador, los acogía con una sonrisa paternal, y tenía más gusto en ver a un nuevo adepto que a un viejo amigo:

—¿Entonces vos te has dado vuelta ya? ¡porque hace dos años eras del gobierno!

—Así fué, señor; pero ahí anduvo propalando el comisario que yo carneaba ajeno, y eso no ha'e decir de mí.

—¡Así me gusta! ¡entrá no más!

Sacaba un billete amarillo de cien pesos, el último canario, según afirmaba, y lo arrojaba ostentosamente sobre el zinc del mostrador.

—¡Vamos, muchachos! ¡copen la banca!

Eso quería decir que todos los presentes podían beber lo que gustasen, o abrir una lata de sardinas o comer un jeme de salchichón, hasta que el almacenero, un criollo rubio y gordo, que estaba detrás del mostrador en camiseta, escanciando copas y haciendo rayas con lápiz en un papel de astraza, declaraba que el canario ya no tenía plumas.

—Bueno, muchachos; será hasta la próxima. Todavía quedan algunos pajaritos en la jaula.

Mario, a quien el jefe político le relataba las hazañas del caudillo, hacía reales esfuerzos por escucharlo. Tenía el pensamiento nublado y el corazón dolorido por la traición que preparaba.

"Si yo la amenazo con un pleito, en que testigos falsos van a deshonrarla, ¿qué resolverá? "En su mano estará librarse, y conservar a su hijo..."

El jefe seguía hablando. El gobierno, según él, no tenía miedo a caudillos de esa laya. Contaba con el apoyo de otros más "aviados", como don Juan Fullo, que cada día carneaba dos o tres vacas para el pobrerío en Santa Rosa, y en Cayastá y en Helvecia y en el Saladero. Y gastaba sin contar, treinta o cuarenta mil pesos en cada elección, lo que fuese necesario, para no dejarse ganar. Así como el otro era caudillo opositor, éste era gubernista. Cualquiera que fuese el gobierno podía contar con su prestigio y con su bolsa. Y era rico...

—Es decir, — explicaba sonriendo intencionadamente el jefe, — era rico cuando, por la guerra de Europa, las vacas valían ciento cincuenta pesos. Ahora que

valen diez pesos, el hombre anda apuradón, aquí me caigo y aquí me levanto. Además la creciente le ha llevado como dos mil vacas, recién traídas de Entre Ríos.

Llegaron los dos al otro almacén, donde estaban "los del gobierno", y cuyo número también se podía contar, por la caballada que aguantaba el sol, en la calle polvorienta.

—Aquí está don Juan, — dijo a Mario el jefe, mostrándole a un hombre alto, de buen aspecto, en cuyos modales se advertía, a pesar de ciertas prendas gauchescas, al hombre que baja a poblado con frecuencia. Había pedido unas tijeras de tusar, y estaba recortándole la clina y los corvejones a un potro alazán, que andaba redomoneando, aperado con lujo, pero sin freno, con bocado solamente.

—Apuesto lo que quiera a que el redomón que monta don Juan es cría de la estancia "La Noria", de don Néstor Iriondo.

—¡Para qué voy a arriesgar nada, si me va a ganar! — contestó Fullo, irguiéndose y tendiendo la mano a los recién llegados, con una visible satisfacción por el elogio que acababan de hacer a su caballo. — Tengo una tropilla de alazanes igualitos, en Mocoretá. Cuando topo con ellos en el campo, y suelto uno y ensillo otro, y vuelvo a las casas, ha de tener buen ojo el que advierta el cambio.

Penetraron juntos en el almacén, que era una pieza muy amplia, con estantería y un largo mostrador a un lado. En las otras paredes, pendientes de clavos, había toda suerte de utensilios, desde un cabo de hacha hasta

un taladro a cric de carpintero, y todas las piezas de un apero, pobre o lujoso, desde el sobrepuesto de piel de carpincho hasta el lazo salteño; y en el piso, ocupando los rincones, tarros de galletitas, bolsas de sal y de azúcar, cajones de fideos, barricas de hierba, rollos de alambre, lo cual servía de asiento a los concurrentes, que encarnizados en el juego, y más o menos "punteados" por las copas que bebían "a cuenta de don Juan", no se dignaron advertir la presencia del jefe político.

Debajo de cada silla, o de cada mesa, y en cada hueco, había un perro que dormitaba o se rascaba las pulgas, aguardando que a su amo se le acabara la sed y volviera a su casa. Otros en la calle se quedaban cuidando el caballo. Los había de todo pelaje y aspecto, pero el más infeliz era todavía capaz de rastrear un peludo en la luna. Porque los paisanos no tienen perros maulas.

Por la puerta de la ochava se veía el río, adormecido en la tarde calurosa. Iba menguando la luz, y la isla tendida como una cinta verde, a ras del agua, se empezaba a esfumar.

Una barquita pintada de rojo, a golpe de botador, remontaba la mansa corriente. La vela plácida pendía a lo largo del mástil. Algunas gaviotas la seguían, trazando círculos a su alrededor. Cuando se alejaban, su vuelo producía la impresión de que un viento las envolvía, quebrada en tres partes la línea tenue de sus alas.

Mario, junto al mostrador, apuró en silencio un vaso de cerveza, y se engolfó en los recuerdos que suscita-

ba en su espíritu desencantado, aquel detalle del paisaje.

¿Dónde había visto él esos mismos vuelos inseguros y desorientados?

Por un camino o por otro su pensamiento llegaba siempre a la pobre mujer que lo amó.

—¡Tú eres así! — le explicaba ella una vez, en un paseo que hicieron por la costa de San Isidro — ¿por qué no me cuentas hasta dónde vuela tu corazón, cuando se aleja de mí?

Y él, vencida su displicencia habitual, por la dulzura de esa queja, le contestó:

—Solamente vuelan los corazones puros. El tuyo, libre de egoísmos, sí; pero el mío no.

No se explicaba qué fuerza lo obligó a ser sincero, sin dureza, una vez al menos, confesando humildemente que el egoísmo le quitaba entusiasmos.

Ahora sentía que la tenaz herrumbre se iba disgregando, en el fuego de una pasión desconocida.

Pero ahora, que su corazón volaba ¿hacia dónde iría que no se estrellara con los obstáculos que él mismo le opuso?

Volvieron de noche ya a Helvecia, y entraron, al galope el jefe y don Juan Fullo, que deseaba lucir los bríos de su redomón. Los dos iban achispados, y hablaban en alta voz. Seguíalos Mario a corta distancia, agitado y temeroso de que divulgara aquél una noticia que acababa de darle.

—Mañana "el doctor" tendrá enfermos que curar

bien lejos de aquí. No volverá a su casa hasta la noche. Apronte su auto si quiere robarse la prenda.

Esa noche un soldado de la jefatura, fué a anunciar a Link de parte del jefe, que en unos ranchos, camino de Cayastá, dos enfermos graves lo necesitaban; que fuese a atenderlos, y los gastos correrían por cuenta del gobierno.

Temprano como de costumbre se levantó Link, y él mismo ató el breack de tres caballos, que usaba cuando debía ir lejos, y dijo a Matilde:

—Difícilmente volveré antes de la noche. ¿Por qué no te vas a pasar el día en casa de mi padre?

La besó, acarició tiernamente al niño, y partió para su viaje, acompañado de un peoncito.

En la cochera tenían a más del breack un tilbury, con que el médico hacía sus visitas en el pueblo, y que Matilde sabía conducir.

Aunque ésta advertía cierta reserva en los modales de don Carlos, no se negaba nunca a visitarlo. Todo lo sufría como una expiación, para hacerse perdonar y para que amasen a su hijo, que era un extraño en aquella familia.

Ese día una indefinible lasitud, le quitaba las ganas de salir. Nada preveía, ni siquiera recordaba, en ese momento, el nombre del que la engañó, y que ya había dormido dos noches en el pueblo.

Tal vez influía en su desaliento la actitud de Saturnina, que de pronto se quedaba mirándola, como si tuviera algo que decirle, y después nada le decía.

El día anterior la sorprendió conversando en voz baja con Guillermo Link.

¿Qué se dijeron, y por qué negaron importancia a esas frases cambiadas a escondidas? No lo supo.

Y esa mañana, en cuanto partió su marido, desapareció la negra.

En Buenos Aires sus escapadas terminaban en la iglesia; pero allí, como en muchos pueblos importantes de Santa Fé, sucede algo inaudito en provincias más pobres, que no existe un cura, y que los cristianos viven y mueren sin sacramentos y sin culto.

Matilde no se imaginaba a Saturnina, callejeando sin objeto, y la inquietó su ausencia. Pero cansada de esperarla, ató ella misma el tilbury dejó a la niñera cuidando la casa, y salió sin más compañía que la de su hijito, apretado contra ella en el estrecho asiento.

En línea recta la casa de don Carlos Link distaba diez "cuadrados", lo que hacía una legua, siguiendo el camino de la costa, bañado a trechos por el sol, y a trechos sombríos como una avenida, bajo las ramas de los corpulentos ombúes.

Las gentes que Matilde hallaba a su paso, la saludaban con respecto, porque era "la señora del doctor", pero ella sabía bien que la consideraban una extraña en el pueblo. Esa vez habría deseado preguntar a algunos si no habían visto pasar a su negra, pero no se atrevió.

La negra, entretanto, iba a todo lo que le daban las piernas, a través de las chacras de maní, para acortar el camino, pasando por entre los hilos de los cercos, aunque se desgarrase el manto en los alambres de púa, ansiosa de llegar a casa de don Carlos Link, para dar

parte a Guillermo de lo que supo esa mañana en la carnicería.

En la tarde pasada, el mozo, que no era muy expansivo con ella, la había visitado en su cocina para preguntarle si conocía a Mario Burgueño; y como la negra contestara afirmativamente, él le dijo:

—Anteayer he visto a un forastero paseando con el jefe político. Se me pone que es él... ¿A qué puede haber venido?

Al hablarle así, Guillermo estaba inquieto, miraba por la puerta, pronto a cambiar de conversación si alguien se aproximaba.

El conocía las historias que circulaban acerca de Matilde, y en un principio, cuando su hermano llegó con ella y con el niño, rehuyó su relación. Mas poco a poco fué cayéndole en gracia por su bondad y por la dicha apacible de que llenó la casa de su marido. Se sintió más fuerte que ellos dos, y pensó que él también la habría amado hasta morir, y que la habría perdonado a ella, cuando imploró el perdón, pero no al otro. A éste, a Mario Burgueño lo habría muerto.

La negra adivinó que a Guillermo Link podía confiar el pesado secreto que le roía el corazón:

—¡Debe ser él mismo! — exclamó. — Hace tres meses oí que vendría...

Y refirió rápidamente, espiando también la puerta, lo que el jefe político contó al mozo que lo acompañaba en la posta del Arroyo de Leyes.

—Sí, puede ser él, que viene por su hijo; — murmuró sordamente Guillermo; y la negra juntó deses-

peradamente las manos; mas no pudo formular su súplica porque apareció Matilde en busca del niño.

Esa mañana, estando en la carnicería, vió pasar en un automóvil al forastero, y lo reconoció, y algunas insinuaciones maliciosas le revelaron que no era un secreto, para todos, en Helvecia, los motivos del viaje de Mario Burgueño.

Corrió a dejar la canasta con la carne y el pan, y tomó el camino de la casa de don Carlos, para avisar a Guillermo que Matilde quedaba sola, a merced de aquel hombre a quien las autoridades ayudaban.

Cuando llegó, le dijeron que el mozo estaba "quinchando" un rancho en una chacra, a donde Zacarías la condujo.

Al aproximarse su negra figura desconocida, las lechuzas posadas en los postes del alambrado, lanzaban su vigilante chillido y alzaban el vuelo, y quedaban un rato inmóviles en el aire, como si estuvieran suspendidas de un alambre.

A orillas de la chacra estaban construyendo un rancho de "quinchos", manojos de paja de la isla atados con tientos, que se unían unos a otros para formar las paredes. Ya en un corralito de "palo a pique", cerca de un pozo cavado al efecto, una manada de yeguas pisaba el barro, azuzadas despiadadamente por Isabel montada en pelo, como hombre, sobre el caballo de Guillermo.

Los animales daban vueltas y vueltas, hundidos hasta el encuentro en el lodazal, que cada vez se hacía más pesado, con las cargas de estiércol que un peón le echaba, para dar más consistencia al barro.

No bien Guillermo oyó lo que la negra le dijo al oído, corrió a buscar su caballo, lo limpió ligeramente con el lomo del cuchillo, lo ensilló y partió sin decir nada, ante los ojos atónitos de sus hermanos, que miraban a Saturnina, y lo miraban a él, cuya silueta se achicaba rápidamente en el camino del pueblo...

Matilde al sentirse tan sola, bajo la arcada de los grandes ombúes, que seguían durante cuadras y cuadras, tuvo miedo, y apretó contra sí a su hijito, y dió un latigazo al caballo, remolón como caballo de médico, habituados a detenerse a cada paso.

Ella conocía bien el camino, y muchas veces lo había andado sola, como entonces, mas nunca experimentó semejante recelo.

Las cigarras cantaban al verano que se aproximaba, madurando las cosechas. Era una orquesta monótona, pero ardiente. Un vaho de podredumbre venía del monte, donde fermentaban los restos de la inundación.

Cuando callaban las cigarras, sólo se oía el sordo rumor de los cascos del caballo, sobre el suelo arenoso.

De repente sintió a sus espaldas el ruido de un automóvil, que se acercaba; y eso acrecentó su terror. Castigó frenéticamente al caballo, y sentó en sus faldas a Carlitos. Le pesaba no haberse quedado en su casa. Pero ¿qué podía temer? ¿en qué se fundaba su miedo?

Instantáneamente su imaginación coordinó los hechos raros y al parecer insignificantes que venían sucediendo a su alrededor, y tuvo la intuición de lo que iba a ocurrir.

No se atrevió a volver la cara al sentir los rugidos del auto, a pocos metros de su tilbury.

El camino se bifurcaba en ese punto; siguiendo por la costa, se iba a Cayastá; aún se veían las huellas del coche de Link, que había pasado una hora antes. Apartándose hacia la derecha, se llegaba a las casas de don Carlos.

El caballo acostumbrado a seguir esta dirección fué a doblar, pero el automóvil se le cruzó por delante.

Dos hombres iban en él, y los dos saltaron a un tiempo. Uno de ellos lo cogió por la rienda, y el otro se aproximó al estribo del cochecito.

Matilde lo reconoció, y cuando él le dirigió un saludo, sonriendo, como si nada hubiera pasado, ella le mostró con la punta del látigo las huellas frescas del coche de Carlos Link, y le dijo con inmenso desdén:

—Usted sabe que mi marido está lejos, por eso me sale al paso. ¡Qué cobarde es!

Mario no esperaba aquella acogida, y se estremeció de dolor, como si ella con el látigo que temblaba en su hermosa mano, le hubiera marcado el rostro.

—¡Matilde! ¿por qué me insultas, si ignoras a qué vengo?

Ella perdió el miedo, sintiéndolo dominado.

—¿A qué viene?

—Con un poco de buena voluntad, no te costaría mucho adivinarlo.

—No me hable así. Usted no tiene derecho de hablarme así.

Él se rió, con su risa fatua de hombre de mundo, recobrando su aplomo habitual; pero su risa se heló

en sus labios, al oír el llanto del niño, en el regazo de su madre, y a ésta que le decía: — "¡No tenga miedo, mi hijito! Por este camino va a llegar papá".

—Yo quería conocerlo, — murmuró él humildemente. — Y a eso he venido... ¡Haz que me mire! ¡es mi hijo!

—¿Quién dice que es su hijo? — exclamó ella sarcásticamente recogiendo las riendas y empuñando el látigo. — ¡Déjeme pasar!

El hombre que le atajaba el paso no se movió.

—Estás en mi poder Matilde — respondió él con una sonrisa dolorosa, estirando la mano para acariciar al niño, que se encogió lleno de miedo. Si yo quisiera llevarte en el auto, a ti y a mi hijo...

Ella lo interrumpió con ira:

—¡No es su hijo! Usted puede matarnos, pero no puede decir que es su hijo.

—¡Es verdad! — dijo él mordiéndose los labios, con ira impotente. — Yo, que puedo matarte, y matarlo, no tengo derecho de decir que es mi hijo...

Y añadió con imponderable amargura:

—Matilde, déjame besarlo... Ya veo que la vida es un río que no remonta su curso. ¡Déjame besarlo!

Volvió a estirar la mano, pero el niño se encogió más aún, horrorizado de la caricia.

La mano de Mario Burgueño se crispó de impaciencia.

—¡Ah! — exclamó — ¡El que tiene la fuerza tiene el derecho! Yo tengo la fuerza y vengo por mi hijo, y vengo por tí, Matilde.

—¡Pobre hombre! — contestó la joven con desdén,

resuelta a morir; y se alejó todo lo que pudo en el asiento, de modo que la mano de él apenas tocó el ruedo de su vestido.

Su cólera se apagó tan repentinamente como se encendiera.

—¡Ya ni siquiera me temes!... ¿Qué podría hacer yo para que él me mirase?

—¡Nada, nada! — respondió ella.

—¡Ya ves Matilde! He hecho un largo viaje, pensando locuras, pensando que tenía el derecho de recobrar a mi hijo, y que me volvería con él.

—¡No es su hijo! — repitió ella implacablemente, y él prosiguió con amarga voz:

—Un día me anunciaron que él te vengaría. Yo no me imaginaba cómo podía vengarse de mí, el que aún no había nacido. ¡Qué ciego fuí! Es mi hijo, y tú, su madre, me lo niegas, y él no lo sabrá nunca, porque nadie se lo dirá; y si yo un día volviera a hablarlo, él no me creería... ¿Se puede imaginar mayor miseria que la mía?

—Déjeme pasar! — exigió ella, sin mirarlo.

El hombre que retenía las riendas, interrogó:

—¿La dejo?

Mario comprendió que la perdía, y de nuevo se enardeció su pasión, y exclamó asentando violentamente su mano sobre la mano del niño:

—¡No, no! ¡Tengo el derecho y tengo la fuerza!

Sobre el camino, surgió la silueta de Guillermo Link. Matilde lo conoció a la distancia, y dijo mostrándolo:

—Aquel que viene allá es mi cuñado... Le aconsejo que se vaya.

El gesto despectivo y la voz serena, hirieron a Mario en su vanidad.

Aún podía ganar la partida, porque era cuestión de un instante apoderarse de Matilde y del niño y huir en el automóvil. Pero vió la inutilidad de la violencia para dominar los corazones, y se humilló.

Él, que creía haber deshonrado a Carlos Link, porque lo engañó y lo hizo sufrir, comprendió la grandeza de aquel dolor sin culpa y la virilidad de aquel amor que reparaba el daño de su egoísmo.

Se imaginó a su hijo creciendo lejos de él, conociendo y amando a otro padre, y sintió que la vida, contra la que pecó en su ley fundamental, se vengaba cruelmente.

—¡Déjame besarle la manito! — suplicó. — No volveré a verlo más.

Acercó a sus labios la mano del niño, que temblaba de espanto, y la besó con desesperación.

—Dile a tu marido, Matilde, que si me odiaba, puede olvidarme ya, porque está vengado...

Se alejó vencido, subió al automóvil con su acompañante, y partió para siempre.

Guillermo llegaba a toda carrera en ese instante.

—¿Quiénes son ésos?

—¡Déjelos! — respondió Matilde, conteniéndolo. — ¡Ya no volverán!

Las fuerzas la abandonaban. Soltó las riendas, y se puso a besar frenéticamente a su hijito, como si lo hubiera salvado de un inmenso peligro...

Esa noche, Carlos Link al volver de sus visitas, ha-

lló a su mujer en su despacho, con Carlitos que no se desprendía de sus faldas.

—¡Cómo has tardado! — le dijo Matilde tendiéndole los brazos.

Él no se le acercó, y desde la puerta le respondió con sequedad.

—¡Mario Burgueño está en Helvecia!

—Ya lo sabía, — contestó ella sencillamente.

—¿Lo sabías? ¿por qué no me lo dijiste?

Matilde entonces le refirió lo ocurrido, conmovida aún por la terrible emoción.

A medida que avanzaba el relato el ceño de él se despejaba, y su amor crecía como el mar.

Y cuando ella repitió la frase de Mario "dile a tu marido que puede olvidarme ya, porque está vengado", se compadeció de él, con esa seguridad de los fuertes, que engendra la misericordia.

Tomó al niño, que le echó los bracitos al cuello, y lo besó ardientemente, y dijo a su mujer:

—Él te ha salvado y ya nadie me lo disputará.

Buenos Aires, Abril de 1922.

FIN

INDICE

		Página
Capítulo	I.—La casa nueva	5
”	II.—¡Cómplice!	20
”	III.—Lo que cuesta ganarse la vida	38
”	IV.—Retama blanca	54
”	V.—El hombre que espía	73
”	VI.—Por el que ha de nacer	96
”	VII.—Quiero vivir mi vida	119
”	VIII.—La confesión	138
”	IX.—La pregunta de Laura	158
”	X.—Un hombre de honor	174
”	XI.—El encuentro	187
”	XII.—El holocausto	207
”	XIII.—Saturnina en Helvecia	219
”	XIV.—El Vengador	244

IMPRENTA MERCATALI
AVENIDA ACOYTE 271
BUENOS AIRES

EN

TI